CHARLES THEODORE MURR

# Asesinato en el Grado 33

LA INVESTIGACIÓN DE GAGNON SOBRE LA MASONERÍA EN EL VATICANO

# Asesinato en el Grado 33

LA INVESTIGACIÓN DE GAGNON SOBRE
LA MASONERÍA EN EL VATICANO

Diseño e ilustración de la portada por
Enrique J. Aguilar
Ilustraciones de Enrique J. Aguilar
© 2022 Charles T. Murr
ISBN 9798352384756

# SED QUIS CUSTODIET IPSOS CUSTODES?

*[Pero, ¿quién vigilará a los propios guardias?]*
JUVENAL
Poeta y satírico romano, siglo I d.C.
(Sátiras; Libro VI, Línea 347)

# DEDICACIÓN

A
Su Eminencia
ÉDOUARD CARDENAL GAGNON
Siervo fiel de Jesucristo,
Sacerdote, Obispo,
Hijo leal y Príncipe de la Iglesia,
Filósofo, Teólogo, Abogado,
Maestro, Lingüista,
Mentor, Guía,
Amigo.

# PRÓLOGO

Por un amigo y hermano sacerdote

*Asesinato en el grado 33* -el título era demasiado bueno para dejarlo pasar- pero mi amigo Charles tenía algunos reparos en utilizarlo porque no quería que los posibles lectores pensaran que se trataba de otro libro de 'teorías de la conspiración' sobre la muerte del beato Juan Pablo I. Su historia sí implica intrigas del Vaticano y masones, y la inesperada muerte de ese pontífice es una de sus sub-tramas. Pero la narrativa más amplia es la crónica del noble esfuerzo de un hombre dedicado a la Iglesia que tuvo que lidiar con la corrupción en la Curia Romana. Lo hizo, no como un reportero hace una investigación o "un soplón", sino bajo la dirección del propio Papa Pablo VI. Nuestro autor tuvo el privilegio de conocer a este heroico personaje, el arzobispo Édouard Gagnon, y esta amistad le da un punto de vista único desde el que contar su historia.

Debido a que la masonería se menciona frecuentemente en este libro, el Padre Murr me ha pedido que proporcione un resumen que explique cómo la Iglesia Católica ve esta fraternidad secreta. Hay una gran cantidad de información (¡mala información y desinformación!) disponible para quien tenga curiosidad. En lugar de intentar describir su historia compleja (una historia que se hace más compleja por el solemne secreto que la masonería impone a sus miembros), resumiré brevemente sus líneas generales, y luego presentaré la posición de la Iglesia Católica frente a esta organización.

Aunque la historia de la masonería se remonta a la época de las grandes catedrales, e incluso a la construcción del Templo de Jerusalén, la masonería, tal y como la conocemos, surgió a principios del siglo XVIII y puede describirse como un movimiento cuasi-religioso de principios deístas que promueve una visión "iluminada" de la hermandad humana y el progreso. Muchos estadounidenses, cuyo único conocimiento de los masones es que forman organizaciones fraternales para hacer buenas obras se encuentran desconcertados ante la prohibición que tienen los católicos de unirse a ellos.

Una objeción desde el punto de vista católico es que la masonería tiene sus propios dogmas, ceremonias y jerarquía, y muchos de ellos entran en conflicto con los principios fundamentales de la Revelación Divina, tal como los recibe y profesa la Iglesia Católica. Más dramático aún, las organizaciones masónicas han desempeñado un papel activo en el debilitamiento, e incluso la persecución de la Iglesia,

especialmente en países tradicionalmente católicos. La *fraternité* de la Revolución Francesa promovió los asesinatos brutales de miles de sacerdotes, religiosos y laicos católicos inocentes. Los masones han participado activamente en movimientos anticatólicos en Europa durante los últimos trescientos años. Más cerca de nosotros, de hecho, en nuestra misma puerta, el gobierno masónico de México emprendió una sangrienta guerra contra la Iglesia católica (1925-1930). En la ciudad donde vivo hay un hermoso convento de monjas Carmelitas originarias de México; la comunidad tuvo que huir de su tierra natal para evitar la muerte. Son simples mujeres de oración, dedicadas a una vida de claustro, pero su mera existencia fue vista como una amenaza por el gobierno mexicano. Un ejemplo más reciente de actividad anticatólica es el "Escándalo del Banco Vaticano" de 1981, en el que la Logia Masónica Italiana P2 ("*Propaganda Due*") trató de destruir la administración financiera central de la Santa Sede. Creo que por este incidente se hacen creíbles las preocupaciones planteadas en este libro sobre la infiltración de los masones en el liderazgo de la Iglesia Católica.

Dado que, en el mejor de los casos, la masonería defiende doctrinas contrarias a la fe católica y que, en el peor de los casos, algunos grupos masones han buscado activamente la ruina de la Iglesia católica, no es de extrañar que los papas hayan prohibido sistemáticamente a los católicos que se unan a ella. La primera prohibición fue publicada en 1738 por el Papa Clemente XII en su encíclica *Eminenti Specula*, y a ésta le han seguido más de veinte declaraciones similares, hasta nuestros días.

Esta constante prohibición se concretó en el *Código de Derecho Canónico* de 1917:

Canon 2335: Los que se suman a sectas masónicas u otras asociaciones de este tipo que maquinan contra la Iglesia o contra los legítimos poderes civiles contraen por ese hecho la excomunión solamente reservada a la Sede Apostólica.

Esta era la ley de la Iglesia cuando se produjeron los hechos relatados en este libro. Por lo tanto, si alguien en la Curia Romana era masón, estaba por ese mismo hecho excomulgado. La investigación del arzobispo Gagnon recolectó una gran cantidad de pruebas al respecto. Una de las razones por las que el Padre Murr ha escrito esta narrativa es para llegar a la verdad: *La única manera de resolver la cuestión de si y cuántas personas con altos cargos en la Iglesia eran masones, es que se haga público el informe de Gagnon.*

El nuevo *Código de Derecho Canónico* promulgado en 1983 introdujo un cambio significativo en el canon 2335:

Can. 1374: La persona que se une a una asociación que conspira contra la Iglesia debe ser castigada con una pena justa; sin embargo, la

persona que promueve o dirige una asociación de este tipo debe ser castigada con un interdicto.

No se menciona explícitamente a las "sectas masónicas". Parecería que este nuevo canon quiere tener en cuenta a los católicos de los países en los que la masonería no busca activamente la destrucción de la Iglesia católica, y limitar sus sanciones a los que se unen a logias con un programa anticatólico. Pero, aunque una organización masónica en particular no trabaje para perjudicar a la Iglesia, el hecho es que muchos principios y prácticas de la masonería son contrarios a la fe católica. Por esta razón, cuando se planteó la cuestión después de la publicación del nuevo Código sobre si los católicos seguían teniendo prohibido unirse a los masones, la Congregación para la Doctrina de la Fe emitió una breve declaración afirmando que la prohibición seguía en pie. Los fundamentos de esta decisión fueron descritos ampliamente en un artículo titulado: "Reflexiones un año después de la declaración de la Congregación para la Doctrina de la Fe": Irreconciliabilidad entre la fe cristiana y la masonería", que apareció en *L'Osservatore Romano*, el 11 de marzo de 1985. Doy este comentario en su totalidad porque ofrece la explicación más completa de la mente de la Iglesia hoy en día sobre la cuestión de la masonería:

> El 26 de noviembre de 1983 la S. Congregación para la Doctrina de la Fe (S.C.D.F.) publicó una declaración sobre las asociaciones masónicas (cf. AAS LXXVI [1984], 300). A poco más de un año de su publicación, puede ser útil resumir brevemente el significado de este documento.
>
> Desde que la Iglesia comenzó a declarar su juicio negativo sobre la masonería, lo hizo inspirada en muchas razones, tanto prácticas como doctrinales. No sólo juzgó a la masonería como responsable de una actividad subversiva hacia la Iglesia, sino que desde los primeros documentos pontificios sobre el tema y en particular en la *Encíclica Humanum Genus* de León XIII (20 de abril de 1884), el Magisterio de la Iglesia ha denunciado en la masonería ideas filosóficas y concepciones morales opuestas a la doctrina católica. Para León XIII, éstas conducen esencialmente a un naturalismo racionalista, inspirador de sus planes y actividades en contra de la Iglesia. En su Carta al pueblo italiano *Custodi* (8 de diciembre de 1892), escribió: "Recordemos que el cristianismo y la masonería son esencialmente irreconciliables, de modo que la afiliación a uno significa la separación del otro."
>
> No se podía, pues, omitir la consideración de las posiciones de la masonería desde el punto de vista doctrinal, cuando, durante los años de 1970 a 1980, la Sagrada Congregación mantuvo correspondencia con algunas Conferencias Episcopales especialmente interesadas en este problema a causa del diálogo

emprendido por algunos personajes católicos con representantes de algunas logias masónicas que se declaran no hostiles, sino incluso favorables, a la Iglesia.

Ahora, un estudio más profundo ha llevado a la S.C.D.F. a confirmar su convicción de la irreconciliabilidad básica entre los principios de la masonería y los de la fe cristiana.

Prescindiendo, por tanto, de la consideración de la actitud práctica de las distintas logias, ya sea de hostilidad hacia la Iglesia o no, con su declaración del 26 de noviembre de 1983 la S.C.D.F. pretendía tomar posición sobre la parte más profunda y, por ello, más esencial del problema: es decir, sobre el plano de la irreconciliabilidad de los principios, lo que significa sobre el plano de la fe, y sus exigencias morales.

Partiendo de este punto de vista doctrinal, y además en continuidad, con la posición tradicional de la Iglesia, como atestiguan los mencionados documentos de León XIII, surgen entonces las necesarias consecuencias prácticas, que son válidas para todos aquellos fieles que posiblemente puedan ser miembros de la masonería.

Sin embargo, respecto a la afirmación de la irreconciliabilidad entre los principios de la masonería y la fe católica, desde algunas partes se escucha ahora la objeción de que lo esencial de la masonería sería precisamente el hecho de que no impone ningún "principio", en el sentido de una posición filosófica o religiosa vinculante para todos sus miembros, sino que reúne, más allá de los límites de las diversas religiones y cosmovisiones, a hombres de buena voluntad sobre la base de valores humanistas comprensibles y aceptables para todos.

La masonería constituiría un elemento de cohesión para todos aquellos que creen en el Arquitecto del Universo y que se sienten comprometidos con respecto a esas orientaciones morales fundamentales que se definen, por ejemplo, en el Decálogo; no separaría a nadie de su religión, sino que, por el contrario, constituiría un incentivo para abrazar esa religión con más fuerza.

Los múltiples problemas históricos y filosóficos que se esconden detrás de estas afirmaciones no pueden ser discutidos aquí. Ciertamente, no es necesario subrayar que, tras el Concilio Vaticano II, también la Iglesia católica apremia hacia la colaboración entre todos los hombres de buena voluntad. Sin embargo, hacerse miembro de la masonería excede decididamente esta legítima colaboración y tiene un significado mucho más importante y definitivo que ésta.

Sobre todo, hay que recordar que la comunidad de "masones" y sus obligaciones morales se presentan como un sistema progresivo

de símbolos de carácter extremadamente vinculante. La rígida regla del secreto que allí impera refuerza aún más el peso de la interacción de signos e ideas. Para los miembros, este clima de secreto implica sobre todo el riesgo de convertirse en un instrumento de estrategias desconocidas para ellos.

Aunque se afirme que el relativismo no es asumido como dogma, sin embargo, se propone realmente un concepto simbólico relativista y, por tanto, el valor relativizador de tal comunidad moral-ritual, lejos de ser eliminado, resulta por el contrario decisivo.

En este contexto, las diversas comunidades religiosas a las que pertenecen los miembros individuales de las logias sólo pueden considerarse como simples institucionalizaciones de una verdad más amplia y elusiva. El valor de estas institucionalizaciones parece, por tanto, inevitablemente relativo con respecto a esta verdad más amplia, que en cambio se manifiesta en la comunidad de buena voluntad, es decir, en la fraternidad masónica.

En cualquier caso, para un cristiano católico no es posible vivir su relación con Dios de un modo doble, es decir, dividiéndola en una forma humanitaria supraconfesional y una forma cristiana interior. No se puede cultivar relaciones con Dios de dos tipos, ni expresar su relación con el Creador mediante formas simbólicas de dos tipos. Eso sería algo completamente diferente de esa colaboración, que para él es evidente, con todos los que se comprometen a hacer el bien, aunque partan de principios diferentes. Por un lado, un cristiano católico no puede participar al mismo tiempo en la plena comunión de la fraternidad cristiana y, por otro, mirar a su hermano cristiano, desde la perspectiva masónica, como un "extraño".

Aun cuando, como ya se ha dicho, no existiera una obligación explícita de profesar el relativismo como doctrina, sin embargo, la fuerza relativizadora de tal hermandad, por su misma lógica intrínseca, tiene la capacidad de transformar la estructura del acto de fe de una manera tan radical como para llegar a ser inaceptable para un cristiano, "a quien le es querida su fe" (León XIII).

Además, esta distorsión de la estructura fundamental del acto de fe se lleva a cabo, en su mayor parte, de forma suave y sin que se note: la adhesión firme a la verdad de Dios, revelada en la Iglesia, se convierte en simple membresía, a una institución, considerada como una forma expresiva particular junto a otras formas expresivas, más o menos justas como posibles y válidas, de la vuelta del hombre hacia lo eterno.

La tentación de ir en esta dirección es mucho más fuerte hoy en día, en la medida en que corresponde plenamente a ciertas

convicciones que prevalecen en la mentalidad contemporánea. La opinión de que la verdad no puede ser conocida es una característica típica de nuestra época y, al mismo tiempo, un elemento esencial de su crisis general.

Precisamente considerando todos estos elementos, la Declaración de la Sagrada Congregación afirma que la pertenencia a las asociaciones masónicas "permanece prohibida por la Iglesia", y los fieles que se inscriben en ellas "se encuentran en estado de pecado grave y no pueden recibir la Sagrada Comunión."

Con esta última afirmación, la Sagrada Congregación señala a los fieles que esta pertenencia constituye objetivamente un pecado grave y al precisar que los miembros de una asociación masónica no pueden recibir la Sagrada Comunión, pretende iluminar la conciencia de los fieles sobre una grave consecuencia que debe derivarse de su pertenencia a una logia masónica.

Finalmente, la Sagrada Congregación declara que "no es competencia de las autoridades eclesiásticas locales dar un juicio sobre la naturaleza de las asociaciones masónicas que implique una derogación de lo decidido anteriormente". En este sentido, el texto se remite también a la Declaración del 17 de febrero de 1981, que ya reservaba a la Sede Apostólica todos los pronunciamientos sobre la naturaleza de estas asociaciones que pudieran implicar derogaciones del Derecho Canónico entonces vigente (Can. 2335). Del mismo modo, el nuevo documento emitido por la S.C.D.F. en noviembre de 1983 expresa idénticas intenciones de reserva respecto a pronunciamientos que difieran del juicio aquí expresado sobre la irreconciliabilidad de los principios masónicos con la fe católica, sobre la gravedad del acto de adhesión a una logia y sobre las consecuencias que de ello se derivan para recibir la Sagrada Comunión. Esta disposición señala que, a pesar de la diversidad que pueda existir entre las obediencias masónicas, en particular en su actitud declarada hacia la Iglesia, la Sede Apostólica discierne en ellas algunos principios comunes que requieren la misma evaluación por parte de todas las autoridades eclesiásticas.

Al hacer esta Declaración, la S.C.D.F. no ha pretendido desautorizar los esfuerzos realizados por quienes, con la debida autorización de esta Congregación, han tratado de establecer un diálogo con los representantes de la Masonería. Pero al existir la posibilidad de que se difunda entre los fieles la opinión errónea de que la pertenencia a una logia masónica es lícita, ha considerado que es su deber darles a conocer el auténtico pensamiento de la Iglesia a este respecto y advertirles sobre una membresía incompatible con la fe católica.

Sólo Jesucristo es, de hecho, el Maestro de la Verdad, y sólo en él

pueden los cristianos encontrar la luz y la fuerza para vivir según el plan de Dios, trabajando por el verdadero bien de sus hermanos.

El artículo anterior expresa claramente la amenaza contemporánea de la masonería: no tanto como una cábala anticlericalista que busca arrebatar el poder político a la Iglesia (aunque las actividades de "P 2" muestran que este espíritu sigue activo en algunos sectores), sino más bien la masonería como un movimiento humanista que, aunque evoca al "Arquitecto Divino", de hecho, persigue objetivos seculares, autodenominados del "Iluminismo". El papel político de la Iglesia ha cambiado en los últimos ciento cincuenta años. Sus enemigos de hoy son, en su mayoría, aquellos que quieren construir una comunidad humana sin Dios, y ciertamente sin Cristo y su Cuerpo, la Iglesia.

La repentina muerte del Papa Juan Pablo I suscitó diversas teorías conspirativas. Si se combinan las "intrigas vaticanas" con los "complots masónicos", no es de extrañar que algunos sugirieran que fue asesinado para evitar que actuara contra los masones que trabajaban en la Curia romana. Las revelaciones de las intrigas contra el Banco Vaticano unos años más tarde sugieren que la acusación no es tan escandalosa como podría sonar en un principio. Pero, como nos cuenta el padre Murr, incluso el hombre que estaba más familiarizado con el alcance de la infiltración masónica en la Curia, el arzobispo Édouard Gagnon, no creía que el recién elegido pontífice hubiera sido asesinado. Si su fatal ataque al corazón tuvo alguna relación con su encuentro con el cardenal Baggio en la noche de su muerte debe seguir siendo una cuestión de especulación.

Lo que *no es* una simple especulación es la afirmación de que algunos miembros de la Curia Romana eran (¿son?) masones. O, mejor dicho, *seguirá siendo una cuestión de especulación hasta que se hagan públicas las conclusiones del arzobispo Gagnon*. Al abrir los Archivos Vaticanos a los estudiosos, el Papa León XIII declaró célebremente que:"La Iglesia Católica no tiene nada que temer de la verdad de la historia." Los "Papeles de Gagnon" fueron el resultado de un arduo trabajo, realizado a menudo frente a una gran oposición. Fueron producidos por un hombre que amaba a ambas la Iglesia y la Verdad. Los que también aman ambas cosas pueden pedir, con razón, que sus hallazgos sean dados a conocer. Seguir ocultándolos sólo alimentará las especulaciones de los conspiranoicos y aumentará el ambiente de desconfianza.

Cabe preguntarse: aparte de arrojar algo de luz sobre un rincón de la historia reciente, ¿es importante la revelación de que altos cargos de la Iglesia estaban/están relacionados con la masonería? No tendremos la respuesta a esa pregunta, por supuesto, hasta que se conozca el alcance de la infiltración masónica. Yo sugeriría una ramificación significativa en relación con la liturgia del rito romano. Los críticos de

las reformas postconciliares argumentan que en muchos casos la "reforma" solicitada por los Padres del Concilio Vaticano II condujo de hecho a una "sustitución" que borró tradiciones litúrgicas consagradas y transmitidas fielmente durante muchos siglos. Uno puede lamentar o aplaudir los cambios en el culto católico desde el Concilio; nadie puede negar que representan la eliminación de las tradiciones litúrgicas a una escala única en la historia de la Iglesia. En palabras de Joseph Gelineau, S. J., que formó parte del *Consilium* para la reforma de la liturgia, "a decir verdad, es una liturgia de la misa diferente. Hay que decirlo sin ambigüedades. El rito romano tal como lo conocíamos ya no existe" [*Demain la Liturgie* (París: *Les Editions du Cerf*), p. 77-8]. *Si* el hombre que dirigía el proyecto, el arzobispo Annibale Bugnini, era de hecho un masón, esto podría ayudar a explicar por qué su *Consilium* produjo textos tan opuestos a siglos de práctica litúrgica. ¿Buscaba el arquitecto de la "nueva misa" dar a la Iglesia una liturgia ecuménica e iluminada que apelara a las "sensibilidades modernas" a expensas de la fidelidad a la *Lex orandi* del rito romano? Tal objetivo puede explicarse en parte por el *zeitgeist* de los años 60... pero también expresa los ideales defendidos por la masonería: una humanidad que se esfuerza por dejar atrás las limitaciones del credo y el dogma obsoletos para forjar una nueva humanidad "supraconfesional". Que el arzobispo Bugnini fuera o no masón tiene mucha importancia: si lo fuera, las reformas litúrgicas llevadas a cabo después del Concilio pueden haber sido infectadas con doctrinas masónicas, doctrinas contrarias a la Revelación confiada por Dios a su Iglesia. Esto, a su vez, puede ayudarnos a comprender mejor, si no la fisura por la que el "humo de Satanás ha entrado en el templo de Dios", al menos el abismo que divide a quienes ven el Concilio Vaticano II como expresión de la tradición católica vigente de quienes lo celebran como el comienzo de una nueva Iglesia. El Concilio hizo un llamamiento a la Iglesia para que entrara en un diálogo sincero con el mundo moderno, pero este diálogo no debería requerir un secreto apretón de manos.

# PREFACIO

Hay una magia especial en el primer año en que un hombre es ordenado sacerdote; estoy seguro que es también ésta la experiencia de los recién casados. Has seguido tu corazón y te has comprometido de por vida. Los sueños y los "qué tal si" ¡se han hecho realidad! Las experiencias de ese primer año permanecen "verdes" a lo largo de la vida.

Haber pasado ese año en Roma, significó aún más gozo para mí; Roma, la Ciudad Eterna que tiene un lugar único en el corazón de los católicos. Como muchos otros, nunca olvidaré la primera vez que contemplé la majestuosidad de la Basílica de San Pedro, ni la primera vez que vi con mis propios ojos al Sucesor de aquel humilde pescador elegido por Cristo para dirigir su cuadrilla apostólica. El Santo Padre lo llamamos, ocupa un lugar importante no sólo en la estructura de la Iglesia, sino en el afecto de millones de creyentes. Y luego está la propia ciudad, tan apreciada por santos (y ¡pecadores!) a través de los tiempos. Qué privilegio fue para mí, en el primer arrebato de la alegría sacerdotal, ofrecer el Santo Sacrificio de la Misa en lugares santificados por las reliquias y el recuerdo de los grandes santos cuya lista se sugiere en los nombres registrados en el Canon Romano.

Lo que he dicho hasta ahora lo puede decir cualquiera de mis hermanos sacerdotes, especialmente aquellos que tuvieron la experiencia de pasar un tiempo en la Ciudad Eterna con el sagrado crisma aún fresco en sus manos. Por ello, una memoria como la que se recoge en estas páginas es de interés para la familia y amigos de un sacerdote tan especialmente bendecido. Lo que hace que estas páginas tengan un mayor interés, creo, es el hecho de que estuve allí en el "Año de los Tres Papas", cuando se desarrollaban acontecimientos trascendentales en Roma. Además, a medida que vayas leyendo, descubrirás que la Providencia me llevó a relacionarme estrechamente con algunas personas notables, cuya historia tiene un significado que va mucho más allá de mi propia conexión personal con ellas.

Por esta razón, me gustaría sugerir que esto es más que las memorias de un viejo sacerdote recordando sus aventuras de joven. Hoy en día se habla mucho de las reformas necesarias en la Curia Romana. Esto también era cierto en 1977-78, y a mí se me concedió un punto de vista único: viví con un hombre, verdaderamente un gran hombre, elegido por el propio Papa para llevar a cabo dicha reforma. Su nombre era Édouard Gagnon, un obispo franco-canadiense. Que sus esfuerzos para la reforma no fueran exitosos no fue ciertamente culpa suya: llevó a cabo su misión con integridad, valor, determinación y

discreción. Hizo todo lo posible para ayudar a tres papas sucesivos a "limpiar los establos", pero ni él ni ellos pudieron lograrlo. Por ello, no escribo esto simplemente como una memoria. Es un testimonio de la labor de un hombre que amó profundamente a la Iglesia y asumió una misión no deseada (de hecho, muy desagradable), y su historia merece ser conocida por todos los que aprecian el bienestar de nuestra santa Madre Iglesia.

El mío es un relato descaradamente partidista. No soy un historiador que pretende presentar un relato friamente objetivo de las corrientes -religiosas, culturales y sociales- de aquel año trascendental. Mis amigos se vieron envueltos en el enredo y salieron perjudicados. Me pongo de su parte sin disculparme. En estas páginas leerán sobre antipatía, celos, guerras territoriales, juegos de poder. ¿Son éstas las razones por las que se necesita desesperadamente una reforma? Bueno, sí y no. Por supuesto, tales actitudes y acciones son el lado oscuro que todos podemos reconocer en nosotros mismos (¡gracias a Dios por la confesión frecuente!), y no es edificante encontrarlo vivo y saludable en las vidas de hombres dedicados al servicio de Dios y de su Iglesia. Esperamos algo mejor de los sacerdotes, y así debería ser.

Al mismo tiempo, no debemos poner nuestras esperanzas demasiado altas. Esperar la perfección de cualquier persona, incluso de un hombre de Dios, atenta contra la ignorancia tanto de la naturaleza humana como de la Biblia. El cardenal Newman pronunció una vez una conferencia titulada "Hombres, no ángeles, los sacerdotes del Evangelio" (Discursos a congregaciones mixtas, no. 3). Los propios apóstoles, sucesores del Papa y los obispos, aparecen a veces como mezquinos, desconcertados y celosos. Jesús anuncia que va a Jerusalén para ser ejecutado de la manera más horrible, y ellos hablan sobre quién tendrá los tronos más cercanos a Él cuando expulse a los romanos. Incluso en la misma noche de la Última Cena, mientras Nuestro Señor les estaba dando su mismo Cuerpo y Sangre, y lavando los pies de estos hombres quienes iban a traicionarle, negarle y abandonarle, ¡están discutiendo sobre quién es el más importante! Así que sí, sí queremos que nuestros líderes sean dechados de virtud, ciertamente queremos sacerdotes y obispos santos, pero la Iglesia tiene más de dos mil años de experiencia tratando de ayudarnos a aceptar la enmarañada madeja de virtudes y vicios que es el corazón humano. Ella quiere lo mejor, pero, como su Maestro, tiene que conformarse con lo que hay. En esto muestra mayor sabiduría que nuestra *cancel culture*: como observó un amigo, vivimos en un mundo que lo permite todo y no perdona nada. Este mundo necesita desesperadamente el Evangelio, que ofrece tanto corrección como misericordia. Es una pena para mí que al lidiar con las fallas de sus líderes, la Iglesia aparenta imitar la sabiduría anti evangélica de la cultura popular que la rodea:

habla sólo con tus abogados y deja que tus asesores políticos hablen por ti.

Las debilidades humanas, los errores, la falta de visión, la mezquindad, etc. que forman parte de mi historia hablan de la necesidad *subjetiva* de reformar la Curia Romana, como en cualquier organización humana. Pero mucho más importante, y la razón principal por la que he registrado estas memorias, es la necesidad de abordar la reforma *objetiva* de la administración central de la Iglesia de Cristo. El arzobispo Gagnon recibió el encargo del Papa Pablo VI de investigar la acusación de que la Curia había sido infiltrada por hombres asociados a organizaciones que pretendían la destrucción de la Iglesia Católica Romana o, como mínimo, su completa neutralización como fuerza de oposición al secularismo y al relativismo. Se había informado al Santo Padre que prelados influyentes de muy alto rango eran de hecho masones. Pidió al hombre que tengo el honor de contar entre mis amigos más queridos y mis mejores mentores que emprendiera una investigación. Lo hizo pagando un gran precio personal, un precio del que fui testigo de primera mano.

El arzobispo Gagnon elaboró un expediente exhaustivo que no dejaba lugar a dudas sobre la veracidad de esas escandalosas acusaciones. Nunca vi el contenido en sí, por supuesto, y el hombre era la discreción misma: nunca discutió sus hallazgos conmigo (ni con nadie más, por lo que sé). Pero sí vi que los expedientes eran voluminosos: pesados en tamaño, y supongo que aún más pesados en contenido. Esos tomos fueron presentados tres veces a los sucesivos papas, y ahora residen en algún lugar en los archivos de la Santa Sede.

Una reforma seria de la Curia exige *que* estos documentos se hagan públicos. Si es cierto que el hombre responsable de nombrar a los obispos de todo el mundo durante años era un masón, esto podría explicar la crisis de liderazgo que estamos viviendo. Si es cierto que el hombre encargado de las monumentales reformas litúrgicas llevadas a cabo tras un Concilio Ecuménico se guiaba más por los ideales masones que, por las claras directrices de los Padres Conciliares, esto podría haber infectado el culto de la Iglesia. Dada la asociación entre *la Lex orandi y la Lex credendi,* si el arquitecto de nuestros ritos reformados llevaba un delantal masón, a los libros litúrgicos actualmente en uso se les debería hacer una revisión teológica seria. Y si, como sugirió una vez el cardenal Benelli, estos dos eclesiásticos influyentes eran sólo "la punta del iceberg", ¿cuántos otros miembros de la Curia fueron objeto de la investigación exhaustiva y bien documentada del arzobispo Gagnon? No lo sabemos. La respuesta se encuentra en los propios documentos. Sólo cuando esta información se dé a conocer se podrán abordar las necesarias reformas objetivas a la

Curia Romana. Santo Padre, en honor a la transparencia, para promover la tan necesaria reforma en Roma y, de hecho, para la propia vitalidad de la Iglesia de Cristo, le imploro que haga públicos los documentos que mi amigo se esforzó tan asiduamente en proporcionar a sus predecesores.

# UN PUESTO EN LA MESA DE LA HISTORIA

Lunes, 27 de junio de 1977

La primera campanada del Ángelus sonó fuerte y grave, desde el campanario. Una bandada de palomas asustadas alzó el vuelo y desapareció en el azul de un cielo romano casi perfecto.

Dejé caer mi cigarrillo sobre los adoquines y lo apagué mientras me despedía brevemente de mis amigos y compañeros de trabajo, Silvio y Naldo, y me volví para tomar un atajo desde la Oficina de Información del Vaticano hasta la ultramoderna sala de audiencias papales, el Aula Nervi.

Nada más cruzar el umbral, me detuve bruscamente. Ante mí, en el vestíbulo normalmente abierto, había una serie de lonas blancas. Se habían colgado del techo al suelo para crear cuatro cubículos abiertos por el frente. Y en el centro de cada uno de ellos había un hombre de mediana edad vestido de escarlata, desde el zucchetto [solideo] en su cabeza hasta los calcetines en sus pies.

En cada uno de los cinco paneles laterales había un joven guardia suizo vestido del rojo, dorado y azul de los Medici, con casco emplumado, polainas y botas, y empuñando una amenazante lanza por si había que disuadir a algún malhechor. Al pasar por la primera caseta, imité un gesto reverencial a uno de ellos, mi amigo helvético, el teniente primero Dominique Tourville, que permanecía en posición de firme. Pasando por las tres cuartas partes de los cardenales recién nombrados -el italiano Luigi Ciappi; el alemán Josef Ratzinger; y el africano Bernardin Gantin – tomé el último lugar en la última fila de personajes elegantemente vestidos. Todo el mundo en esta cola particular estaba esperando felicitar al hombre que durante años había servido como secretario privado, confidente de máxima confianza y vicesecretario de Estado de Su Santidad, el Papa Pablo VI; el mismo hombre nombrado arzobispo de Florencia por el mismo Papa, y aún más recientemente -esta mañana, de hecho- elevado por él al cardenalato: Giovanni Benelli.

Esperando mi turno en la fila de Benelli, comencé a pensar en la primera vez que lo conocí…

Cortile Belvedere. Hace cuatro años. Por supuesto, yo sabía de él mucho antes. No había nadie en Roma que no hubiera oído de Giovanni Benelli. Del medio millón de sacerdotes católicos en el mundo, ¿había alguno que no pudiera nombrar a la mano derecha del pontífice?

Es cierto que el cardenal Jean-Marie Villot era el Secretario de Estado del Papa, pero era el Secretario Adjunto de Estado, Giovanni

Benelli, quien tenía mayor influencia sobre él. No es de extrañar que el odio de Villot hacia Benelli fuera tan profundo como el sentido de su propia importancia, y el francés no se esforzaba por ocultar ninguna de las dos cosas. La envidia de Villot por el más joven y brillante Benelli explicaba gran parte de la antipatía entre ambos, pero las indiscutibles diferencias entre ellos tenían mucho más que ver con ideologías diametralmente opuestas que con temperamentos conflictivos. Más adelante se hablará de esto.

Un dignatario y su esposa -la mujer frente a mí se refirió a ellos como 'el peruano y la 'señora embajadora'' – se retiró después de hacerse una foto con Benelli, y yo avancé dos pasos. Mi memoria pasó de aquel primer y breve encuentro a otro mucho más significativo que había tenido lugar hacía poco más de un mes. Incluso mientras sucedía, sabía que nunca olvidaría aquella cena.

Todo había comenzado con una llamada telefónica a las once de la mañana de mi amigo Monseñor Mario Marini. Llamaba desde la oficina.

"Así es", dijo, "una tarde en el campo. Vamos a salir de la ciudad por unas horas", la voz grave medio ordenó, medio engatusó, "salimos a las cuatro y media". ¿Nunca has estado en el Lago di Bracciano?" preguntó retóricamente, "la paz. El aire fresco. Y, ¡oh-o-o-oh, Charlie!" se rió con un deleite anticipado, "¡Las mejores tagliatelle ai porcini y pescado blanco a la parrilla al sur de La Romagna!"

"Un momento", logré decir una palabra, ¿Qué es lo que estamos celebrando?"

"¡Hummm!" replicó, "¿Desde cuándo dos amigos necesitan un motivo trascendental para reunirse, para escapar del ruido enloquecedor de la ciudad y disfrutar de una simple cena en compañía del otro?

"No creo que lo necesiten. Es sólo que…"

"Bien". Habló más fuerte que yo, "entrada del Santo Oficio, 4:45", dijo y, como era su costumbre, colgó inmediatamente.

El protocolo telefónico no era el fuerte de Mario. No le gustaban los teléfonos. Nunca confió en ellos.

Algo pasaba. De eso estaba seguro. En todos nuestros años de amistad romana, Mario Marini nunca había permanecido trabajando en la Secretaría de Estado fuera de horario, es decir, sin almorzar y -mucho más importante para él que el pranzo- ¡sin dormir la siesta! No me malinterpreten; en toda la Ciudad del Vaticano no se podía encontrar un trabajador más dedicado y diligente que Don Mario Marini. Todos los días, cuando volvía a casa desde la Secretaría de Estado, traía consigo una pila de deberes y procedía a dedicar cinco o seis horas más a tratar delicados asuntos de Estado para la Santa Sede. Pero que mi noble mentor estuviera dispuesto a renunciar a su siesta

diaria de cuarenta minutos me resultaba casi imposible de creer. Iba - ¡iba contra su religión!

No, definitivamente algo pasaba.

De nuevo, la fila se acortó y me acerqué un poco más al recién creado Cardenal Benelli.

Cuando Mario y yo llegamos al Lago di Bracciano, aprovechamos la prolongada luz del día y fuimos a hacer turismo alrededor del lago. Me señaló las antiguas residencias de verano de los colegios americano y alemán en la colina. Hace tiempo que dejé de utilizar palabras como "pintoresco" y "encantador" para describir aldeas, pueblos, ciudades, escenas campestres italianas, incluso sectores antiguos y medievales de grandes ciudades italianas. Dicho esto, la pequeña ciudad de Bracciano, las tranquilas aguas del lago, el sol poniente y el propio entorno eran sueños hechos realidad.

Salimos de la carretera principal y entramos en una mucho más estrecha y sinuosa que nos llevó al pueblo de Anguillara y al Chalet del Lago. Mario estacionó su Fiat amarillo e insistió en que diéramos un paseo por la orilla.

Finalmente, nos dirigimos de vuelta al rústico chalet. Me fijé en un segundo coche, un sedán azul marino, ahora estacionado cerca del nuestro. Seguí a Mario hasta lo que parecía un restaurante vacío hecho casi completamente de madera. Con el sol rojo poniéndose en el lago, las paredes de madera y las vigas de pino nudoso, podríamos haber estado en el norte de mi Minnesota natal. Al mirar a mi alrededor, sonreí al ver varias mesas y sillas cubiertas con telas de queso y, colgadas sobre los respaldos de las sillas, grandes hojas redondas de pasta puestas a secar.

"Te dije que las tagliatelle eran frescas y caseras", anunció Mario con orgullo.

En ese momento llegó un señor mayor desde la cocina y, limpiándose las manos con una toalla blanca, se acercó a nosotros. "Buona sera, Monsignore", saludó a Marini, levantando sus manos aún húmedas, una especie de disculpa silenciosa por no haber estrechado las suyas. Evidentemente, se trataba del dueño y, e igual de evidente, él y Mario se conocían. "Le esperan, Monsignore", le dijo el dueño a Mario y señaló a su derecha: "La mesa de la esquina."

Mario se volteó hacia las ventanas que daban al plácido lago y dio unos pasos en esa dirección, entonces una amplia sonrisa se abrió en su rostro. Allí, bajo el rojo resplandor del sol poniente, estaban sentados el Secretario Adjunto de Estado del Vaticano, monseñor Giovanni Benelli, y el antiguo jefe de personal de la Secretaría, ahora subsecretario en la Congregación para el Clero, monseñor Guglielmo Zannoni. Un momento después, el minutante vaticano [funcionario curial], Don Mario Marini, y su asombrado joven compañero

americano, yo, nos sentamos a la mesa con ellos.

Enseguida me vino una advertencia de la nada: “Más vale callar y que te tomen por tonto que hablar y despejar toda duda”, y, de inmediato, hice un esfuerzo consciente por seguir este prudente consejo.

Dado que los tres hombres frente a mí se conocían desde hacía años y trabajaban juntos, el intercambio de bromas generales fue breve. Luego, la sesión de preguntas y respuestas. ¿Dónde nací? ¿Viven aún mis padres? ¿A qué se dedicaba mi padre? ¿Qué estaba estudiando? ¿Cuándo me ordené?

Fue Monseñor Zannoni quien mencionó que el Cardenal Felici me había ordenado recientemente. “Un brillante abogado y magnífico clasicista, Su Eminencia”, elogió Benelli a Felici. “Y el arzobispo Édouard Gagnon predicó en la ordenación, en italiano, inglés y francés”, añadió Zannoni. Casi imperceptiblemente, pero no del todo, Giovanni Benelli no puso atención a esa última información, sino que desvió la conversación hacia otra dirección. Había algo en Gagnon que parecía molestarle. ¿Quizás estaban en desacuerdo?

Pero justo antes de que terminara la velada, mientras daba las buenas noches a Mario, el verdadero respeto y estima de Benelli por el arzobispo franco-canadiense se hizo patente. “Dígale a nuestro amigo Gagnon que no pasa un día sin que esté en mis oraciones. Dígale que rezo para que Dios lo mantenga fuerte y a salvo de todo mal. Asegúrese de decírselo de mi parte, por favor”.

En el trayecto de vuelta a casa, le pedí a Mario que me explicara el extraño momento de conversación en la mesa, y lo que significaba el críptico mensaje del arzobispo Benelli al arzobispo Gagnon. Mario comenzó explicando por qué el arzobispo Édouard Gagnon -con quien él y yo solemos formar un animado trío- no estaba invitado a esta comida en particular.

“No ha terminado la visita papal [es decir, la investigación de la Curia Romana]”, explicó Mario. “En aras de la honestidad, y en aras de parecer honesto, Benelli no puede hablar con Gagnon hasta que haya terminado la investigación y entregado su informe final al Papa. Y, como sabes, Gagnon no ha terminado… Todavía no… Por si todavía te lo preguntas,” dijo Marini con una sonrisa de satisfacción, Benelli tiene una gran opinión de Gagnon; de su inteligencia, su honestidad y su integridad. No le habría encomendado este extraordinario encargo a nadie más… Suficiente he dicho”, dijo.

Así pues, fue Giovanni Benelli quien propuso a Édouard Gagnon como Visitante Papal ante la Curia Romana; Benelli quien convenció al Papa Pablo VI que Gagnon era el mejor hombre para ese trabajo; Benelli quien, por honestidad, no puede comunicarse con Gagnon hasta que éste finalice la crítica y delicada tarea que se le ha asignado.

Ahora lo entendía. No sólo lo comprendí por fin, sino que la gran admiración que ya sentía por ambos hombres se elevó aún más.

"Mi hogar", por cierto, era la Residencia Libanesa de Monteverde Vecchio, justo al lado de la colina del Gianicolo. Allí, el arzobispo Édouard Gagnon, monseñor Mario Marini y yo vivíamos juntos en libertad, fraternidad y muy buen humor (más que en una ilusoria igualdad).

Finalmente, me encontraba a la cabeza de la fila de recepción, y sin nadie detrás de mí, en la cola.

El hombre de rojo y yo establecimos contacto visual. Una sonrisa completa surgió en el redondo rostro toscano mientras hacía un gesto de "Avanti" con la mano derecha. Me acerqué e hice una extraña media-genuflexión. "Charles Murr, Sua Eminenza"; me volví a presentar y continué en italiano: "Esperaba ser de los primeros en felicitarle hoy, pero parece que soy el último".

"Don Char-lie", exageró Benelli mi nombre de pila, muy americano, "Fratellino dal nostro Don Marini [Hermano pequeño de nuestro Padre Marini]", dijo con dos o tres asentimientos de cabeza. "Anguillara", añadió, con la misma rotundidad que un "Amén" a una oración.

"¡Qué memoria tiene, Eminencia!"

"Una cosa muy útil, una buena memoria", afirmó. "Personas, lugares, cosas, eventos grandes y pequeños -todos ellos deben ser recordados-", dijo, "¡Y sobre todo las personas!" enfatizó. "Por ejemplo, la fecha de su ordenación", dijo con una sonrisa. Luego, mirando hacia arriba, se golpeó el dedo índice en la sien derecha: "viernes" -comenzó-, "viernes trece de mayo de este Año de Nuestro Señor, mil novecientos setenta y siete. ¿Estoy cerca?"

"¡Vaya!" Exclamé con esa expresión de asombro tan yanqui. "Una cosa es la memoria", exclamé, "¡¿pero cómo pudo recordarlo?!"

Nunca dudé de la reputación de Benelli como genio organizacional, pero la razón de su apodo, 'Sua Efficienza' [Su Eficiencia], se hacía clara y cristalina.

"En la mesa", respondió enseguida, "Monseñor Zannoni comentó lo hermosa que fue su ordenación. Le pregunté cuándo se había ordenado, y me contestó: "El viernes 13 de mayo". La conexión entre su ordenación y mi propio bautismo no supuso ningún esfuerzo. Un año diferente, por supuesto", sonrió y levantó ligeramente las cejas, "no tenía veinticuatro horas cuando me bautizaron. Ahora, pregúnteme cuándo fue eso".

"¿Y cuándo fue eso, Eminenza?" Le pregunté.

"El año: 1921. El día: El trece de mayo. Y, casualidades de la vida, don Charlie -puso su mano derecha sobre mi hombro-, en 1921 el trece de mayo cayó en viernes. Así que, ya ve: para mí, olvidar una cosa como su fecha de ordenación sería realmente más difícil que

intentar recordarla".

"Impresionante, de todos modos", dije con admiración, "impresionante y algo humillante."

"¿Humillante? ¿Que su memoria no es tan buena como la mía?" cuestionó.

"No, Eminencia; que el cardenal Giovanni Benelli recuerde mi nombre y cualquier cosa sobre mí. Humillante", repetí.

La moderna iluminación y los fondos neutros de los lienzos hicieron que el rojo de la sotana de Benelli pareciera aún más llamativo. ¿O era el propio Giovanni Benelli? Poder, fe y genio transfigurados. Entonces, como durante la cena en el Lago di Bracciano, supe que estaba en presencia de la grandeza; cara a cara, de tú a tú, con el cardenal Giovanni Benelli; arzobispo de Florencia y, muy posiblemente, próximo vicario de Cristo en la tierra.

Naturalmente, el nuevo cardenal hizo especial énfasis en el elogio de su antiguo minutante: "Más que el pensamiento claro y los talentos de Don Mario, que son muchos", asintió para subrayar la sinceridad de sus palabras, "es su fe, bien probada y sólida, su perspicacia y la fuerza de sus convicciones. Notable" -dijo con admiración. "Tiene un gran maestro y amigo en don Mario" -dijo con toda seriedad y, si no me equivocaba, con un leve rastro de envidia honesta -si es que existe ese vicio virtuoso. "No hay duda, Eminenza," respondí, "he sido bendecido y mimado."

"Ambos deben venir a visitarme a Florencia", me ofreció. Le prometí que lo haríamos. Entonces preguntó en un inglés perfecto: "¿Puedo pedirle un favor, Don Charlie? ¿Sería usted tan amable -preguntó, y señaló una mesa auxiliar con tarjetas y folletos conmemorativos- de echar una mano?" Acepté inmediatamente y el cardenal se fue hacia la esquina del cubículo para coger su maletín de cuero. Como yo era "el último hombre en pie" y las tarjetas estaban en evidente desorden, entendí que debía recogerlas y devolverlas a sus cajas. En un abrir y cerrar de ojos, terminé con las tarjetas. Llamé la atención de Benelli, levanté respetuosamente la mano en señal de despedida y salí del bien ambientado vestíbulo.

El sol deslumbrante me hizo entrecerrar los ojos desde la sala de audiencias hasta la Piazza Santa Marta y mi coche estacionado. Durante todo el trayecto pensé en las palabras de alabanza de Benelli hacia ese "dignísimo maestro" con el que fui bendecido. Pensé en como Mario Marini había cambiado radicalmente mi vida y en lo mucho que él significaba para mí. En estos últimos cuatro años, no sólo tuve a Mario como mentor, maestro, consejero, director espiritual y padre confesor, sino que, por encima de todo, se había convertido en mi hermano mayor, mi mejor amigo y la influencia más dramáticamente positiva de mi vida. Me sentí exageradamente

privilegiado, ¡porque lo era!

Entonces, ¿cómo se convirtió este hombre monumental de Rávena en mi mentor, en mi padre, en mi hermano mayor, en mi amigo?

Septiembre de 1974. Segundo piso del moderno Colegio Pontificio Mexicano de inspiración azteca; cerca de las puertas de cristal de la capilla de Guadalupe.

Alrededor de las ocho de la noche, dos hombres, uno más grande que la vida, el otro ligeramente "menos grande", caminaban hacia mí en el pasillo. El más alto parecía tener treinta y tantos años y, al acercarse, vi que era el mismo sacerdote italiano que nos habían presentado a todos hacía una hora, en la cena. Ahora estaría residiendo en el colegio.

Se detuvo en seco y, con el entusiasmo de un marinero que acaba de avistar tierra, exclamó en español: "¡Oh-o-o-o-o-oh! Este debe ser el famoso 'Ch-a- llie' del que tanto he oído hablar". Su voz profundamente grave reverberó en las ventanas llegaban del suelo al techo. Su acompañante, también con cuello romano, era un mexicano de unos treinta años. El italiano, con una amplia sonrisa y exudando bonhomía, se acercó a mí, me miró directamente a los ojos y me dijo: "Sé de buena tinta que un gringo solitario habita por estos lares", dijo con buen humor, y al instante me estrechó la mano: "¡Usted debe ser él!"

"¿Y tú debes ser?" Pregunté, dudando de su nombre, aunque lo había escuchado una hora antes.

"Debo ser Mario", respondió con una risa, "Mario Marini", dijo con fuerza, pero pronunciando débilmente las 'r' de cada nombre, como un francés podría pronunciar el latín. Me di cuenta por primera vez cuando dijo "Charlie" pronunciando levemente la 'r'.

"Padre Emilio Berlie-Belaunzaran", se presentó el sacerdote junto a don Mario Marini, impaciente, como si estuviera ansioso por volver a los asuntos más importantes que ambos habían estado discutiendo antes de toparse conmigo, el proverbial bache en el camino.

Sin duda, yo nunca había conocido a nadie tan directo como este clérigo italiano, ni a nadie con una presencia tan imponente. Su compañero mexicano desprendía demasiado aire de superioridad como para que le diera importancia. Pero Marini, este Don Mario Marini, me pareció inmediatamente intrigante, y algo me decía que el sentimiento era mutuo.

Don Mario Marini había regresado a Roma después de tres años de enseñar teología en el seminario regional de Chihuahua. Se mudó al Colegio Mexicano después de pasar unos días con su familia.

Después de la cena la siguiente noche, Don Marini tocó mi puerta. Estaba a la mitad de un trabajo que debía entregar al siguiente día en la Universidad Gregoriana. Insistió que pusiera de lado mi tarea y

saliera a caminar y a tomar un café con él. Con una sonrisa cálida, me avisó que él no aceptaría un no por respuesta. Lo mismo sucedió la noche siguiente, y la siguiente, y todas las noches durante varias semanas. La mayoría de las veces, otros se unían a nosotros, ya que Marini era un tipo sociable y tenía la facilidad de involucrar a todos en la conversación.

En cuanto a mí, me gustaba más cuando estábamos solos él y yo. Aquellos paseos nocturnos eran mucho más que agradables; me hacían reflexionar y me estimulaban intelectualmente. Me encontraba aprendiendo todo tipo de cosas y dándole sentido a muchas cosas de las que sabía un poco, pero de ninguna manera lo suficiente; problemas derivados de guerras medievales no resueltas, hasta los factores de estrés de la construcción de puentes en la actualidad.

Rápidamente me acostumbré a que Mario Marini tocara mi puerta y -aunque nunca lo dije- tenía muchas ganas de escucharlo. En los meses siguientes nos reuníamos regularmente, después de la cena, para dar un paseo de veinte minutos hasta el Golden Brazil Café, donde tomábamos un capuchino y un Petrus, y nos esforzábamos por escucharnos por encima de Crocodile Rock que sonaba en la máquina de discos del cuarto de atrás.

"Por favor, Charlie, estoy cansado de pedirte que me llames 'Mario'", gimió cómicamente una tarde mientras hacíamos nuestra habitual excursión. "No está en mí llamar a un cura por su nombre de pila", le contesté sincera y respetuosamente. "Bueno", detuvo su paso en medio del paso de peatones, "entonces escarba más hasta que encuentres la capacidad de llamar a un amigo potencial por su nombre de pila. Por cierto, me gusta el sonido de mi nombre", dijo y sonrió ampliamente, "me gusta casi tanto como el nombre 'Charlie'. Casi, pero no tanto", rió.

"¿Somos amigos, entonces?" pregunté mientras reanudábamos nuestro paseo.

"Por supuesto que no", contestó, "al menos todavía no. Estudiaste a Aquino; sabes la diferencia entre acto y potencia".

"Sí. ¿Y?"

"La amistad tiene estructura. Reglas. Como tienen todas las cosas buenas y bien ordenadas. Nosotros, tú y yo, somos amigos potenciales. Si esa amistad potencial se desarrolla, existe la posibilidad de que nos convirtamos en amigos actuales", se rió, pero se rió seriamente.

Más tarde, descubriría que Mario -sí, esa noche me atreví a llamarlo por su nombre de pila- escribía su segunda tesis doctoral sobre la naturaleza y la estructura de la Amicitia [Amistad].

Yo tenía veinticuatro años. Mario Marini tenía treinta y siete años, trece más que yo, y siete menos que mis padres.

Mario y yo no solíamos hablar en italiano ni en inglés. El español se

adaptaba perfectamente a nuestras necesidades de comunicación. Al no ser la lengua materna de ninguno de los dos, nos ponía en igualdad de condiciones lingüísticas -la igualdad es un principio fundamental de la amistad. Además, nos daba la libertad de hablar abiertamente en público, garantizando la privacidad frente a los fisgones. A decir verdad, había otra ventaja ligeramente diabólica en hablar español mexicano: ambos podíamos decir palabrotas -cosa que ninguno de los dos haría tan libremente en su propia lengua materna- con facilidad y sin remordimientos, ya que, a todos los efectos, las palabrotas no significaban nada para nosotros. De hecho, significaban muy poco para los propios mexicanos, a no ser que se dijeran con enojo.

Poco a poco, Mario y yo fuimos conociendo la historia, las convicciones y las opiniones de cada uno. Lo que nos unió tan profundamente fueron nuestras filosofías: lógicas, pragmáticas y personalistas. ¿Por qué no iban a hacerlo? Los dos éramos católicos, fervientes católicos. Sin embargo, las historias de nuestras vidas no podían ser más divergentes. Mi vida, pensaba, no era nada espectacular. El mayor de siete hijos. Hermosos padres. Hermoso hogar. Hermosa vida hogareña. Sólida crianza católica y educación formal. En Roma, ahora, pensaba, para terminar una licenciatura en filosofía. Sin planes inmediatos de casarme hasta terminar la carrera de Derecho. ¿Tal vez Georgetown?

"¿Y mi amigo americano se ha enamorado alguna vez?" preguntó una vez Mario con seriedad.

"No sé…" respondí con bastante displicencia: "No creo que nunca me haya enamorado de verdad… He estado casi allí tres o cuatro veces, pero nunca he caído".

La de Mario Marini fue, por mucho, la vida más dramática - ¿o, debería decir, traumática? Y no parecía tener mucha prisa por contarla. Recordando ese período preliminar y revelador de nuestra relación -ahora que soy mucho mayor y un pelo más sabio- veo que Mario me reveló su historia personal de forma lenta, comedida, episódica, para dejar que lo que decía se asentara, antes de ampliarlo. Quería -yo creo- ver si yo realmente "captaba lo que él exponía". Juzgaba mi reacción a sus revelaciones en cada momento. ¿Era yo lo suficientemente empático con los obstáculos que había enfrentado, tratado y superado en la vida? ¿Acaso apreciaba yo lo que le costó a él convertirse en sacerdote?

Lo entendí, y evidentemente él se dio cuenta de que lo hacía porque, en tres meses, habíamos aprendido casi todo lo que había que aprender sobre la vida del otro. Y a mí no me aburrió ni una sola de las entregas de la saga de Mario. El material era rico, sin duda, pero lo que más atraía era la forma en que Mario contaba y explicaba los giros, las sorpresas y todo lo demás.

Mi amigo nació el 13 de septiembre de 1936 en Cervia-Ravenna. Romagnolo hasta la médula. Tenía una hermana mayor, Catarina, y un hermano menor, Pierpaolo, y aunque era el hijo mediano, era el primogénito varón. Esto, me explicó Mario -sin necesidad, ya que había vivido en Italia el tiempo suficiente para presenciar este fenómeno en innumerables ocasiones- era extremadamente importante en la dinámica familiar italiana. Se le daba más, y se esperaba más de él. Su padre, un ingeniero civil, dictatorial y cínico por naturaleza, hizo todo lo posible por hacerle la vida difícil a él y a todos los demás en la familia, pero especialmente a él.

Su madre, una mujer de temperamento muy fuerte y opiniones aún más fuertes, era alta, dura, rara vez sonreía y parecía tener siempre un cigarrillo encendido entre los dedos o los labios. Me tocó varias veces visitar a los poco alegres progenitores de Mario y vi de primera mano el efecto semidestructivo que seguían teniendo en él, incluso de adulto. De hecho, las únicas veces que vi algún atisbo de debilidad en la fortaleza de mi amigo fue cuando estaba en compañía de sus padres. Por separado o en conjunto -la mater y el pater eran mucho más eficaces como equipo-, eran capaces de quitarle el oxígeno a cualquier ocasión alegre, y en un abrir y cerrar de ojos.

La mayor agitación en la familia Marini fue provocada por la "religión", o más exactamente, fue achacada a la religión. Los padres y los abuelos de Mario eran marxistas empedernidos; su padre, un ateo "devoto"; su madre, una mangia-prete anticlerical hasta los huesos. Karl Marx era el único salvador de la humanidad, y el marxismo era la piadina (pan sin levadura) diaria que alimentaba a los niños Marini. El señor y la señora Marini estaban orgullosos de ser miembros muy activos y con credenciales del Partido Comunista Italiano.

A los quince años, la afición de Mario por el fútbol le hizo entrar en el grupo juvenil de Acción Católica, donde, por primera vez en su vida, escuchó los rudimentos del catolicismo. Dos años más tarde, les pidió permiso a sus padres para ir a un campamento de fin de semana con amigos. En su lugar, asistió a un retiro vocacional en el Seminario de Rávena. Cuando su padre se enteró, se puso furioso, fue al seminario y sacó físicamente a su hijo del retiro. Luego agarró al director por la parte delantera de la sotana y le amenazó con matarlo si él o cualquier otro sacerdote volvía a acercarse a su hijo.

Cuando se graduó, su padre lo registró en la Escuela de Ingeniería de su propia alma mater, la Universidad de Bolonia. Se aseguró de que su hijo estuviera siempre ocupado -sobre todo durante las vacaciones de verano. A través de sus camaradas en el gobierno local, L'ingegnere Marini le consiguió a su hijo el trabajo más codiciado al que podría aspirar cualquier joven atlético y guapo: salvavidas en las playas más elegantes y llenas de chicas del Adriático. Mientras tanto, Marini

padre se esforzaba constantemente por burlarse de la religión, con la esperanza de borrar de la mente de su hijo la horrible idea de convertirse en sacerdote.

A los 24 años, Mario Marini terminó su doctorado en ingeniería civil, magna cum laude. Esa misma noche, su madre le sorprendió con una gran fiesta de graduación en su casa. Se había esmerado en invitar a algunas de las más bellas y selectas jóvenes de Rávena. Ya era hora de que su hijo Mario se dedicara a los negocios con su padre, encontrara una esposa y formara una familia.

Pero esa noche su hijo le tenía reservada una sorpresa a ella también, y a su padre, a sus hermanos y a todos los que estuvieran a un grito de distancia. Una hora después de la fiesta, en la abarrotada cocina, Mario Marini hizo un anuncio a todos los presentes.

"Toda mi vida he hecho todo lo que me han exigido", dijo Mario a sus padres, "lo que prometí terminar, lo he terminado. Hoy es el comienzo de mi vida". Le entregó a su padre el pergamino del doctorado con el que había posado para las fotos: "Esto es lo que querías, Papá; es tuyo", dijo, "con mi más sincero agradecimiento por todo lo que me has dado. Mañana por la mañana me voy a Milán para empezar lo que quería empezar hace seis años. Me han aceptado en el Seminario de Milán".

Por primera vez en su vida, L'ingegnere Marini se quedó sin palabras -sin palabras, pero con una furia instantánea. Para colmo de males, su invitado especial, el regordete líder sindical del Partido Comunista de Rávena, se volteó hacia él y le preguntó incrédulo: "¿Un cura? Dijiste que había terminado con todo eso". Las palabras de su hijo fueron como carbones encendidos que se amontonaron sobre él y la rabia interior le dejó literalmente incapaz de hablar.

Entonces, el silencio ensordecedor que reinaba en la cocina y en el comedor llegó a un punzante y abrupto final. La Signora Marini, indignada y humillada ante una casa llena de invitados, arrancó y abofeteó a su hijo tan fuerte como pudo con el dorso de su amplia mano y gritó una declaración que quedaría en la memoria de Mario y de todos los presentes para toda la vida: "¡Mejor una prostituta por hija que un sucio cura por hijo!"

A primera hora de la mañana siguiente, "la mañana después de la noche anterior", tras la fiesta de graduación que puso fin a todas las fiestas de graduación, sin despedirse de nadie, Mario Marini se dirigió en silencio a la estación de Cervia y subió al tren con destino a Milán.

"¿Por qué Milán? Digo, ¿No había seminario en Rávena?" le había preguntado la única vez que me contó toda la historia de terror de sus padres. Estábamos sentados en el escritorio de su habitación en el Colegio.

Las razones, explicó, eran tres.

Conociendo las fuertes y multigeneracionales afiliaciones de la familia Marini al Partido Comunista y habiendo sabido de las amenazas que el padre de Mario había hecho sobre la vida del antiguo rector del seminario, el arzobispo de Rávena decidió que lo mejor para todos sería que Mario estudiara filosofía y teología a una distancia segura de Rávena. En segundo lugar, el joven Dottore Marini era mucho mayor que la media de los estudiantes de filosofía de primer año. En el Seminario de Milán, mucho más grande y mejor dotado de personal, podría recibir una atención académica más personalizada.

"¿Y la tercera razón?" le pregunté.

"La Divina Providencia", dio Mario la respuesta corta y luego procedió a dar la aún más corta: "Dinero".

Dado que el Signore y la Signora Marini se habían mostrado muy firmes a la hora de romper los lazos con su hijo, la financiación de la educación de Mario en el seminario tuvo que buscarse en otra parte.

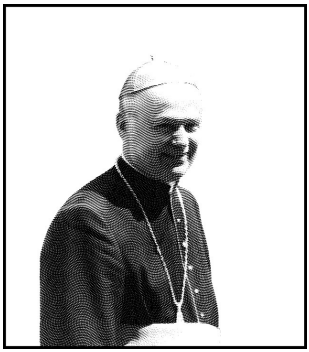
Cuando las circunstancias tan inusuales de Mario llegaron a oídos del arzobispo de Milán, éste investigó más a fondo y, al comprobar que era cierto lo que se le había informado, decidió resolver él mismo la dificultad. Con sus propios fondos personales, el arzobispo de Milán estableció una beca de teología para un estudiante que lo mereciera. De un segundo plumazo, concedió la primera beca al joven ingeniero de Rávena, Dottore Mario Marini.

Tres años más tarde, el generoso benefactor de Mario, el arzobispo Giovanni Battista Montini, se convirtió en el sexto papa con el nombre de Pablo. Cuando Mario terminó sus estudios en Milán, el Papa, que había seguido sus progresos desde el principio, le llamó a Roma y continuó haciéndose cargo de sus estudios para obtener un segundo doctorado en teología. El obispo Giovanni Benelli, amigo de confianza del Papa y su subsecretario de Estado, envió fondos de la cuenta personal del pontífice a la Universidad Gregoriana, donde Mario estaba matriculado, y al Colegio Lombardo, donde residía. Además, el obispo Benelli se encargó de que el "ingeniero de Rávena" tuviera una audiencia personal con el Papa cada Navidad para agradecerle su continua generosidad.

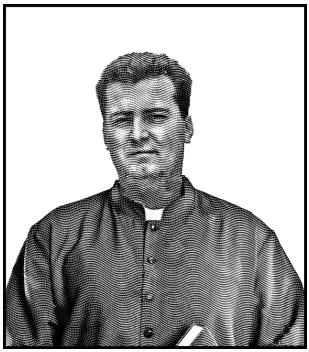
En 1966 llegó el día de la ordenación sacerdotal del diácono Mario Marini. La ordenación y la primera misa tuvieron lugar en su ciudad natal, Cervia-Ravenna. A regañadientes, asistió su madre. A pesar de que la catedral de Santa María Assunta estaba a pocas cuadras de la casa de la familia Marini, el padre de Mario, L'ingegnere Marini, se rehusó a presenciar la vergüenza que su hijo estaba trayendo a él y a su familia.

Como San Francisco antes que él, Mario Marini había encontrado una verdadera madre en la Iglesia y verdaderos padres en los pastores de Cristo. Qué suerte tuvo de tener a Montini y a Benelli en su vida…

Qué suerte tuve yo de tener a Marini en la mia…



*El Cardenal Giovanni Benelli*



*Monseñor Mario Marini*

# LA BESTIA DE CARGA DEL PAPA ENCUENTRA UN NUEVO PUESTO

Domingo, 4 de diciembre de 1977

"Me hubiera gustado asistir", dijo el francocanadiense. Me pasó una carta de dos páginas y me explicó casualmente: "Esto va en el archivo de la Universidad Lateranense, por favor".Bajó ligeramente la cabeza y me miró por encima de sus gafas, "...pero tengo que evitar cualquier cosa partidista..., -o cualquier cosa que pueda ser tomada por partidista".

Monseñor Édouard Gagnon, afable, bien parecido, voluntad y constitución fuerte (ni un gramo de grasa en su marco de 1,78 m), acababa de mudarse a la Residencia Libanesa con Mario y conmigo. Cuando él y yo terminamos de trasladar sus pertenencias del Colegio Canadiense a su nueva habitación (a dos puertas de distancia de la mía), me preguntó si podía ayudarle, "de vez en cuando", a organizar la montaña virtual de documentación que había adquirido y seguía adquiriendo en sus labores de investigación. También me preguntó si, "de vez en cuando", lo podría llevar a sus citas y reuniones, especialmente cuando el tiempo y el estacionamiento fueran problemas. Acepté con gusto. El sermón que predicó en mi ordenación fue de una belleza inolvidable, y su gran amabilidad con mi madre y mi padre durante esos días tan especiales para ellos en Roma fue más que gentil. Aparte de eso, la autenticidad de Édouard Gagnon, su encanto sencillo, su honestidad y su santidad personal me hicieron desear estar en su compañía tan a menudo como él quisiera. Y cuando se trataba de conducirlo por la ciudad, el arzobispo Gagnon tenía el único Fiat de Roma con transmisión automática, haciendo que los cientos de paradas y arranques sin palanca fueran más fáciles. Además, el Fiat de Gagnon tenía matrícula diplomática del Vaticano, lo que hacía que conducir dentro, alrededor y por "encima" del tráfico romano fuera un auténtico placer. Además, ser su chófer era bueno para mi ego; Gagnon no se cansaba de elogiar mis habilidades de navegación urbana: "En el tráfico romano, Don Carlo, Mario Andretti ¡no tiene nada que envidiarle!"

Édouard Gagnon era brillante, pero sin pretensiones, sabio más allá de sus cincuenta y ocho años, un caballero, varonil, con un encantador sentido del humor. Como obispo, carecía por completo de arrogancia, de engaño o vanidad. Era una excepción rara y maravillosa, a la regla romana.

Era uno de los trece hijos nacidos en el seno de una amorosa familia de Montreal. Elegir entre el sacerdocio católico y el béisbol

profesional, fue su primera gran decisión en la vida. Obviamente, eligió lo primero, pero no excluyendo totalmente lo segundo. Tras completar su primer doctorado, fue nombrado profesor de teología moral en *Le Grand Séminaire* de Montreal. Como tal, cada año, de junio a septiembre, el joven profesor estaba libre de la enseñanza, pero no del trabajo. El padre Gagnon fue enviado como ayudante de verano a una parroquia de Brooklyn, Nueva York, lo que le permitía frecuentar *Ebbets Field* tan a menudo como se lo permitían sus obligaciones sacerdotales y sus escasos ahorros. Era y seguiría siendo un ávido seguidor de los Dodgers, todavía (y para siempre) irritado con Walter O'Malley por haber trasladado el club a Los Ángeles en 1957, y poco dispuesto a absolver a Robert Moses, por su parte en esa catastrófica traición.

A los 28 años, Gagnon se doctoró por segunda vez, en Derecho Canónico, en la Universidad de Laval. Tras ocupar diversos cargos en Canadá, en 1961 fue nombrado rector del Seminario Mayor de Manizales, Colombia, "la época más feliz de mi vida", según decía. Tres años más tarde fue elegido Provincial de los Sulpicianos para Canadá, Japón y América del Sur, y también fue *perito* (consejero teológico) durante el Concilio Vaticano II. En 1969 fue consagrado obispo y en 1972 fue llamado a Roma, donde fue nombrado rector del Pontificio Colegio Canadiense.

Como secretario papal, Mario Marini conoció al arzobispo Gagnon cuando buscaba asesoramiento jurídico sobre ciertos asuntos para la Santa Sede. Basta decir que Marini quedó muy impresionado con Gagnon: su mente, su ética de trabajo y su profesionalidad al grano. Conociendo el amor del canadiense por América Latina, Marini le invitó a la *fiesta* de Nuestra Señora de Guadalupe del 12 de diciembre en el Pontificio Colegio Mexicano. Fue entonces, allí, entre el *Son de la Negra* y *Volver, Volver,* cuando Don Mario Marini presentó al Arzobispo Édouard Gagnon al único *gringo* y segundo trompetista de los mariachis: yo.

Gagnon dominaba siete idiomas y los hablaba todos con un bello pero decidido acento francés. Cuando estábamos los dos juntos, solíamos hablar inglés con una pizca de francés; cuando Mario estaba con nosotros, era español con una pizca de todo lo demás.

Una noche de 1977, ante un plato de *carbonara* en la mesa del fondo de *Polese's*, Mario y yo nos enteramos por un Gagnon visiblemente conmocionado que sus habitaciones en el Canadian College y su despacho en San Calisto habían sido asaltados y saqueados. Y añadió una revelación aún más impactante: "Anoche," dijo en voz baja, "recibí otra amenaza de muerte, la segunda en dos meses".

"¿Por teléfono o por escrito?" preguntó Mario automáticamente.

"Por escrito", respondió Gagnon.

“Llamó a la policía, ¿no?” Pregunté.

Gagnon movió la cabeza negativamente.

“Charlie, Charlie”, reprendió Marini, “¿Involucrar a las autoridades civiles? ¿Llamar a los payasos? ¿Para un asunto tan serio? Nunca”.

Édouard Gagnon procedió entonces a dirigirse a la razón más específica por la cual nos invitó a cenar.

Se preguntaba si no sería mejor que la misión delicada que le había encargado el papa -sin mencionar su propia seguridad física- permaneciera entre amigos de confianza, es decir Mario y yo. Naturalmente, ambos le animamos a hacer eso. El arzobispo Gagnon ocupó la última habitación disponible en nuestra planta de la Residencia Libanesa. Me pasé el sábado siguiente conduciendo su Fiat marrón de un lado a otro entre el Canadian College y nuestra casa, llevando cajas de libros, ropa y fotografías, y varias cajas selladas con documentos.

Ahora bien, de ninguna manera el buen Arzobispo pensaba que Mario Marini y Charles Murr fueran un buen par de guardaespaldas en caso de emergencia. Aunque su cambio de dirección tenía mucho que ver con la amistad y la confianza que nos tenía a Mario y a mí, Édouard Gagnon era demasiado pragmático para confiar en nosotros para su protección física.

Como digo, el arzobispo Gagnon era un pragmático.

Nuestra casa, la Residencia Libanesa, había recibido recientemente a otro residente: de hecho, otro arzobispo. Tras dos años y medio de negociaciones entre el Vaticano e Israel, Hilarion George Capucci, de 55 años, arzobispo melquita de Jerusalén en el exilio, acababa de ser liberado de una prisión israelí de máxima seguridad. Había cumplido dos años de una condena de doce por contrabando de armas a la OLP [Organización para la Liberación de Palestina] en Cisjordania. La habitación del arzobispo sirio estaba en un extremo del pasillo del tercer piso, la mía estaba en el extremo opuesto del mismo pasillo, y Marini y (ahora) Gagnon tenían las dos habitaciones centrales.

¿Por qué era ésta la “casa de seguridad” ideal para el arzobispo Gagnon? ¿Y por qué necesitaba protección en primer lugar? En cuanto a lo primero: dada la situación única del arzobispo Capucci, justo fuera de nuestro edificio estaban estacionadas dos furgonetas y un sedán Mercedes-Benz, cada uno de ellos ocupado por hombres armados y listos para la acción, las 24/7. La primera camioneta pertenecía a la policía secreta siria, la segunda al Mossad israelí, y el sedán al SISMI [Agencia de Inteligencia Militar Italiana]. No hacían más que vigilar *Via Fratelli Bandiera*, 19 -*y* a ellos mismos. Aunque cada organización tenía sus propias razones para estar allí, las tres se centraban en un hombre: El arzobispo Hilarion George Capucci.

Pero, ¿por qué necesitaba protección este arzobispo canadiense?

¿Por qué sus habitaciones fueron saqueadas y su vida amenazada?

Esto nos lleva al centro de nuestro drama, y es esencial para mí proporcionar algunos antecedentes históricos.

En la Solemnidad de los Santos Pedro y Pablo, el 29 de junio de 1972, en la Basílica de San Pedro, Su Santidad, el Papa Pablo VI pronunció un sermón que inmediatamente captó la atención de millones de personas en todo el mundo, tanto católicas como no católicas. Lamentando el estado caótico de la Iglesia posterior al Vaticano II, el pontífice declaró: "A través de alguna fisura, el humo de Satanás ha entrado en el Templo de Dios".

Un par de años más tarde, dos cardenales muy respetados de la Iglesia católica romana -el cardenal Dino Staffa, prefecto de la Signatura Apostólica [el Tribunal Supremo de la Iglesia católica] y el cardenal Silvio Oddi- se reunieron en privado con el papa Pablo y le presentaron documentación de carácter muy condenatorio, documentación que indicaba exactamente en qué lugar del muro del templo podría encontrar Su Santidad esa fisura.

Los documentos condenatorios se referían a dos miembros de alto rango de la Curia Romana: El cardenal Sebastiano Baggio, prefecto de la Sagrada Congregación para los Obispos, y el obispo Annibale Bugnini, Secretario Adjunto de la Sagrada Congregación para el Culto Divino. Con pruebas en la mano, Staffa y Oddi acusaron formalmente a Baggio y Bugnini de ser masones activos y, como tales, traidores infiltrados en el gobierno central de la Iglesia Católica Romana. La gravedad del asunto no podía ser mayor, dados los cargos que ocupaban estos hombres.

El cardenal Sebastiano Baggio, prefecto de la Sagrada Congregación para los Obispos desde 1973, decidía quiénes se convertirían en obispos de la Iglesia Católica Romana y quiénes no. Elegía a estos candidatos episcopales de entre un conjunto de medio millón de sacerdotes de todo el mundo. Como sucesores de los Apóstoles, los obispos son absolutamente esenciales para la existencia de la Iglesia. Si, como afirmaban Staffa y Oddi, Sebastiano Baggio era el "embajador masón en la Santa Sede", los estragos que estaba en condiciones de hacer en la Iglesia universal podrían causar daños irreparables. Los obispos que habían sido nombrados bajo su mandato reflejaban las propias opiniones ideológicas liberales de Baggio. En opinión de Staffa y Oddi, y de otros miembros de la Curia Romana, los "Baggio Boys" eran autodenominados "progresistas" que se oponían a la autoridad central de Roma, demasiado dispuestos a desechar la ortodoxia teológica en nombre del *aggiornamento* y el "diálogo" con el mundo. Argumentaban que esta tendencia estaba respaldada por los valores del credo de la masonería a la que el Cardenal Baggio estaba secretamente atado.

En cuanto al obispo Annibale Bugnini, secretario de la Congregación para el Culto Divino y Secretario Adjunto en la Congregación para los Ritos, su vinculación franco masónica, de ser cierta, podría explicar la radical revolución litúrgica que se estaba produciendo en la Iglesia católica. La implementación de las directrices del Concilio Vaticano II había ido claramente más allá de las intenciones declaradas por los Padres del Concilio, e incluso a veces las contradecía. Ritos venerables, costumbres y prácticas devocionales que se habían salvaguardado y transmitido durante siglos fueron simplemente barridos. Varios miembros de los comités formados bajo el mando del arzobispo Bugnini, que habían servido como expertos durante el Concilio, llegaron a arrepentirse y a lamentar su participación en el trabajo de la reforma litúrgica. Al observar las maquinaciones del arzobispo Bugnini, uno de estos teólogos, el padre Louis Bouyer, llegó a la conclusión de que el hombre estaba "tan falto de cultura como de honestidad básica". La pertenencia masónica de Annibale Bugnini podría explicar ciertamente mucho de lo que iba drásticamente mal en la Iglesia, litúrgica, doctrinal y moralmente.

Los cardenales Dino Staffa y Silvio Oddi le insistieron al Santo Padre de prescindir de su Secretario de Estado, el cardenal francés Jean Villot, a la hora de tratar este asunto por considerar que sus vínculos con los acusados, y en particular con el cardenal Sebastiano Baggio, eran demasiado cercanos para su tranquilidad. A instancias suyas, el Santo Padre entregó esta situación delicada y potencialmente explosiva al único hombre que gozaba de su total confianza: El arzobispo Giovanni Benelli.

Por mandato papal, en el mismo momento, el Secretario Adjunto de Estado del Vaticano, Giovanni Benelli, se propuso comprobar doble y triplemente la autenticidad de los documentos; verificarlos y volverlos a verificar. El Papa se reunió con el arzobispo Benelli y acordaron que no se debía decir nada sobre estas graves acusaciones al Secretario de Estado, el cardenal Villot, hasta que se pudiera identificar al investigador adecuado y se hiciera un anuncio oficial de la investigación.

"Entonces, sea muy rápido al respecto", le indicó el Papa Montini. E instó a que el asunto se mantuviera extremadamente confidencial.

"Ciertamente, comparto su deseo de mantener en secreto todo este asunto," declaró Benelli, "sin embargo, ¿cómo se puede ejecutar con éxito en absoluto secreto? Necesitaré ayuda para ello. Hay dos hombres en la Secretaría que han demostrado ser de confianza. Le pido permiso para enlistarlos a colaborar en esto, Santo Padre".

Por curiosidad, no por desconfianza, el pontífice preguntó: "¿Los conozco?"

"El arzobispo Donato Squicciarini", respondió, "y nuestro ingeniero

de Rávena", dijo, refiriéndose al beneficiario de la beneficencia del Papa desde hace mucho tiempo, "Mario Marini".

Giovanni Benelli se tardó meses en descubrir lo que requería su investigación, pero gracias a las vastas redes diplomáticas internacionales y tras un exhaustivo examen de las pruebas, supo mucho más de Baggio y Bugnini de lo que le interesaba saber, y más de ambos de lo que ellos mismos sabían. Tenía pruebas más que suficientes de la pertenencia de Baggio y Bugnini a la masonería francesa e italiana. Cuando Benelli informó al Papa Pablo, le aseguró que, aunque Baggio y Bugnini eran los *"pezzi Grossi"* [pesos pesados] en este escándalo del Vaticano, sólo eran *"la punta del iceberg"*, una imagen que el arzobispo italiano había aprendido mientras servía en la Nunciatura en Irlanda.

El Papa Pablo VI y su secretario adjunto se reunieron a solas en el apartamento papal. Tal y como Benelli temía, después de mostrar sus hallazgos al Santo Padre y de explicárselos extensamente, el Papa no dijo ni una palabra. La mirada de su cansado rostro era de confusa preocupación. Si se mostraba reacio a hablar de los resultados, pensó Benelli, ¿cuánto más reacio sería a actuar? Sin embargo, conociendo a su jefe mejor que nadie en el mundo, Giovanni Benelli se anticipó a esta misma reacción y rompió el silencio con una propuesta contundente.

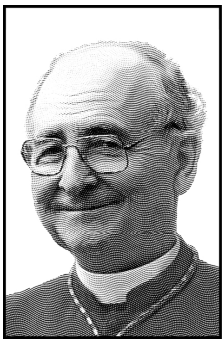
"Lo que esto requiere, Santo Padre", comenzó con fuerza, "es una investigación profunda y oficial. Una investigación imparcial, independiente, de largo alcance y exhaustiva, que no me involucre en absoluto. Hay razones para creer que las finanzas del Vaticano también están en peligro. No, Santo Padre", dijo Benelli con más fuerza, "esto exige una investigación de arriba a abajo, y de abajo a arriba", dijo y miró al Papa directamente a los ojos, "una visitación", anunció, "una visitación canónica a toda la Curia Romana. Sí", dijo, con un encogimiento de hombros muy romano, con las palmas de las manos hacia fuera y hacia arriba, "sin duda, esto llevará tiempo y una gran capacidad para completarse... quizás un año o dos", dijo, seguro de que cuanto más tiempo se añadiera a la ecuación, más tranquilo estaría el Papa. No se le pedía ningún 'juicio decisivo y definitivo', al menos no todavía.

"Si Su Santidad está de acuerdo", dijo Benelli, "tengo el hombre ideal para la tarea. Apto y capaz." '*Poverello* [Pobre hombre]', suspiró suavemente el pontífice, sintiendo ya lástima por quien Benelli tuviera en mente. "¿Y quién podría ser este desafortunado?" preguntó el Santo Padre con una mirada de preocupación, mientras echaba su silla hacia atrás y se ponía lentamente en pie. Giovanni Benelli también se puso de pie, giró rápidamente la cabeza de un lado a otro y se enderezó. Se aclaró la garganta y habló: "Un canonista y teólogo franco-

canadiense”, dijo, “estoy impresionado por la integridad del hombre, su inteligencia y su fe. Arzobispo Édouard Gagnon, Santo Padre. Rector del Colegio Canadiense. Hemos solicitado sus opiniones jurídicas sobre diversas cuestiones y sus respuestas han sido siempre claras, exactas y correctas. Gagnon es un verdadero creyente en Dios y un hijo leal de la Iglesia”.

“Apto y capaz...” murmuró el Papa para sí mismo y reflexionó momentáneamente sobre la recomendación de su amigo, “... Si también lo encuentras *dispuesto,* Giovanni, entonces que empiece”, concluyó el anciano, y se volvió hacia la alta puerta de roble para salir hacia su capilla.

*El Cardenal Edouard Gagnon*



# UN PODEROSO ROBLE DERRIBADO

10 de febrero de 1978

Con las manos apoyadas en el bajo muro del recinto, Jean Cardinal Villot, de setenta y tres años, se quedó mirando a un punto fijo de la fachada de hollín del campanario. Respiró profundamente el aire fresco de la tarde. Era la una de la tarde, viernes, el décimo día de febrero de 1978; a dos días de haber comenzado la Cuaresma, con una atmósfera gris y pesada a juego con el tiempo litúrgico y el humor agrio del cardenal. Salió de la terraza y se dirigió a su despacho, sonriendo ligeramente a dos hombres y una mujer sentados incómodamente en la estrecha sala de espera. Con una leve inclinación de cabeza hacia el portero uniformado que se levantó obedientemente en el momento en que el alto francés volvió a entrar en la secretaría después de fumarse un cigarrillo, Villot comenzó a recorrer el estrecho pasillo y le dijo al joven sacerdote, su secretario capacitándose para diplomático, que llamara para la última cita del día.

El cardenal Jean Villot tomó asiento ante el escritorio y esperó con impaciencia. Había pasado tiempo más que suficiente, se aseguró Villot: casi diez meses, ahora, desde que fue liberado de la odiosa proximidad de su némesis personal; diez meses desde que Giovanni Benelli hizo que el papa lo promoviera a arzobispo de Florencia y luego, en tiempo récord, convenció al papa de que lo nombrara cardenal. Pues bien, *promoveatur ut amoveatur* -el resquicio de esperanza de este particular nubarrón era que el cardenal Giovanni Benelli había sido echado 'a patadas hacia arriba' y ahora estaba lejos de la Secretaría de Estado y de la Santa Sede.

Sí, era tiempo. Ya era la hora... Sólo unos minutos más y se acabaría. Villot miró el reloj de su mesa. La una y cuarto. ¿Dónde estaba el hombre? ¿Le estaba haciendo esperar a propósito? ¿Sospechaba que esto estaba a punto de suceder? No. Tonterías. ¿Cómo podría sospechar? Además, el Secretario de Estado no había dicho una palabra a nadie - excepto a Casaroli, y si había dos áreas en las que Agostino Casaroli destacaba, eran en no pensar nunca por sí mismo y en mantener siempre la boca cerrada. ¡Atributos de oro en el mundo de la diplomacia! Jean Villot consideró que estas cualidades, junto con los celos de Casaroli hacia Benelli, eran razón suficiente para darle el antiguo puesto de Benelli como Secretario Adjunto de Estado.

¿Dónde estaba? Faltaban menos de diez minutos para la hora de salida.

Benelli había sido una gran espina en el costado de Villot durante

todos esos años en que se vieron obligados a trabajar juntos. Pero ahora, como cardenal, el *toscano* no sólo sería un actor importante en la próxima elección papal, sino que sería su principal adversario. No es que Villot se hiciera ilusiones de convertirse en el próximo Papa. No, su temor era que Benelli fuera elegido. En cualquier caso, había llegado el momento de saldar algunas cuentas antiguas, una con una causa remota de hace cuatro años.

¿Dónde estaba? ¿Dónde estaba el espía personal de Giovanni Benelli en la Secretaría de Estado?

La causa próxima para el ajuste de cuentas era la misteriosa Visitación Apostólica de la Curia Romana que llevaba ya dos años. Esta investigación secreta - planificada y ejecutada independientemente del propio ¡Secretario de Estado! - estaba bajo la única dirección del arzobispo Édouard Gagnon, elegido por Benelli y nombrado por el Papa. Y actualmente, las investigaciones del franco-canadiense le habían acercado peligrosamente al aliado más cercano de Villot en el Vaticano, el hombre por el que había luchado duramente para que fuera nombrado Prefecto de la Congregación para los Obispos: El cardenal Sebastiano Baggio.

Nadie dudaba de que en algún lugar de la evidente monumental colección de archivos de Édouard Gagnon se encontraba la razón de la escandalosa y rápida destitución del obispo Annibale Bugnini de la Congregación para el Culto Divino y su 'promoción' a Irán como nuncio. A estas alturas, todo el mundo en la Roma eclesiástica había oído la mordaz afirmación de que Bugnini pertenecía a la masonería italiana.

Pero la gota que derramó el vaso del cardenal secretario de Estado fue el inquietante informe de ayer sobre una peligrosa maniobra - literal y figurada- del arzobispo Édouard Gagnon. Villot estaba sentado en su largo escritorio de la sala de conferencias cuando monseñor Franco Croci entró con la noticia.

"Se fue del Colegio Canadiense", informó Croci a su ansioso superior, y luego susurró: "Dicen que han entrado en sus habitaciones", y levantó las cejas.

"Sí, sí", espetó Villot, "dime algo que no sepa."

"Sí", respondió el monseñor, "pero -y creo que Su Eminencia encontrará esto muy interesante- Su Excelencia, el obispo Gagnon reside ahora en el número diecinueve de la calle *Fratelli Bandiera*".

"¿Y eso debería parecerme interesante, porque...?" preguntó Villot mientras encendía otra apestosa *Gauloise* e inhalaba profundamente.

"Bueno...," continuó Croci lentamente, "parece que el 'Inquisidor Visitante' ha tomado la habitación justo al lado de nuestro propio Don Mario Marini".

¡Eso fue todo!

¿Qué más pruebas necesitaba Villot? Como Benelli ya no estaba para proteger a Marini, se libraría del traidor con un rápido golpe en el cuello. Y, a través de Croci y otros pocos como él, haría correr la voz a todos los clérigos curiales que valoraran su propia carrera, que evitaran a su antiguo colega como la peste.

Mario Marini llegó y entró, pero el cardenal Villot no le invitó a sentarse. En su lugar, rápida y de la manera más brusca posible, lo despidió de la Secretaría de Estado y lo declaró *persona non grata* en la Ciudad del Vaticano. Como técnicamente no era necesario, no se le dio ninguna razón para su despido. La noticia cayó sobre la cabeza y los anchos hombros de Mario como una tonelada de ladrillos romanos y, antes de que pudiera recuperar el aliento, Villot presentó al ahora ex *minutante* una declaración preparada en la que afirmaba que aceptaba la decisión de la Santa Sede de prescindir de sus servicios sin protestar.

"Os recuerdo vuestro juramento de obediencia a nuestro Santo Padre, el Papa, y a la Santa Sede", declaró Villot. "Es el propio Santo Padre quien se lo exige. Su Santidad desea que su salida sea amistosa."

Con la cabeza dando vueltas por la conmoción del *coup de grâce* [golpe de gracia] y la brutal brusquedad de su ejecución, Mario Marini, bolígrafo en mano, se inclinó y estampó obligatoriamente su nombre en el papel. Luego, sin decir nada, volvió a su escritorio. En una niebla mental, recogió sus pertenencias, sabiendo que no se le daría una segunda oportunidad para recuperar lo que dejara atrás. Ahora, en una confusión casi total, de alguna manera el sacudido sacerdote logró llegar al *Cortile del Belvedere*, subir a su Fiat y salir de la Ciudad del Vaticano por la *Puerta Santa Anna*. Cómo llegó a casa, sin tener un accidente, siempre será un misterio para mí.

Desde mi sillón de lectura de la esquina, a medio camino de *La Souffrance* de Nedoncelle, oí el Fiat que se acercaba a mi ventana, y luego el fuerte tirón manual del freno de mano de emergencia, movimiento característico de Mario. Dos minutos después, el propio Mario estaba de pie en el centro de mi habitación, habiendo entrado sin la habitual llamada previa a la puerta. Estaba allí, pálido y sin palabras. Había una mirada perdida en sus ojos que nunca antes había visto.

¡Dios mío, hombre! ¡Parece que has visto un fantasma!" exclamé.

"Creo que sí", murmuró, "el mío".

Dejó caer de sus brazos su bolsa de cuero rellena de libros y su caja de papeles sobre mi cama.

Me puse de pie de inmediato, le acerqué una silla y, aunque era mediodía, busqué detrás de mi colección de la *Suma Teológica*. No tenía ni idea de lo que le había pasado, por supuesto, pero sabía lo suficiente como para sacar la botella de *Vecchia Romagna*. Permaneció

en silencio mientras le servía dos vasos cortos de *Etichetta Nera*.

Mario se bajó la bebida de un solo trago -otra primicia para mí. Le ofrecí un segundo trago, pero lo rechazó.

"Hoy fue mi último día en el Vaticano", murmuró.

"¿De qué estás hablando?" Levanté la voz y el tono, sin estar seguro de haberle oído bien.

Habló despacio. Escuché con atención, asimilando todas y cada una de sus palabras, tratando de no mostrar mi propia y profunda conmoción al contemplar, por primera vez, la sólida fortaleza de mi amigo reducida a un hombre indefenso y destruído. De vez en cuando interponía una pregunta para evitar que se desviara del tema.

Desde mi infancia, he dado lo mejor de mí en una emergencia. Era el primero en apartar a los curiosos en la escena de un accidente para poder meterme en medio de la crisis y hacer algo al respecto; era el que separaba las peleas; el que se quitaba la camisa y vendaba una cabeza herida mientras los demás se limitaban a mirar. Estaba atento al toque de corneta. Y aquí estaba mi amigo, que necesitaba ¡urgentemente primeros auxilios!

"¿Y Benelli?" cuestioné con firmeza, "Benelli sabrá qué hacer... Todavía no has hablado con él, ¿verdad? ¡No!" Cambié de opinión a mitad de camino, "pensándolo bien: no hacemos nada hasta que Gagnon llegue a casa. Así es," afirmé. "Esperaremos a Gagnon. Es un amigo *y* un abogado. Él sabrá qué hacer..."

"Sí", murmuró Mario, "Gagnon lo sabrá".

"Mi corazonada, Mario, es que esto tiene mucho más que ver con Benelli y con la investigación de Gagnon que contigo, contigo personalmente. ¿Me equivoco?"

"No, no", dijo Mario tomando aire, y como un volcán en erupción, "no te equivocas. Ese desgraciado siempre ha odiado a Benelli; lo odia aún más ahora que es un cardenal -un cardenal *y* potencialmente Papa- ... Me odió en el momento en que Benelli me presentó a él".

"Bien", me quedé temporalmente satisfecho, "entonces tú y yo esperaremos a que Gagnon llegue a casa. Hablaremos de las cosas con él. Deja que Gagnon sea tu primera línea de defensa. Probablemente te dirá que hables con Benelli. Pero esperaremos a Gagnon. Espera y verás".

"Tienes razón", dijo ya ligeramente animado.

"Y trata de no sorprenderte cuando Benelli no lo esté", añadí.

"¿Qué? ¿Qué fue eso?" preguntó con una mirada muy confusa.

"Digo: trata de no sorprenderte cuando descubras que Benelli no se sorprenda por lo que te ha pasado hoy". Aclaré: "Quiero decir que en Roma no pasa nada importante sin que Benelli lo sepa. No importa en absoluto que esté en Florencia. No importa ni un poco. Benelli podría estar en la luna; sus oídos y sus ojos seguirían estando en Roma. Ya

tiene que saber", revisé mi reloj, "lo que ha pasado entre tú y Villot".

"Por supuesto", Mario trató de ser positivo, "ya tiene que saberlo", aceptó.

De nuevo, empezó a mencionar algunos detalles de la horrible reunión que había tenido con su antiguo jefe cuando el timbre de su habitación al lado de la mía, sonó. Se levantó de inmediato y se dirigió directamente a la cabina telefónica situada al final del pasillo para responder a la llamada.

Cuando regresó, diez minutos después, fue con el primer rayo de esperanza que había visto en sus ojos aquella terrible tarde.

"Benelli", soltó con su voz grave, "quiere que vaya a Florencia a verlo".

"¡Fantástico! ¿Cuándo?" Pregunté con entusiasmo.

"Me voy mañana por la mañana".

"¡Excelente!" Exclamé: "¡Eso es excelente!" Le felicité.

Pensé que la del Cardenal Benelli sería la primera de una serie de llamadas telefónicas para ofrecer a mi amigo ayuda y apoyo, pero en realidad fue la última. Ni siquiera Donato Squicciarini telefoneó.

Sin embargo, una hora más o menos después de la llamada de Benelli, oí una conmoción en la calle abajo y me acerqué a la ventana. Era monseñor Guglielmo Zannoni que intentaba llegar a la puerta. Se había presentado en persona sin haber llamado antes por teléfono. Le llamé desde la ventana, y después de que el "FBI" italiano de la "Patrulla Capucci" le diera un repaso, el fornido setentón Zannoni - con gafas, sotana raída y todo- fue considerado " suficientemente no amenazante" para entrar en nuestra moderna ciudadela de Oriente Medio. Una vez dentro del vestíbulo, fui a recibirlo. Evidentemente, estaba conmocionado por la emboscada de seguridad. "¡Genial!" Pensé para mis adentros: "Un hombre que necesita sedantes, arriba; y otro, abajo". En cualquier caso, hice todo lo posible por calmarlo y, en una cápsula, intenté explicarle las circunstancias inusuales de la entrada.

"Desde el momento en que llegó el arzobispo Capucci, cualquier persona desconocida para los israelíes, los sirios o el FBI italiano - todos los cuales están aparcados muy discretamente justo delante de nuestra puerta", declaré con todo el disgusto que pude reunir, "es registrada e interrogada antes de que se le permita entrar en el recinto sagrado." Luego acompañé a nuestro invitado sorpresa al ascensor.

Monseñor Guglielmo Zannoni era la encarnación de la humildad y la bondad. La mitad de su salario mensual se destinaba a los pobres. No había monedas para las cajas de los pobres; no había cheques para alguna institución benéfica; Zannoni iba personalmente a visitar a los pobres y a los enfermos. Entregaba sobres sellados a los que no podían poner pan en la mesa o pagar el alquiler de ese mes. Supe todo esto por Marina Colonna, propietaria *del Bar/Café Sant'Ufficio,* a un tiro de

piedra de donde trabajaba en el *Ufficio Informazione*. A pesar de lo dura que parecía por fuera, Marina tenía un corazón de mantequilla. En silencio, ella también ayudaba a algunos desafortunados de Roma, especialmente a los ancianos y a los supervivientes solitarios de la Segunda Guerra Mundial. Uno de sus ancianos le habló de las carreras benéficas mensuales de monseñor Zannoni

Aunque quería y respetaba -y le debía- a Mario Marini, también tenía una colección bastante ecléctica de amigos con los que contaba para que me aconsejaran: Pascalina Lehnert, la vieja y sabia monja bávara; Enzo Samaritani, el sofisticado romano casado y con hijos; Édouard Gagnon, el erudito y valiente; Guglielmo Zannoni, el humilde y santo. Sí, también tenía amigos de mi edad, pero nunca me parecieron tan interesantes como mis amigos mayores. Tampoco podía hablar tan libremente con ninguno de ellos; de hecho, no podía hablar con ninguno de ellos de las cosas más importantes de mi mundo, asuntos delicados que había prometido a Mario, Gagnon, Zannoni y Squicciarini mantener absolutamente para mi.

Cuando, por fin, apareció el ascensor y llegamos a la puerta de la habitación de Mario, dejé a Zannoni y a él solos para que hablaran de los desastrosos sucesos del día. Media hora más tarde, dos sólidos golpes en la pared me indicaron que estaba invitado a unirme a ellos.

"Por supuesto", Zannoni dudó, cuando entré, y luego obtuvo un OK - asentimiento de Mario para continuar, "como le estaba diciendo a Don Mario", se aclaró la garganta, "...ciertamente, la antipatía personal entre el Cardenal Villot y el Cardenal Benelli explica lo que ha ocurrido hoy. El cardenal Villot toma a don Mario por un, bueno, por un emisario de Benelli".

"¿Un *emisario* de Benelli?" Cuestioné el uso de la palabra.

"Un espía", aclaró Mario.

"Sí", coincidió Zannoni, "un 'espía', si quiere... Su Eminencia se siente más libre para actuar sin que usted y yo estemos allí para tomar nota". Se volvió y miró a Marini.

"Cuéntele a Charlie lo que le hizo Villot *a usted",* le dijo Mario.

"¿La asignación?"

"A la Congregación para el Clero", completó Mario por él, "sí, exactamente. Justo el año pasado".

"¿Qué hay que contar?" Zannoni preguntó retóricamente: "Me pidieron que dejara mi puesto".

"Jefe de personal de la Secretaría de Estado del Vaticano, nada menos", intervino Marini.

"Sí", continuó Zannoni, "en la Secretaría de Estado, y aceptar el cargo de Secretario Adjunto del Cardenal Wright, su compatriota", me miró y sonrió, "un hombre muy bueno, el Cardenal Wright. De pensamiento claro, *pragmático..."*

"Sin que Benelli, su Secretario Adjunto, supiera nada de la 'promoción'", subrayó Mario. "Así que el buen *monseñor*, aquí presente -continuó Mario-, eminente canonista y uno de los mejores latinistas del mundo, jefe de personal de toda la Secretaría de Estado, fue relevado de sus responsabilidades en la Secretaría para servir como asistente de un cardenal americano".

"Pero se olvida", ofreció Zannoni, "fue con el conocimiento y la aprobación final del Cardenal Benelli".

"Y se olvida", continuó Mario, "que Benelli lo discutió con usted de antemano -y si no hubiera aceptado el traslado habría luchado para que se quedara donde estaba".

"Don Mario", dijo y bajó la cabeza, "desde el principio, voy donde me mandan".

"Lo único que digo es que una cosa es decir que lo sabía y otra que lo aprobara". Mario corrigió: "Es imposible que Benelli *aprobara* lo que le hizo Villot - cuando Villot finalmente se lo dijo a él, *Monsignore"*. Mario no estuvo de acuerdo con la interpretación excesivamente caritativa de su invitado sobre las maniobras del año pasado, "Villot lo envió a la Congregación para el Clero porque lo consideraba un aliado de Benelli. Y porque tenía la ventaja en ese momento".

"La ventaja," repetí, "¿Qué quiere decir con eso?"

"El sabía que Benelli quería Florencia y el sombrero rojo. Y era obvio que Benelli lo había arreglado, en privado, con el Santo Padre. El Papa Pablo lo vio venir, simplemente afirmó lo inevitable, "y le dio su bendición".

"¡Y, oh, cómo debió de dolerle-resignarse a vivir el resto de sus días sin Benelli, su amigo de confianza!" El lamento un tanto lacrimoso de Zannoni sonó como una exclamación de un coro griego.

"Era eso", volvió a intervenir Mario, "o dejar que Benelli fuera despedazado y devorado por hienas voraces al segundo de haber exhalado su último aliento".

"Dios no lo quiera", dijo Zannoni en voz baja.

"Y Villot sabía que Benelli no haría nada que pudiera arruinar sus posibilidades de irse a Florencia. ¡No, Villot está empeñado en liberar a la Secretaría de Estado de todo lo relacionado con Benelli! Ayer fue usted," le dijo a Zannoni, "hoy soy yo".

No era normal que Mario Marini se compadeciera de sí mismo de esta manera. Me inquietaba verle tan profundamente herido y me inquietaba verle tan vulnerable. Sin embargo, no podía culparle. El mundo, su mundo, le había sido arrancado de cuajo y estaba tirado de espaldas, con el aire sacado. Pero, viendo cómo y dónde estaba Mario en ese momento, mi pregunta personal era: ¿cómo y dónde quepo yo en todo esto? Mario me necesitaba fuerte y tranquilo en este

momento. Puse mi cara de mayor confianza para él -y para mí.

"Bueno..., comprendo su rabia y su dolor", dijo Zannoni y cerró los ojos fuertemente por un momento, "...Y comprendo que la injusticia de la despedida le haga querer arremeter," continuó, "pero, me temo que esta batalla -y no la minimizo, caro Mario, en absoluto-, pero me temo que la injusticia que se le ha hecho hoy lo está cegando ante la guerra mucho más grande que se está librando", dijo, "ahora, en estos mismos días, el futuro de la propia Iglesia pende de un hilo."

"¿El próximo cónclave?" Fui lo suficientemente impertinente como para mencionarlo por su nombre, "¿Es eso lo que quiere decir?"

"¿Podría haber algo más crucial?" respondió Monseñor a mi pregunta con la suya, "¿Algo más vital para la Iglesia en este momento de la historia que el cónclave que elige al próximo Papa?" me preguntó. Luego, tras tomarse un momento para sopesar sus palabras, se dirigió a Mario: "Obviamente, los cardenales electores deben elegir al hombre adecuado, un hombre de Dios, con fortaleza y valor, para sacar a la Iglesia de Dios de este -este- de este *impío* estado de caos", respiró profundamente, "esto pesa mucho sobre Benelli, día y noche". Se dirigió a Mario: "Todos sabemos que el resultado del próximo cónclave es importantísimo para el futuro de la Iglesia... Lo que le ha ocurrido hoy, Mario, ha sido una espada en el corazón", (nunca le había oído llamar a Mario Marini por su nombre de pila hasta hoy), "pero usted, más que nadie, sabe que se trata de mucho más que de usted. Al cardenal Villot nada le gustaría más que Benelli viniera corriendo a rescatarle, para poder acusarle de entrometerse en los asuntos internos de la Secretaría de Estado. Ya sabe cómo una mente perversa puede retorcer y manipular esas cosas en su propio beneficio... No debe dejar que el cardenal Benelli se queme tratando de ayudarle. No ahora. No tan cerca del próximo cónclave".

"¿Cree que no lo sé?" Mario replicó conteniéndose respetuosamente: "Pero tengo que decir, amigo mío, que ahora mismo, con todo lo que me ha pasado hoy, lo último que tengo en la mente es la próxima elección papal".

"Entonces le sugiero que repriorice", dijo Zannoni con más fuerza y determinación como nunca antes le había escuchado decir a él. "No le pida a Benelli que haga nada que, en este momento crítico, le ponga en conflicto directo con el Secretario de Estado... por no hablar de un conflicto con el Cardenal Baggio".

"O-o-o-o-o", gimió Marini, "¡Imagine la alegría triunfal de ese negro corazón este día! Baggio también ha tenido su gorda mano en esto; ¡Villot *y* Baggio! Hace años que estoy en la mira de ese Judas, ese masón traidor... Pondré a Giuseppe Lobina en el caso", dijo, como un hombre que está arando en el mar, "el es uno de los mejores abogados de Roma".

Zannoni lanzó una mirada de reprobación a Mario.

"No pasa nada", respondió Marini a su mirada, como si dijera: Charlie lo sabe.

Y lo que yo sabía era precisamente lo que sabían los dos hombres sentados ante mí; lo que sabían los cardenales Giovanni Benelli, Silvio Oddi y Pericles Felici. Sabía lo que sabía el antiguo Prefecto de la Signatura Apostólica, el cardenal Dino Staffa (quien, semanas antes de su reciente fallecimiento, había entregado a Édouard Gagnon todas las pruebas que tenía sobre el asunto masón de Bugnini y Baggio). Y, naturalmente, sabía lo que sabían los cardenales Baggio y Villot; y lo que sabía el recién nombrado nuncio en Irán, el obispo Annibale Bugnini. Lo sabía todo, demasiado bien.

Ver a Mario tan alterado, tan *fuera de* sí, me hizo hablar claro: "Yo digo: no tomes ninguna decisión, ni hagas nada, hasta que Gagnon llegue a casa. Con todo respeto, Monseñor Zannoni" -me dirigí directamente a él-, "le sugiero que usted y yo dejemos a Don Mario solo ahora mismo," y luego, dirigiéndose directamente a Mario Marini, "y que se acueste, ponga los pies en alto e *intente* descansar. En cuanto a mí, me encantaría llevar a nuestro buen y leal amigo, Monseñor Zannoni, a su casa... y en el camino de vuelta" -volví a mirar a Mario- "me detendré para llevarte algo de comer. Eso es lo que yo digo", añadí enfáticamente.

Increíblemente mi voz, la voz de la razón, fue registrada por mi audiencia de dos.

Apenas regresé de llevar a Zannoni a su casa y le entregué a Mario Marini un *calzone* especialmente hecho y una pequeña botella de Montepulciano, oí ruidos agitados abajo en la calle. Una vez más, el arzobispo Gagnon estaba intentando desesperadamente lo imposible: meter su enorme Fiat Mirafior en un estacionamiento diseñado para un Fiat 500. Me apresuré a ayudarle a estacionarse y a sacar del carro lo que tuviera que llevar a la casa. Siempre había una caja de algo. Por supuesto, lo primero que tenía en mente era contarle la noticia de Mario.

Hoy, el canadiense de 58 años parecía especialmente fatigado; no agotado, pero ciertamente desgastado. Incluso sus gafas parecían inadecuadas para su rostro normalmente lleno y fuerte; descansaban demasiado abajo en su nariz. Édouard Gagnon había pasado toda la tarde en San Calixto, en Trastevere. Antes de que yo pudiera decir una palabra sobre Mario, empezó a airear algunas quejas sobre su propio día: "...entrevistando a gente que me pidió que no me reuniera con ellos en sus propias oficinas del Vaticano. Incluso dentro de San Calixto, algunos pidieron hablar conmigo en la terraza, otros en el jardín -uno incluso pidió ser entrevistado en el estacionamiento. Qué día", gimió en voz baja y concluyó con uno de sus dichos franceses

favoritos: *"¡E voilá pourquoi votre fille est muette!"*[1]

Entonces, entre la reja y la puerta principal, lo solté: "Mario fue despedido de la Secretaría esta mañana. Villot lo despidió. No le ha dado ninguna razón."

Gagnon dejó de caminar, levantó la cabeza y enderezó la espalda.

"¿Cómo se lo está tomando?" me preguntó, "supongo que no se lo está tomando a la ligera".

"Duro", respondí.

"Vamos", ordenó animado, "¿Ha hablado con Benelli?"

Le dije a Gagnon que, efectivamente, Benelli había llamado a Mario y le había invitado a Florencia.

"Planea irse a Florencia por la mañana", informé.

Gagnon y yo entramos en la habitación de Mario y lo encontramos en su escritorio. La preocupación se reflejaba en su rostro. Había estado escribiendo en un cuaderno, que cerró cuando nos sentamos en las únicas sillas disponibles.

En lugar de escuchar el relato del despido de Villot por la cuarta –o era ¿la décimo cuarta? –vez, me excusé y me fui al piso de abajo, a la capilla y ofrecí la misa, que aún no había podido celebrar debido al inesperado bombazo. Cuando volví a la tercera planta, cuarenta minutos después, llegué a tiempo para escuchar algunos detalles rezagados de la sesión de preguntas y respuestas de Gagnon y Marini.

"Benelli es un hombre amable", decía Gagnon, "sin duda alguna, pero puede estar seguro de que no lo ha llamado por teléfono para invitarlo a Florencia como un simple acto de amabilidad. No, quiere saber exactamente qué transpiró entre usted y Villot. Y quiere oírlo directamente de *sus* labios. Es imperativo que le cuente completa y sinceramente lo que ocurrió -no es que no le va a decir la verdad", Gagnon movió la cabeza en sentido negativo, "no me refiero a eso", trató de aclarar, "me refiero a que sopese cuidadosamente sus palabras. Usted conoce la memoria de Benelli. Si tiene que citarle -y *lo hará*- será palabra por palabra. Sabe lo que digo, Mario. Lo conoce mejor que nadie. Es imprescindible que oiga toda la historia -repitió- y cuanto antes".

"¡Me voy mañana a primera hora!" Mario pareció protestar un poco, como preguntando: ¡¿Cuánto más rápido lo quiere?!

"Sólo Dios sabe cuántas versiones ha escuchado ya", suspiró Gagnon mientras comprobaba su reloj, "¡Y ha pasado sólo hace unas horas! La mentira y la desinformación, son el laberinto del enemigo".

*"Certo* [Seguro]", murmuró Mario.

"¿Puedo añadir sólo una cosa más?" preguntó el arzobispo.

"Por supuesto".

"Sé lo molesto que está. Lo que le han hecho es diabólico..." se ajustó las gafas, "pero no se sorprenda ni, por el amor de Dios, se enfade,

cuando Benelli le aconseje que sea paciente y espere; que no hay nada que puede decir o hacer en este momento. Cuando se lo diga, créale".

"No entiendo", añadí mi modesta objeción, "¿Cómo es que Benelli no puede hacer nada?".

"Ahora no; no en este momento". Édouard Gagnon, apretó los labios con fuerza y esperó un momento antes de continuar: "El momento sería terriblemente equivocado".

"Por eso Villot ha esperado hasta ahora -después de que Benelli se hubiera ido hace tiempo- para actuar", me explicó Mario.

"Puede que tenga más razón de la que cree", reflexionó Gagnon. Se sonrió ligeramente. "Ayer llamé por teléfono al Secretario de Estado para una actualización. Mi trabajo en la investigación está prácticamente terminado. Sólo falta mecanografiarlo y editarlo -por supuesto, sólo yo puedo hacer la edición". Puso los ojos en blanco y suspiró: "No hay nada más que añadir o quitar. El borrador final debería estar listo para presentárselo al Papa el mes que viene", nos anunció a los dos. "El cardenal parecía muy satisfecho con la noticia... Eso es lo que me tiene preocupado".

"No entiendo", dije.

La expresión más bien severa de la cara de Mario me dijo que no interrumpiera al buen hombre.

"Estaba demasiado alegre -demasiado ansioso por complacerme -es decir, hasta que maticé mi petición. Le dije que pedía una audiencia estrictamente privada -'privada', como si dijera: *'sans Votre Eminence'*".

"¿Le dijo eso?" Pregunté con incredulidad.

"¡Naaaaaaa!" Gagnon se burló con una carcajada, "¡Claro que no! Le he dicho que 'como si'". Lo dijo para aclarar el asunto en beneficio de *la mitad ingenua de* su público.

"¿Cómo reaccionó a *eso*?" preguntó Mario con seriedad. "Disgustado. Irritado", dijo Gagnon y, una vez más, sonrió ligeramente.

Esta gran noticia levantó instantáneamente los ánimos de Marini. (¡A mí no me hizo ningún daño, tampoco!) Sin embargo, sabía que no debía presionar más, que no debía hacer las preguntas para conocer las respuestas que tanto Mario como yo estábamos ansiosos por saber: ¿Se avecinan grandes cambios en la Curia Romana?

Muchos burócratas del Vaticano ya aclamaban o culpaban a Édouard Gagnon -según el lado de la línea de demarcación masónica en que se situara el burócrata en particular- por el súbito "ascenso" del obispo Annibale Bugnini a Irán (y la salida de Roma). Eso fue hace dos años, la investigación de Gagnon ya tenía un año de haber comenzado. Con el informe final de Gagnon que pronto se presentaría al Papa, todo tipo de preguntas llenaban mi cabeza. ¿Se restauraría la disciplina y el orden en la Iglesia? ¿Para sus sacerdotes? ¿Para sus religiosos? ¿En sus seminarios? ¿En sus escuelas y universidades? ¿Volverá a celebrarse la

antigua liturgia? ¿Estaba a punto de terminar el nefasto reinado del cardenal Sebastiano Baggio? De ser así, ¿tendría Baggio espacio en su equipaje para llevarse al cardenal Jean Villot?

Pero nuestro sufrido amigo Mario, tenía una pregunta muy personal que quería que se respondiera: Cuando Gagnon se reuniera con el Santo Padre, a solas, *sin* Villot ni nadie más, ¿le explicaría su injusta situación? Sin embargo, Marini sabía que era mejor no preguntarle eso a Gagnon en ese momento. No diría ni haría nada sin consultar antes con Benelli... y eso ocurriría en cuestión de horas.

El arzobispo Gagnon se levantó, le aseguró a Mario que rezaría por él, le animó e insistió en que no se desesperara. Le instó a seguir siendo el hombre fuerte y de fe inquebrantable que él conocía. Pensó un momento y le preguntó si podía pasar más tarde por una carta para que Mario se la entregara al cardenal Benelli cuando lo viera.

"Considérelo hecho", aceptó Mario Marini en voz alta.

---

1 Esta es una línea de *Le Médecin malgré lui*, de Moliere, y significa literalmente: "... Y así, por eso su hija es muda". Es la conclusión de un larguísimo galimatías de terminología absurda de Sganarelle, el curandero, que pretende dar un diagnóstico médico. Al arzobispo Gagnon le encantaba citar la frase para expresar toda una serie de acontecimientos, terminando con: "¡Ahí lo tienes, y ahí estás!"

*El Cardenal Jean-Marie Villot*

*Monseñor Gugliemo Zannoni*

# EL PURGATORIO EN LAFLORENCIA DE DANTE

11 de febrero de 1978

Cuando amaneció el sábado, aquel undécimo día de febrero de 1978, a pesar del cielo gris, el frío y la lluvia, la esperanza tenía un lugar en el corazón de Don Mario Marini. En poco tiempo, estaba en la autopista A1 (de Nápoles a Milán); *"¡L'autostrada del Sole!"* [¡La Autopista del Sol!] pronunció en voz alta su famoso apodo. Con el vaivén de los limpiaparabrisas y el ventilador del descongelador en alto, Mario no pasó por alto la ironía del nombre y, por primera vez en dieciocho horas, casi logró sonreír.

Después de una larga noche de dar vueltas en la cama, de considerar las cosas de un modo o de otro, de repasar una lista de las mismas preguntas y de no obtener ninguna respuesta, de sopesar los posibles motivos que podrían tener cien posibles Judas, se levantó de la cama a las cuatro, más fatigado que cuando se retiró temprano la noche anterior. Se duchó y se afeitó, se vistió, dijo misa, terminó su segunda taza de café y se dirigió hacia Florencia a las cinco y media.

Preferia llegar a la capital toscana unas horas antes a quedarse en la cama un minuto más. Además, llegar temprano le daría más tiempo para rezar en el *Duomo*, antes de la invasión de los turistas. El tiempo extra también le daría la oportunidad de repasar los puntos que quería discutir con su amigo y mentor, el cardenal Giovanni Benelli. Esta cita para el almuerzo era crucial.

Después de haber sido despedido bruscamente por el mismísimo Secretario de Estado del Vaticano, Mario Marini creía que su única esperanza de volver al servicio del Papa y hacer justicia estaba en Giovanni Benelli.

De repente, la lluvia y el viento de ese día tormentoso se combinaron con un sentimiento de hundimiento interior en Mario Marini. No se trataba tanto de la vergüenza pública de haber sido destituido de la Santa Sede como de la satisfacción privada que estaba proporcionando a sus enemigos. ¡Qué encantados deben estar Baggio y Villot! ¿Han llamado ya a Teherán para que Bugnini se una a la fiesta? Seguramente Baggio ya ha telefoneado a su sobrino y compañero masón, Mario Pío Gaspari, a quien Marini había trasladado de su prestigioso cargo de nuncio en México a un puesto mucho menos importante en el ¿Tokio no católico?

Finalmente, llegó a Florencia. Llegó temprano y tuvo mucho tiempo libre antes de reunirse con el cardenal Benelli. Estacionó el coche y entró en el *Duomo* para rezar.

Mario se sentó en la última banca de la capilla Castellani. Había terminado su breviario y sentía que había hecho un esfuerzo adicional al tolerar, como penitencia impuesta personalmente, a las hordas de paganos masticadores de chicle, portadores de cámaras que se paseaban sin rumbo por la gran catedral, con sus inestimables obras de arte, sin tener ni idea de lo que realmente estaban viendo. "¿Cómo los llama Charlie?", reflexionó, y luego recordó: "… ¡Inútiles hijos de ricos!" Hizo un acto de contrición, ciertamente imperfecto, por algunas desviaciones mentales y por varios pensamientos vengativos que revolotearon por su mente durante su tiempo de meditación. Se puso de pie, hizo una genuflexión ante el Santísimo Sacramento y comenzó la corta caminata hacia *Via San Giovanni* #3.

Justo cuando las campanas del *Duomo* dieron el cuarto de hora para el mediodía, la antigua puerta se abrió lo suficiente como para que el anciano portero pudiera ver de quién se trataba.

*"Buongiorno",* dijo el alto sacerdote con voz de mando, "Don Mario Marini", se presentó, "he venido un poco temprano, lo sé, pero me esperan para el almuerzo de las doce y media con Su Eminencia".

*"Si, Don Marini",* le contestó el anciano con una sonrisa, "Su Eminencia le espera. *Prego",* dijo con una leve inclinación de cabeza y abrió más la puerta.

Le mostró a Mario una sala de espera elegante y de buen gusto y le invitó a tomar asiento, cosa que hizo. Apenas se había sentado, Mario oyó dos rápidos y muy familiares golpes de nudillos sobre el roble macizo. La puerta se abrió y, con los brazos extendidos, el Cardenal Giovanni Benelli entró y se dirigió directamente a su invitado. Puso ambas manos sobre los anchos hombros de Mario y le dio la bienvenida con los dos besos, mejilla izquierda, después derecha. "Mario… Mario", le llamó por su nombre de pila, *"¡Benvenuto, amico mio… fratello mio; benvenuto!"* [¡Bienvenido, amigo mío, hermano mío; bienvenido!]

*Si* Don Mario Marini ha llorado alguna vez en toda su vida adulta, nadie lo ha visto nunca, ni lo admitiría jamás. Sin embargo, justo ahora, al cerrar sus cansados ojos marrones, una pequeña lágrima de su ojo derecho cayó sobre el hombro de su mentor.

Giovanni Benelli dio un paso atrás para ver bien a su joven amigo. No le sorprendió, pero sí le entristeció enormemente, ver a aquel hombre viril y robusto reducido emocionalmente a un roble rojo derribado.

Mario no dijo nada por un momento. No podía. Luego entregó a su antiguo jefe un sobre. "Arzobispo Gagnon, Eminencia". El cardenal lo abrió de inmediato, lo leyó a toda velocidad y lo volvió a meter en su sobre.

Quizá fuera su rigurosa formación diplomática; quizá la cómoda

libertad que le proporcionaba un cierto grado de distancia con los demás, pero por mucho que estimara, admirara y confiara auténticamente en Mario Marini, Giovanni Benelli le llamaba casi siempre por su título, "Don Marini" o "Don Mario" -aunque últimamente, y con bastante frecuencia, se le deslizaba y le llamaba simplemente por su nombre de pila. Tampoco había dado nunca permiso a Mario a *no* dirigirse a él por su título. Hacía sólo dos años que había invitado a Mario a dirigirse a él con el familiar *"tu"* en lugar del formal *"lei"*. Para Giovanni Benelli, eso era suficiente. No es que no tuviera sentimientos. Los tenía, pero no los exponía en público.

De camino al comedor de arriba, el anfitrión de Mario le explicó que habría otros cuatro invitados a la cena que tenían una invitación previa y que no podía "desinvitar".

"Ten un poco más de paciencia", le dijo Benelli, "tendremos toda la tarde para hablar cuando se vayan".

El comedor era del Renacimiento de techos altos y muy fino. El único cambio en él (y en toda la casa, en realidad) fue la electricidad, hace unos setenta años. Entre los otros cuatro invitados que el cardenal mencionó a Mario de camino al almuerzo se encontraban el padre Procopio Pazzi, un anciano ermitaño servita, y sus amigos benefactores que venían de Pisa, los Fagioli: Riccardo Fagioli, un redondo y calvo fabricante de perfumes de mediana edad; su extremadamente habladora esposa, Joanna; y su ratonil y socialmente torpe -y, gracias a Dios, aparentemente mudo- hijo de veintiocho años, Odisseo.

Con un profundo pero silencioso suspiro interior, Mario Marini ocupó su lugar en la larga mesa. Había estado tan ansioso por hablar en privado con Benelli, y ahora esto. ¿Quiénes eran estas personas? ¿A quién le importaba quiénes eran? ¿Y qué debía responder ahora cuando le preguntaran dónde trabajaba o a qué parroquia estaba destinado?

Pero el cardenal Benelli disipó enseguida esas preocupaciones. Inmediatamente después de que el padre Procopio le presentara a su séquito, le presentó a su invitado: "Monseñor Marini y yo hemos trabajado juntos durante años en la Secretaría de Estado. Ha venido a ver por sí mismo cómo me va sin su invaluable ayuda", dijo y, sonriendo, se dirigió a Mario: "¡Ah, por los días más sencillos de antaño! ¿Me equivoco, *Monsignore*?"

"Su Eminencia nunca se equivoca", respondió Mario secamente.

"Ya ven por qué lo tengo siempre a mano", bromeó el cardenal con naturalidad, y luego procedió a bendecir la mesa en latín e invitar a todos a sentarse.

A partir de ese momento, *Monsignor* Marini no tuvo prácticamente nada de qué preocuparse, ya que *la Signora* "Fanny" Fagioli procedió a

hablar, casi incesantemente y prácticamente sin interrupción, desde la *pasta* hasta *la zuppa inglese. El* suyo era un monólogo ininterrumpido, un diario de viaje virtual de la reciente gira extravagante por cinco países que acababa de completar en Sudamérica.

Cuando se detuvo a inhalar, el cardenal Benelli se lanzó a preguntar a su marido: "¿Y cómo ha disfrutado *Usted* de la excursión*, Signore?"*

"Lamentablemente", Joanna Fagioli había tomado aire a tiempo para responder por él, "he tenido que cancelar las reservaciones de Riccardo en el último momento".

*"Gli affairi"* [Negocios]*,* el Signore Fagioli levantó la cabeza del plato de *pasta asciutta* el tiempo suficiente para confirmarlo mientras su mujer seguía obedientemente: Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, Argentina…"¿Cuándo terminará?" se preguntaba Mario, "¿acabará alguna vez?"

Treinta minutos más tarde, mientras se retiraban los platos de la mesa, Benelli se aclaró la voz: "nuestro buen Padre Procopio", comenzó, haciendo un gesto de aprobación al anciano religioso y fijando luego su mirada en el *Signore* y la *Signora* Fagioli, "canta las alabanzas de la Familia Fagioli y de su notable magnanimidad…" En medio de la frase, la *Signora* Fagioli detuvo su monólogo y sonrió, tan humildemente como pudo, para recibir la adulación que le correspondía, "…y con razón os alaba. Patrocinar las reparaciones del edificio y las restauraciones de los frescos del Santuario de Montesenario es un compromiso maravilloso y monumental que nunca podría lograrse sin mecenas como ustedes. Sin ustedes, *Signore e Signora* Fagioli, se perderían preciosas obras de arte para las futuras generaciones que buscan la belleza, la verdad y la bondad…"
"La próxima generación de 'inútiles hijos de ricos'", pensó Mario Marini.
"…Vuestra generosidad, *Signore Riccardo e Signora Joanna,* será recordada por las generaciones venideras. Que el buen Dios, a su tiempo y a su manera, les pague su bondad con nosotros, con *La Toscana* y con los frailes siervos de María. Gracias, Padre Procopio, por haber traído hoy a esta magnífica familia y por hacernos el honor de compartir el pan de cada día".

El cardenal levantó su copa de vino y brindó por la pareja y su hijo, y en particular por el anciano sacerdote.

"Corto y dulce", pensó Mario para sí mismo y modificó a Bonaparte para adaptarlo a la ocasión: "*Efficacité, efficacité, toujours efficacité*. [Eficiencia, eficiencia, siempre eficiencia]".

Sin embargo, el padre Procopio -que, gracias a la señora Fagioli, había permanecido en silencio durante todo el banquete- se agarró a la mesa y se puso de pie. De los pliegues de su hábito negro, como un mago medieval, el anciano sacó varias páginas mecanografiadas, echó

la cabeza hacia atrás para enfocar mejor a través de sus lentes bifocales y comenzo: “En el año de Nuestro Señor de mil quinientos noventa y ocho, el gran maestro Alessandro Allori…”

*¡¡Pie Jesu Domine!!* [¡¡ Piedad Señor Jesús!!] Mario Marini dejó escapar un grito silencioso, ¡mil quinientos noventa y ocho! Estaremos aquí hasta el Dia del Juicio Final - ¡¡ya *tarde en la tarde* del Dia del Juicio Final!!

Hizo contacto visual con Benelli, quien, con el ceño fruncido microscópicamente, le ordenó que lo soportara todo con paciencia.

Entonces, de la nada, ¡un milagro! En algún momento de la segunda mitad del siglo XVII, un ataque de tos hizo que el Padre Procopio fuera incapaz de continuar una década más. Desde los dedos de los pies, Mario Marini sintió que su oración exclamativa habia sido escuchada y atendida, y la paz de vuelta a él -lo suficiente, al menos, para ayudarle a sonreir y a despedirse cordialmente del ermitaño y de los tres Fagiolis cuando el portero volvió a aparecer para acompañar a los cuatro invitados de vuelta a la puerta principal del palacio.

Benelli sonrió disculpándose con su protegido de Rávena y, en una frase de tres partes, explicó el inusual almuerzo: “El padre Procopio es amigo mio; lo conozco de toda la vida; un sacerdote fiel y santo”. El cardenal cogió a Mario del brazo y le condujo al salón contiguo para tomar *un caffe lungo* y disfrutar de la bendita privacidad. Mario hizo un breve inventario de las cortinas de encaje azulado de la habitación, la planta de hiedra medio muerta del alféizar, el piano de cola del rincón y una llamativa colección de cachivaches, grandes y pequeños, pero relucientes y limpios.

*“Allora, caro Mario* [Bueno, entonces, querido Mario]; siempre hemos hablado claro y directo; de hombre a hombre; de amigo a amigo”, dijo como preámbulo el cardenal y continuó diciendo: “Quiero ese mismo espiritu entre nosotros, especialmente ahora”.

“Compartimos una historia única, Eminencia, basada en la confianza y, permítame decirlo, en nuestro amor por la Iglesia. Creo que hemos sido honestos y francos el uno con el otro desde el principio porque ambos somos católicos creyentes y, como tales, no tenemos miedo a la verdad. De hecho, vivimos y servimos a la Verdad”.

*“Ben detto* [Bien dicho]*”,* aceptó Benelli con facilidad. “Entonces, supongamos que me cuentas la verdad de lo que sucedió entre tú y el Secretario de Estado -y con esto, Mario, no quiero decir en absoluto que no me contarás la verdad. Lo que te pido ahora es que describas *exactamente* lo que sucedió. Sin sentimientos, por favor. Sólo los frios hechos del asunto. Podemos discutir tu interpretación de esos hechos después de que hayamos establecido cuáles son”. Ahora, como siempre que está en compañia de Benelli, Marini sabia que estaba en presencia de la grandeza. Nadie que hubiera conocido era tan

inteligente, tan metódico, o tan agudo y rápido como Giovanni Benelli.

Como la destitución de Mario Marini por parte de Villot tuvo lugar en los confines de la Secretaría Vaticana y duró menos de diez minutos, no había mucho que contar, ni tampoco que olvidar. No obstante, Benelli le hizo repetir la historia, de principio a fin, tres veces, y escuchó con atención cualquier detalle añadido o sustraído. Marini -que sabía la seriedad con la que Benelli trataba estos asuntos- interpretó con frialdad el triple recital sin alterar el volumen ni el tono. Las tres narraciones fueron pronunciadas sin alteraciones, modificaciones o variaciones.

El Cardenal Giovanni Benelli se enderezó en su enorme sillón acolchado y miró pensativo a su antiguo protegido, sentado frente a él en el largo sofá. Benelli sabía todo lo que necesitaba saber, y todo lo que su némesis, el cardenal Jean Villot, quería que supiera.

Desde sus años como Secretario Adjunto de Estado, Giovanni Benelli conocía a Jean Villot por dentro y por fuera. Sabía que la aversión de Villot hacia Marini era una extensión de su odio hacia él. Atacar y humillar a Mario Marini era atacar y humillar a Giovanni Benelli. Más alarmante aún, el flagrante maltrato de Villot a Marini anunciaba el pésimo estado de salud, físico y psicológico, del Santo Padre. Lo que le pasaba a Mario Marini no pudo suceder con el conocimiento del Papa. Mario era aquel joven de Rávena cuyos progresos Pablo VI había seguido de cerca desde el principio; cuyos años de estudio, alojamiento y comida, ropa, incluso jabón y pasta de dientes, pagó el propio Papa, año tras año, con su propio dinero; el mismo hombre excepcional al que el Papa invitó personalmente a colaborar con él en la Secretaría de Estado; el mismo *minutante* responsable, eficiente e inteligente por el que el Papa preguntó con verdadera preocupación paternal, cuando había pasado mucho tiempo sin verle ni saber de él.

No, el cardenal Giovanni Benelli lo sentía hasta los huesos: las cosas iban de mal en peor en el Vaticano. Dada su naturaleza monárquica, cuando una administración papal llega a su fin las ratas salen de su escondite y los buitres comienzan a rondar. El reinado de Pablo VI se acercaba a su fin. La muerte del Papa estaba más cerca de lo que su amigo y confidente, Giovanni Benelli, había pensado; más cerca de lo que se había tomado el tiempo para pensar.

Esto significaba, por supuesto, que la pelea final, confusa y muy peligrosa se acercaba cada vez más. La batalla por el futuro de la Iglesia sería colosal y brutal. O bien la Iglesia seguiría siendo católica o - ¡Dios no lo quiera- sería usurpada por gente como Sebastiano Baggio y Jean Villot, y su bárbara banda de simpatizantes masones y marxistas!

Giovanni Benelli comprendía y simpatizaba con la situación de

Mario, pero estaba mucho más preocupado de la inminente guerra por el futuro de la cristiandad. Vio en la expresión de dolor del rostro de Mario que él también comprendía, con toda claridad, lo que estaba sucediendo; tanto su propia escaramuza privada como ese conflicto mucho mayor que se vislumbraba en el horizonte eclesiástico.

"¿Aún así, has estampado tu firma en esto?" dijo Benelli tras leer una copia del acuerdo de despido. "¿Puedo preguntar por qué?" inquirió con el ceño fruncido, "porque Villot te lo puso delante y dijo: ¿Firma?" Benelli preguntó con creciente frustración, "¿Por qué cederías ante esa demanda? ¿Después de todo el tiempo que has pasado en la Secretaría? ¿Te has molestado en leerlo *antes de* firmar?", preguntó con creciente enfado, aunque el objeto de su ira no era Mario Marini, sino el Cardenal Villot. Antes de que llegara a más, Benelli se recompuso y, de inmediato, se disculpó por haber levantado la voz.

Un poco herido, Mario no dijo nada.

El cardenal se aclaró la voz y le miró a los ojos.

"Don Mario Marini", comenzó, como un alguacil podría llamar a un primer testigo al estrado, "¿puso usted su nombre en esta hoja de papel *libremente?* Es decir, ¿lo firmó por su propia y completa voluntad, sin que nadie y/o ninguna influencia externa impidiera su libertad de ninguna manera?"

"Bueno", empezó Mario Marini, "yo…"

"¡Deténgase!" ordenó Giovanni Benelli con la mano extendida, con la palma hacia la cara de Mario, "voy a leer en voz alta el contenido de este papel una vez más. Cuando haya terminado, escucharás con mucha atención mi siguiente pregunta. ¿Me he explicado clara y perfectamente?"

"Muy claro", contestó el sacerdote, ligeramente agotado.

Benelli empezó a leer en voz alta la copia de la renuncia de Mario, la misma que Villot le hizo firmar en su presencia. La leyó despacio, deliberadamente. Naturalmente, no había absolutamente nada malo en el contenido legal o en el lenguaje del documento. Como todos los documentos del Vaticano, éste también era hermético. Bueno, aparentemente. Pero ese no era el punto.

Cuando el Cardenal terminó de leer el documento, preguntó: "Ahora: ¿cuánto tiempo transcurrió desde el momento en que Su Eminencia te puso esto delante, la primera vez que pusiste tus ojos en él, y el momento en que te exigió que lo firmaras?" preguntó Benelli y luego regresó a la pregunta más fundamental: "Te exigió tu firma, ¿no es así? Tres veces me dijiste que te *ordenó* que lo firmaras".

"El Secretario de Estado *no* me *pidió* que lo firmara", habló Mario sin dudar un instante, "me *ordenó* que lo firmara".

"Exactamente", lo afirmó, "¿Y con quién has hablado de esto?"

"Arzobispo Gagnon", dijo de inmediato y algo a la defensiva. "Cuando hablamos ayer por teléfono me sugeriste que hablara con él".

"Sí, por supuesto. Querrías hablar con el arzobispo Gagnon", aceptó el Cardenal, y, recordando de repente, buscó en su bolsillo la carta que Mario Marini le había entregado antes: "¿Quién más?", preguntó.

"Zannoni se enteró de que me habían destituido – como estoy seguro de que todos los demás en el Vaticano se han enterado ya". Mario dijo y ofreció: "Zannoni, como buen hombre y amigo que es, se presentó enseguida, en persona, en la puerta de mi casa. No pude muy bien no hablar…"

"Monseñor Zannoni es un santo y un erudito", le interrumpió el cardenal, "Sabio más allá de su edad. Una y otra vez, ha demostrado ser el amigo bueno y fiel de ambos", asintió la cabeza a Mario, "Un gran hombre para tener de tu lado".

"Y Murr", añadió Marini.

"¿Murr?"

"*Don Carlo*", dijo Mario, "*Charlie*; el americano", dijo un poco más alto, "*¿Lago di Bracciano*?"

*"Sí, sí, sí",* rápidamente Benelli sacó el nombre de entre los miles que tenía en su Rolodex mental, "Sí. Vive contigo. Y confías en él, sin duda".

"Lo hago".

"Entonces insiste con él en que no diga nada, *que no hable con nadie* de ti ni de tu situación actual. Dile que tu futuro depende de ello, porque así es".

"Hablaré con él en cuanto vuelva".

"¿Y un abogado canónico? ¿Tienes a alguien en mente?"

"Estaba esperando hablar con usted, primero, Eminencia. Si usted cree que tengo un caso…"

"Sí", afirmó Benelli.

"Entonces", Mario se encogió de hombros, "¿Monseñor Lobina? Giuseppe Lobina. Profesor de Derecho en la Universidad Lateranense".

*"E brusco* [Es brusco]*",* fue lo primero que salió de la boca del cardenal, *"rosco, un po' maleducato* [tosco, un poco grosero]" lo resumió bastante bien, "Sí, conozco a Lobina…" dijo más pensativo, "Podría ser el hombre adecuado para el trabajo… Sí, bueno. Brusco, sí; abrupto, tosco y grosero…" dijo, todavía sopesando las cosas en su mente, "… y el hombre conoce la ley, por dentro y por fuera. Abrupto, tosco y grosero", repitió la fórmula, "¿Y no es eso lo que buscamos en un abogado? Por supuesto que sí".

Por su parte, Mario Marini estaba silenciosamente eufórico al oír hablar así a su "Peñón de Gibraltar" espiritual. Este era, sin duda, el problema más difícil al que se había enfrentado en su vida adulta. Y no estaba solo: ¡Benelli hablaba en primera persona *del plural!* "¡¿Y no

es eso lo que buscamos?!
*“Eccolo* [¡Ahí lo tienes!]”*,* exclamó, “¡un abogado sardo, irreverente y duro, para nuestro astuto y sofisticado hermano mayor de *Lyon*! Sì, por supuesto. Giuseppe Lobina. Contáctate con él y contrátalo. Si duda en enfrentarse al Secretario de Estado del Vaticano, dile que el Arzobispo de Florencia lo recomienda a él y sólo a él para el trabajo. Dile también que, *si lo juzga oportuno* -nunca le digas a un abogado o a un sardo lo que debe hacer” -advirtió Benelli con una sonrisa maliciosa que ambos italianos del norte comprendieron más que de las meras palabras-, “*si lo desea”* -repitió-, “actuaré como su principal testigo; que fui el primero en haberte entrevistado e interrogado sobre la cuestión del libre albedrìo, tu *completo* libre albedrìo -o, en tu caso, la falta de él- al firmar la declaración de dimisión preparada por el secretario Villot. Dile que sólo una cosa puede triunfar sobre la propia Iglesia, y es una conciencia individual completamente libre y bien formada”.
“Me pondré en contacto con Lobina en cuanto llegue a casa”, aceptó Mario, “Gracias, Eminencia. De todo corazón, se lo agradezco”.
“¿Me atrevo a preguntar?” Benelli adelantó: “¿Fondos, amigo?”, preguntó sin tapujos: “¿Cómo está usted económicamente? La verdad ahora, Mario. No es momento de falsos orgullos”.
Mario Marini estaba visiblemente incómodo. Era un hombre orgulloso y muy reservado en ciertos asuntos, sobre todo en lo que se refiere al dinero. “Vivo de cheque en cheque, Eminencia. No he pensado mucho en el dinero… No porque no sea un problema. Lo es. Es que, habiendo sido destituido, destituido sin más -dijo con un chasquido de dedos-, destituido de la Santa Sede… Bueno, la verdad es que mi cabeza sigue dando vueltas. No he tenido tiempo ni presencia de ánimo suficiente para ocuparme de nada, y menos del dinero… Odiarìa como el diablo tener que pedir ayuda a mis padres. Todavìa no se los he dicho… Usted y el Santo Padre conocen mi situación familiar mejor que nadie en el mundo. Si no hubiera sido por la generosidad del Papa y la suya, pues no me imagino dónde estarìa hoy… ¡Sólo puedo imaginar la reacción de mi padre cuando sepa que me han expulsado del Vaticano! *¡Gesù mio!”* exclamó y lanzó una evocadora mirada al cielo. “Hay un comerciante aquí en Florencia. Conozco al buen hombre y a su amable esposa desde hace años. Dios ha sido muy bueno con ellos. Déjame ver qué puedo hacer. Pero tú” -señaló a Mario-, “en cuanto vuelvas a Roma, pide una cita con Lobina. ¡Cuéntale tu situación e insiste en que sus honorarios sean los de un verdadero amigo y hermano sacerdote! Dile que yo lo digo”.
“Lo haré, Eminencia”.
“Y hazme saber”.
“Lo haré”.

El cardenal cerró los ojos un momento. “¿Puedo darte también otro consejo?”

“Le agradezco cualquier cosa que tenga que decirme”.

“No te vayas de Roma”, dijo Benelli, como si fuera un mandamiento, “esperan que te vayas. Esperan que huyas avergonzado. ¡No lo hagas!” Insistió y golpeó el pesado brazo acolchado de su silla. “Quédate donde estás… Necesitarás un trabajo, por supuesto… Puedo ayudarte por el momento. Te lo guardarás para ti, ¿entendido?”.

“Gracias. Sí, entendido”.

“Pero tendrás que encontrar un empleo serio. Sabes, por supuesto, que este asunto tardará en resolverse”.

“¿Cuánto tiempo?” preguntó Mario y, atentamente, con esperanza, escuchó la respuesta.

“Has trabajado para el Vaticano todos estos años y me preguntas, ¿cuánto tiempo?”, soltó una risita y sacudió la cabeza, “¿Quién puede decirlo? ¿Un año? ¿Dos años? Por otra parte”, se encogió de hombros, “el mundo a veces cambia de la noche a la mañana…”, dijo y se quedó callado un momento.

Mario sabía lo que estaba pensando: Las circunstancias podían cambiar repentinamente, especialmente con un capitán al timón tan frágil y enfermo como el actual Papa. Aparte del propio Pablo VI y de su médico personal, Renato Buzzonetti, nadie conocía mejor que el cardenal Giovanni Benelli la rapidez con la que la salud del Papa se estaba deteriorando. A menudo hablaban por teléfono. La salud del Papa era un problema tan grave desde hace ocho meses que el propio Santo Padre decidió convocar al consistorio extraordinario y nombrar cardenal a Benelli. Quería que su fiel *aide-de-camp* [ayudante de campo], su amigo más cercano en la tierra, tuviera garantizada una voz fuerte y un voto de peso en la próxima elección papal, aunque eso significara vivir el resto de sus días sin el sabio consejo de Benelli y su formidable fuerza de carácter para reforzarlo.

“Ojalá pudiera decirte cuánto tiempo tardará esto en resolverse, don Mario”, dijo sinceramente el cardenal Benelli, “La simple verdad es que no lo sé. Nadie lo sabe. Sería irresponsable de mi parte pretender que lo sé, y darte falsas esperanzas”.

“Lo entiendo”, respondió Mario.

El cardenal levantó un poco la cabeza. “Ahora, a los asuntos prácticos: necesitarás un trabajo remunerado. Sin duda, tu caso se dirige al tribunal supremo de la Iglesia, y como tal, se requerirá de ti una enorme cantidad de paciencia. ¿Estás realmente a la altura?”

“Encontraré un trabajo”, Mario pretendió estar seguro de sí mismo.

“Hablaba más de paciencia que de empleo”, se rió el cardenal. “No eras precisamente el hombre más paciente del personal cuando trabajabas para mí”, dijo y sonrió.

"Aprenderé a tener paciencia", le aseguró Marini.

"Muy bien", sonrió y asintió con la cabeza en acuerdo con la voluntad y la actitud de Marini, "Si estás dispuesto…"

"En toda mi vida, nunca he estado en una situación en la cual he estado más dispuesto", admitió Mario con tristeza.

*"Va bene* [Muy bien, entonces]". El lunes, por la mañana, haré una llamada al Padre Giacomo Poletti. Director del Liceo, *L'Instituto Massimiliano Massimo,* en EUR. Buen hombre, Poletti", continuó Benelli, "un jesuita *y un* católico", mostró una sonrisa burlona a Marini, "al menos lo era la última vez que hablamos. Fuimos estudiantes juntos en la Gregoriana", dijo y luego preguntó: "¿Has enseñado alguna vez, Don Mario?"

"Teología. Durante tres años, Eminencia, asintió positivamente, "en México".

*"¡Madonnina Santa!",* dijo con las manos juntas y señalando hacia arriba, *"El Seminario Regional de Chihuahua"*, pronunció el nombre del instituto con *gravitas* [gravedad] y con su mejor acento español para compensar la torpeza.

*"Así es",* le dijo Mario.

Un golpe en la puerta anunció al ama de llaves*,* una mujer de cincuenta y tantos años que empujaba un carrito de cocina de madera con una bandeja de plata, una jarra de *espresso,* dos *demitasse*, azúcar, un plato de biscotti, una pequeña botella de *Centerbe* y dos vasos de digestivo.

*"Grazie, Signora Maria",* dijo el cardenal con una sonrisa.

*"I biscotti, Eminenza",* anunció con orgullo, *"son' freschi, ¡sono!"* ["Los biscotti, Eminencia, ¡son realmente frescos!"]

"Sí, gracias", dijo él de nuevo mientras ella salía de la habitación y cerraba la puerta tras de sí.

"Así que, si Dios quiere, si todo va como hemos hablado", continuó el cardenal, "habremos resuelto algunos problemas inmediatos", dijo y, con los dedos de su mano derecha, empezando por el pulgar, empezó a enumerarlos: "En primer lugar, debes convencer al abogado Lobina para que lleve tu caso".

"¿Tengo tu permiso explícito para decirle que estás dispuesto a ser un testigo?", preguntó Mario Marini.

"¿Permiso? No, no, don Mario; *insisto en* que se lo hagas saber. Si acepta el caso -y lo hará- habla con él libremente de la conversación de hoy entre nosotros".

"Gracias, Eminencia".

"En segundo lugar," su dedo índice se juntó con su pulgar, "Debes permanecer donde estás en Roma. Y en tercer lugar", su dedo de en medio se juntó con los otros dos, "si el Padre Poletti responde a mi llamada, tendrás un trabajo y unos ingresos adecuados. *Molto bene.* Sí,

muy, muy bien", sonrió satisfecho Giovanni Benelli.

Mario Marini respiró profundamente y exhaló lentamente. Por primera vez en veinticuatro horas, se sintió tranquilo.

Como para tranquilizarle y asegurarle que todo iría bien, Giovanni Benelli dejó a propósito toda discusión sobre el asunto del despido y habló con él, en cambio, de una serie de temas mucho menos importantes.

Tras haber tranquilizado a su invitado, el cardenal Benelli volvió a abrir el sobre del arzobispo Gagnon, recuperó la nota y le dio una segunda lectura mucho más cautelosa.

"¡Este es realmente un día maravilloso!", exclamó, "La investigación de la Curia Romana está terminada", el cardenal anunció a Marini: "¿Lo sabías? ¿Te lo dijo el arzobispo Gagnon?"

"Sabía que estaba muy cerca de terminar".

"Pedirá a Villot que le programe una audiencia privada con el Santo Padre. Con suerte, la próxima semana. Y ahora el Santo Padre podrá actuar sobre las recomendaciones del Visitador. No me molestaré en escribirle de nuevo", dijo, "le verás esta noche, cuando vuelvas a Roma, ¿no?"

"Eso espero", respondió Mario.

"Entonces, por favor, dile que Benelli dice: *¡Deo gratias!* Y ahora, ya que ha terminado, hazle saber que es libre de hablar conmigo de esto o de cualquier otra cosa del mundo, cuando lo desee… *¡Deo gratias!",* volvió a decir.

Sacando dos pequeñas tarjetas y un bolígrafo del bolsillo de su chaleco, Benelli escribió en ellas.

"Una para Gagnon, otra para ti", dijo y le entregó ambas a Marini. "Cuando esté en Florencia, me encontrarás en este número de ocho a diez de la noche. Solo yo contesto este número de teléfono.

"Se lo daré en cuanto lo vea".

Cuando terminaron el café, Mario siguió al cardenal y se levantó para irse.

"…Una última palabra, *caro* Mario", sonrió afectuosamente a su antiguo-y-ahora-de- nuevo *protégé*: "Para aguantar y completar el viaje que comienzas se necesitara una virtud que -y me vas a perdonar que lo diga- no se te da muy bien ni te gusta especialmente", dijo, y le dio una palmadita en el hombro a su amigo, "la he insinuado hace un momento. A esta virtud la llamamos *paciencia*. Tu caso no se resolverá en cuestión de semanas o meses. Ya sabes lo lenta que es la Iglesia en estos asuntos. Para terminar victorioso necesitarás la paciencia de un santo. Aprende a ser paciente, Mario. Paciencia".

# EL PRIMER INTENTO DE ENTREGA

16 de mayo de 1978

En una temprana mañana de primavera, el jueves 16 de marzo de 1978, en *Via Mario Fani*, no lejos del Hospital Universitario del Sagrado Corazón, una banda de terroristas marxistas abrió fuego contra seis hombres en dos coches. Los terroristas de las Brigadas Rojas asesinaron a dos guardaespaldas y tres policías que acompañaban a Aldo Moro al trabajo. Aldo Moro, ex primer ministro de Italia y actual presidente del Partido Demócrata Cristiano, fue secuestrado por los marxistas y mantenido como rehén.

Decir que Italia, y Roma en particular, se encontraba en un prolongado estado de caos y tensión nerviosa sería quedarse muy corto.

Y aunque la aparentemente interminable tragedia cobró un tremendo precio a todos los de buena voluntad, italianos y no italianos, el horrible secuestro, los asesinatos de cinco hombres inocentes y las continuas torturas de Aldo Moro hirieron más profundamente a su amigo más cercano en el mundo: *Giovanni Battista Montini,* el Papa Pablo VI.

El Papa pasó incontables horas de sus días y noches haciendo todo lo posible para negociar la libertad de su amigo. Más de una vez ofreció su propia vida a cambio de la de su amigo. Las ofertas fueron rechazadas de forma contundente e insultante.

Durante casi dos meses, Italia no era Italia, y la dulzura normal de la vida italiana se había vuelto agria y amarga.

Cincuenta y cuatro días después de la oscura prueba nacional, el cuerpo acribillado de Moro fue encontrado en el maletero de un Renault 4, en la *Via Caetani*, a medio camino entre las sedes de la Democracia Cristiana y del Partido Comunista Italiano en el centro de Roma.

El pueblo italiano estaba en un estado de *shock* total.

Nunca podrá medirse el costo personal que esto supuso para la familia Moro.

La brutal muerte de Aldo Moro golpeó al Papa Pablo VI con más fuerza que casi todo lo que le había golpeado en la vida.

Dentro del Vaticano, la palabra "depresión" era un término que se evitaba con asiduidad. Pero, durante un período de aproximadamente 143 días -desde el secuestro de Moro hasta la muerte de Pablo VI- hubo algunos días buenos entre la mayoría de los malos -los más cercanos al Santo Padre señalaron que sufría de "melancolía". A veces, sus audiencias, públicas y privadas, se cancelaban debido a una grave

falta de energía, a resfriados en el pecho y a la artrosis cada vez peor y siempre dolorosa. Pero, lo peor de todo, es que el pontífice hablaba abiertamente y cada vez más de la muerte—la suya.

Era el martes 16 de mayo de 1978.

Después de que se cancelaran repentinamente tres audiencias privadas, previamente programadas, entre el Romano Pontífice y su Visitador Apostólico, era "casi seguro", dijo el Secretario Adjunto de Estado, Agostino Casaroli en la llamada telefónica de ayer al Arzobispo Gagnon, "que la audiencia de mañana se llevará a cabo".

Por supuesto, el Secretario se disculpó profusamente por las cancelaciones anteriores. Al fin y al cabo, eso formaba parte de su trabajo. Pero, en su propia defensa, ofreció honestamente que estaba más allá de sus poderes garantizar la buena salud del Papa y su capacidad para celebrar audiencias.

En cualquier caso, a última hora de la tarde de ayer, Casaroli parecía seguro de que el Papa iba a recibir al arzobispo Édouard Gagnon esta mañana.

Eran las nueve y me estaba poniendo ansioso.

Antes de llegar a la puerta de la capilla de la casa, vi una luz encendida en la sacristía y oí cómo se abría y cerraba un cajón de la cómoda. Me asomé a la sacristía, vi un largo velo negro y supe que me había equivocado de arzobispo.

*"Sabah Alkhyr, Siedna* [Buenos días, Su Excelencia]*"*, saludé al arzobispo Hilarion Capucci en mi mísero árabe, y luego cambié al francés: "¿Ha visto al arzobispo Gagnon?"

"Si", dijo el sonriente sirio, señalando la capilla de al lado.

Más rápido de lo que se puede decir *"Shukran"*, llegué a la puerta de la capilla, la abrí y encontré al prelado canadiense inmerso en su oración.

Me aclaré la garganta para llamar su atención e inhalé el aire dulce con aroma a incienso.

"Excelencia", susurré en voz alta, "estoy en el vestíbulo", y toqué dos veces con el dedo al cristal de mi reloj, "las nueve y tres", añadí respetuosamente, hice una genuflexión y cerré la puerta tras de mí.

A pesar de lo incómodo que me resultaba interrumpir la comunicación del arzobispo con el Señor, no podía arriesgarme a que llegara tarde a la importantísima reunión con el Vicario del Señor en la tierra.

Caminando hacia el vestíbulo, pensé para mí: "Ya está aquí, por fin está aquí... El día que hemos estado esperando desde... ¡desde siempre! Los años de trabajo y las noches de insomnio de Gagnon no fueron en vano... Por fin, la Iglesia será purgada de los parásitos que la infectan desde hace décadas. Recuperará su vida... Después de la crucifixión, ¡la resurrección!"

Miré el reloj de la pared a través del grueso cristal de la portería: pasaban siete minutos de las nueve. Mientras comprobaba ansiosamente el reloj, el arzobispo Édouard Gagnon y Mario Marini doblaron la esquina y vinieron hacia mí. El arzobispo Gagnon iba debidamente ataviado para una audiencia papal privada: sotana negra con ribetes púrpura, cruz pectoral de plata y *zucchetto* púrpura. Mario Marini, también vestido de clérigo y con su propia bolsa negra de libros, se dirigía a EUR. Gracias al cardenal Benelli, ahora estaba enseñando religión en el *Liceo de* los jesuitas mientras esperaba que fuera aceptada por la *Signatura Apostólica* -el Tribunal Supremo del Vaticano- su demanda contra el cardenal Jean Villot.

Quise ayudarle con la bolsa de cuero negro que Gagnon sostenía por las asas, pero rechazó cortésmente mi oferta de llevarla por él. El contenido explosivo permanecería bajo su custodia otros cincuenta minutos, momento en el que sería entregado, personal, directa, y exclusivamente a Su Santidad, el Papa. No dijo eso. No era necesario. Lo leí claramente en el ceño medio fruncido y los labios apretados, y en el cortante "Gracias. No".

"Buena suerte, amigo mío", dijo Marini mientras estrechaba la mano de Gagnon, "Que su encuentro supere todas nuestras expectativas".

"Si Dios quiere", respondió el arzobispo, "Su Santidad se sentirá tan motivado como para actuar, y actuar rápidamente".

"Paciencia, Mario", Gagnon levantó ligeramente la mano libre para que no preguntara lo que iba a preguntar, "hay un momento y un lugar para todo. El lugar de hoy no presenta ninguno de los dos. Su caso está en manos muy competentes", dijo y luego añadió con un poco de irritación justificada en su tono y mirada: "Usted sabe lo crucial que es la reunión de hoy para la vida misma de la Iglesia. Introducir un asunto de interés personal, algo ajeno a la discusión, desviarse del rumbo, aunque sea momentáneamente..." volvió a fruncir sus finos labios y movió la cabeza en sentido negativo.

*"¿Es-tu prêt, Père?",* me miró y, con curiosidad, preguntó en francés.

"*¿Estoy yo* preparado?" Cuestioné la pregunta y exageré mi expresión de sorpresa.

*"¡Allons-y alors!"* [¡Vámonos pues!] *No* puedo permitirme el lujo de llegar tarde hoy", añadió con una pequeña sonrisa autocrítica.

Asintiendo con la cabeza un "buenos días" a los agentes sirios en la camioneta estacionada cerca de las puertas de la casa [que vigilaban a los israelíes, que vigilaban a Hilarion Capucci y a todos los que entraban o salían de *Fratelli Bandiera* 19], volví a consultar mi reloj. Eran las nueve y dieciséis cuando el arzobispo y yo estábamos sentados en su Fiat y listos para el despegue. A las diecinueve y veinte segundos, pisé el pedal y despegamos más rápido que los carteristas del Trastevere en una Vespa robada.

En *Porta San Pancrazio*, Gagnon sugirió que rezáramos el rosario por "una exitosa y productiva audiencia con el Papa", a lo que yo añadí: "Y por un tráfico fluido, hasta el *Cortile San Damaso* incluido". Aceptó y sacó las cuentas.

Aunque la ruta más corta y directa para llegar a la entrada del Vaticano por el Santo Oficio era *la Via delle Fornaci*, decidí afrontar la serie de curvas cerradas y giros de horquilla a lo largo del menos transitado (a esa hora del día) *Viale delle Mura Aurelie*. Respetuosamente, invité al arzobispo a cambiar su rosario de la mano derecha a la izquierda, y a agarrarse con fuerza a la correa del techo "hasta que hayamos aterrizado, y el avión se haya detenido completamente en la puerta".

Seguí el ejemplo de Gagnon y repetí las oraciones con la boca, pero no pude evitar que mi mente divagara. No era la conducción ni la carretera lo que me distraía, sino la constatación de que estaba desempeñando un papel, por infinitesimal que fuera, en un acontecimiento de suma importancia: Estaba llevando al arzobispo Édouard Gagnon a la reunión más importante de su vida y, potencialmente a la reunión con más concecuencias en los quince años de pontificado del Papa Pablo VI.

Sabía muy bien lo que esta mañana significaba para el gran hombre sentado a mi lado. Después de años de intenso trabajo, investigaciones, estudios, entrevistas, organización y encuentros individuales con cientos de personas, en su mayoría hombres, sobre todo clérigos - algunos, venerables santos y eruditos; otros, algunos de los demonios más astutos caminando sobre la tierra-, el arzobispo Édouard Gagnon tenía ahora respuestas concretas a la enigmática e inquietante pregunta retórica del Papa Pablo. Miré al hombre fuerte, que tenía los ojos cerrados, perdido en la oración. Miré el maletín que tenía en su regazo, sabiendo que contenía la munición precisa que el pontífice le había encargado. Sí, el modesto francocanadiense había identificado un buen número de esas nefastas "grietas en el muro", aquellas por las que "el humo de Satanás había entrado", y *seguía entrando,* "en el templo de Dios". Hoy, el informe histórico sobre el estado del gobierno central romano de la Iglesia católica sería puesto ante el Santo Padre, colocado directamente sobre la mesa de su estudio privado, con el arzobispo Édouard Gagnon a su lado para guiarle a través de los cientos de páginas y responder a cualquier pregunta que pudiera tener.

Sin embargo, no pude evitar la sensación de que había algo más que preocupaba a Édouard Gagnon esta mañana—algo más que la rápida reunión de dos horas con el pontífice.

No importaba el saqueo de sus habitaciones privadas, los robos en la oficina, incluso las amenazas de muerte. Eso era el pasado. No, era el

presente lo que preocupaba a Édouard Gagnon. La esperada reunión de hoy con el Papa había tardado semanas en programarse; una vez se había pospuesto indefinidamente; dos veces el Secretario de Estado, el cardenal Jean Villot, canceló la reunión el día anterior declarando simplemente que el Santo Padre estaba "indispuesto".

Sin duda, un número importante de miembros de la Curia Romana temían el encuentro de hoy entre el Pontífice y el arzobispo canadiense. Todo el mundo lo sabía. Nadie hablaba de otra cosa. Yo sabía que, en ese preciso momento, cualquier número de personas daría todo por que la bolsa de cuero negro que tenía al alcance de la mano fuera arrojada a una estruendosa "hoguera de las atrocidades" en la Plaza de San Pedro, y que las cenizas fueran esparcidas en ¡las turbias aguas del Tiber! El principal entre estos hombres aprensivos, y causa directa de una serie de retrasos y aplazamientos de la audiencia privada de esta mañana no era otro que el cardenal Jean Villot.

Hace tres años, cuando se anunció la investigación, el Secretario de Estado Villot comentó con franqueza que tal examen del gobierno central de la Iglesia era una insensata *"chasse aux sorcières*" [caza de brujas], cuyas semillas habían sido plantadas en la mente del anciano pontífice por *"Le Machiavel Toscan"* [El Maquiavelo Toscano], entonces Secretario Adjunto del Estado Vaticano, ahora Cardenal Arzobispo de Florencia, Giovanni Benelli.

Cuando llegamos a la entrada del Santo Oficio ya habíamos terminado el rosario. Los guardias suizos nos saludaron y nos hicieron pasar. A estas alturas, media Roma (en sentido figurado) y (literalmente) todo el mundo que tenía algo que ver con el Vaticano conocía al arzobispo Édouard Gagnon a primera vista. Cuando dimos la vuelta al ábside de la basílica, momentos antes de entrar en los arcos, Gagnon se dirigió a mí: "Sé que estoy pidiendo mucho, don Carlo, pero ¿podría imponerle algo más esta mañana?".

"Sea lo que sea, Excelencia, considérelo hecho", respondí como un soldado prusiano. "Gracias", dijo con una expresión un poco cansada en su pálido rostro, "aprecio toda su ayuda. ¿Podría esperar por mí?"

"¿No volver por usted a mediodía?" Pregunté, ya que ese era el plan original.

"Lo entenderé si no puede", comenzó casi disculpándose.

"¡No, no, no!" protesté, "sólo quería asegurarme de que lo había entendido", dije de inmediato, "por supuesto que lo esperaré. Esperaré las dos horas completas -y si le invita a quedarse para *el pranzo*, que sepa que estaré aquí cuando termine. No lo piense más".

Otro guardia suizo nos indicó que pasáramos por debajo del arco y otro más, al otro lado del arco, nos indicó que entráramos en el amplio patio, todavía mojado por la lluvia, pero bañado ahora por la luz del sol de la mañana.

Me detuve junto a los cuatro escalones del ascensor, salí del Fiat del arzobispo, di la vuelta para abrir la puerta del pasajero y descubrí que, de la nada, había aparecido un joven monseñor de la casa papal que se me adelantó.

El alto y elegante sacerdote comenzó a acompañar al arzobispo hacia el ascensor. Por la forma en que Gagnon sacudió la cabeza, pude ver que se negaba rotundamente a que llevara la bolsa de cuero con los libros. Entonces, de repente, Gagnon se detuvo, se dio la vuelta y caminó hacia mí -aún de pie trás la puerta del conductor- esperando hasta que entrara al ascensor.

Con lo que sólo podría describirse como una sonrisa melancólica, se puso frente a mí y me susurró: "Reza por mí".

"Puede contar con ello, Excelencia", respondí, me incliné y besé su anillo.

Durante años, por mucho que Édouard Gagnon deseara completar esta delicada tarea, temía pensar en este mismo momento. Durante toda su vida había hecho todo lo posible por "no juzgar para no ser juzgado". Sin embargo, en menos de veinte minutos, la más alta autoridad moral de la tierra le pediría que actuara como juez, jurado y verdugo de varios sacerdotes, obispos y dos de los cardenales de mayor rango del Sagrado Colegio. Sin embargo, había que hacerlo. Y, mejor que nadie en la tierra, Édouard Gagnon sabía que si la Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica, fundada por el mismo Jesucristo, iba a recuperar alguna vez su dignidad, su fuerza y su verdadero sentido de misión, tenía que ser liberada de algunos dignatarios de alto rango en la Curia Romana.

La razón por la cual el Señor eligió sus hombros para depositar esta pesada carga era un misterio que Édouard Joseph Gagnon nunca entendería. Sin embargo, fue él a quien la Providencia eligió, y él estaba decidido a darle a la Providencia todo lo que tenía.

El ascensor llevó al arzobispo y al monseñor que lo acompañaba al último piso del Palacio Apostólico. Al abrirse la puerta del ascensor, allí les esperaba el diplomático de carrera, enjuto, calvo y con gafas, el arzobispo Agostino Casaroli. Había sido elegido por el cardenal Jean Villot para sustituir a la antigua espina-en-su-costado, Secretario Adjunto de Estado, ahora arzobispo de Florencia, su Eminencia, el cardenal Giovanni Benelli.

Édouard Gagnon se sorprendió al ver al arzobispo Casaroli, pero supo tomarse todas las atenciones extras como parte del protocolo pontificio. Casaroli dio las gracias al joven monseñor por acompañar al arzobispo Gagnon hasta aquí y, con una inclinación de cabeza, le despidió.

"Qué alegría verle de nuevo", arrulló Casaroli mientras acompañaba a Gagnon por el alto pasillo de mármol pulido, bajo los altos techos

abovedados, con frescos pintados por maestros renacentistas, que conducía a los aposentos papales.

Todo esto, todo lo que estaba debajo de él, por encima de él, rodeándolo, todo ello, estaba destinado a abrumar y humillar al espectador. Sin embargo, hoy, todo ello se desperdició en el hombre de Montreal. Estaba allí estrictamente por negocios; no para reflexionar sobre las glorias del Renacimiento, ni para dejarse distraer por coreografiadas muestras de protocolo y adulación. Nadie ni nada podría arrebatarle al franco-canadiense lo que tenía permanentemente archivado en su mente: la copia mental completa de toda la documentación organizada y segura dentro de su bolso de cuero negro.

Llegaron al último conjunto de puertas dobles del largo pasillo. Dos guardias suizos con uniforme de gala se pusieron en guardia cuando el arzobispo Casaroli alcanzó la manecilla de bronce y abrió la puerta.

*"Prego, Eccellenza",* dijo y se apartó para que Gagnon entrara primero.

En el extremo de la larga y elegante sala se encontraba la radiante figura del Romano Pontífice, Su Santidad, el Papa Pablo VI. El Papa se quitó las gafas de lectura con una mano y con la otra hizo un gesto de bienvenida a su invitado tan singularmente importante.

El rostro del arzobispo Édouard Joseph Gagnon estaba radiante como el de un hijo marinero que regresa a casa desde el mar y está a punto de abrazar a su padre. Se acercó al Vicario de Cristo, vestido de blanco, con la mirada tan fija en él que no reparó en la alta y larguirucha figura que se cernía en las sombras. El cardenal secretario de Estado, Jean Villot, se encontraba justo debajo de la espada que el pincel de Antoniazzo Romano pintó en la mano del Apóstol de las Gentiles. Su obra maestra, *La Virgen con el Niño entre San Pedro y Pablo y los Doce Magistrados de la Rota*, colgaba alta y noblemente en la pared detrás del escritorio del pontífice. El Cardenal Secretario de Estado saludó al Arzobispo Visitador Apostólico con una inclinación de cabeza, pero permaneció en silencio y estoicamente situado a la derecha del Papa.

El Papa Pablo parecía complacido de ver a su Visitante especialmente designado. Édouard Gagnon tomó la mano del Papa, se inclinó y en un gesto de reverencia, besó el anillo del pescador.

"Bienvenido, venerable y fiel hermano", dijo el Papa y le saludó en perfecto francés. "Gracias, Santo Padre, por recibirme. Qué alegría me da saber que se encuentra mejor", dijo, más en beneficio de Villot y Casaroli, que habían cancelado y reprogramado este encuentro varias veces en los últimos dos meses debido, según ellos, al mal estado de salud del Papa.

"También deseo transmitir mis condolencias y ofrecer mis oraciones

a Su Santidad por la pérdida de su querido amigo, el Primer Ministro Moro".

"Le agradecemos, Excelencia", dijo el Papa en voz baja y tomó una bocanada de aire inestable, "agradecemos sus oraciones por su eterno descanso, y por la fortaleza espiritual de la familia de Aldo -Santo Dios, qué cruz les ha tocado ...Y sus oraciones por nosotros, Excelencia, se necesitan ahora más que nunca", dijo de nuevo con un rostro más sombrío, la voz un poco más temblorosa y, al parecer, la incapacidad de hablar por el momento.

Mientras Édouard Gagnon esperaba respetuosamente a que el Papa recuperara la compostura, empezó a pensar que los ataques de depresión del buen hombre eran algo más que un rumor barato del Vaticano. Se hizo evidente que el secuestro, la tortura y la muerte al estilo de una ejecución de su querido amigo, Aldo Moro, era la explicación más probable para la cancelación de sus tres audiencias programadas con el Papa Pablo.

Esta percepción no disminuyó su desconfianza hacia el cardenal Villot o el arzobispo Casaroli, pero le ayudó a sentirse más seguro de su causa y de sí mismo.

"Los años nos pesan", afirmó el Papa con leve disgusto, "pero, sí, gracias a Dios, últimamente nos sentimos mejor", sonrió, "por favor, querido hermano, siéntese", dijo y señaló la silla del lado opuesto del escritorio, frente a él.

Édouard Gagnon tomó asiento y enseguida colocó su bolsa negra de libros sobre su regazo.

"Nos complace enormemente saber que ha completado el augusto encargo que le solicitamos el año pasado".

El canadiense no intentó ocultar su sorpresa.

"Disculpe", interrumpió respetuosamente, "hace *tres* años que Su Santidad me asignó esta investigación".

*"¿Tres* años?"

"Sí, Santo Padre".

Visiblemente perturbado, el cardenal Villot rompió su silencio: "Con tantos asuntos urgentes de los que ocuparse a diario", el francés adoptó un tono ligeramente reprensible, "todos ellos asuntos de suma importancia, seguramente Su Excelencia puede entender cómo Su Santidad puede perder la noción del tiempo."

El canadiense se aclaró la garganta a propósito y luego miró intensamente a los ojos del Pontífice:

"Santo Padre, cada una de las tres veces que solicité al Secretario de Estado que programara esta reunión 'primordial' y muy delicada, insistí en que este encuentro inicial fuera entre Su Santidad y yo. A solas. En privado; que nos dejaran solos y pudiéramos hablar con total libertad".

De pie, ligeramente por detrás y a la derecha de Gagnon, Agostino Casaroli no apartaba los ojos del hombre al que esperaba reemplazar algún día (muy pronto): Jean Villot, quien a su vez no apartaba su mirada escrutadora de Édouard Joseph Gagnon, quien, aunque escuchaba cada palabra de Villot, no apartaba los ojos del pontífice.

"Es deseo del Santo Padre", asumió el cardenal Villot para informar a Gagnon, "que el diputado Casaroli y yo estemos presentes en esta reunión". Villot puso una mano en la silla de respaldo alto del Papa y continuó, "dada la naturaleza extremadamente delicada de la Visitacion Apostólica que usted realizó, y lo que se puede suponer que son algunas conclusiones extremadamente delicadas, la reunión de hoy no puede proceder sin testigos."

El Papa seguía todo perfectamente y detectó fácilmente la tensión que se estaba creando entre Villot y Gagnon, pero no dijo nada.

"Cuando me pidió por primera vez que aceptara esta misión, hace casi tres años", repitió Gagnon la línea de tiempo e, ignorando a Villot, continuó hablando sólo con el Papa Pablo, "pedí total libertad para llevar a cabo la investigación como considerara oportuno, *y* que fuera responsable sólo ante Usted. Su Santidad aceptó". Gagnon sonrió y le hizo un pequeño gesto de gratitud al Papa, "ahora pido que se cumpla la segunda parte de nuestro acuerdo. Deseo hablar con usted, y sólo con usted, Santo Padre, sobre algunos -se aclaró la garganta de nuevo- inquietantes 'hallazgos'… Después de que se los haya explicado a Su Santidad, el curso de acción que elija será totalmente suyo. Mi trabajo aquí habrá terminado. Pero, ante Dios, debo asegurarme de que usted mismo, Santo Padre, esté al tanto de estas cosas; que las escuche de mí, claramente y sin filtros, y que sea libre de preguntarme cualquier cosa relacionada con ellas."

El Papa Pablo VI cerró los ojos cansados y se pellizcó el puente de la nariz con dos dedos. Volviendo a abrir los ojos, pero a duras penas, se dirigió a su derecha, al cardenal Jean Villot y dijo en un susurro audible: "Déjenos, por favor".

"Pero Santo Padre", protestó Villot, "tal convenio oficial -tal audiencia", espetó, "testigos- requiere testigos y asistencia..."

"Se agradece su generosa preocupación", contestó el pontífice con contención, "hablaremos con Su Excelencia tal y como nos pidió y, según parece, acordamos. Gracias", dijo y se volvió para mirar a su humeante Secretario de Estado, y luego a su confundido Secretario Adjunto, Agostino Casaroli, que seguía de pie junto a Gagnon.

Casaroli hizo una ligera inclinación de cabeza. Villot no lo hizo. Ambos se dirigieron a la puerta situada detrás y a la izquierda del pontífice, la que daba a los apartamentos Borgia, y salieron de la gran sala.

El Papa levantó la mano derecha para indicar a su invitado que

guardara silencio un momento. Un último chasquido de la manecilla de la puerta, y el chasquido mucho más agudo de los tacones de los guardias desde el otro lado de la puerta cerrada, hicieron que el arzobispo sonriera un "gracias" al Papa por atender su "petición" de forma tan completa.

El pontífice se inclinó hacia delante y apoyó ambos antebrazos en el escritorio. Cerró los ojos, luego inhaló muy profundamente y exhaló muy lentamente antes de volver a abrirlos. Parecía un poco más tranquilo sin el cardenal y el arzobispo rondando y mirando por encima de sus hombros. A gusto, pero agotado.

*"Sans plus tarder* [Sin más dilación]*",* se dijo Édouard Gagnon mientras ponía su bolsa de libros sobre el escritorio. De ella sacó un tomo importante y dos más pequeños: la historia cronológica de la visitación, la documentación complementaria para verificar las acusaciones más graves y un resumen de la Visitación Apostólica de la Curia Romana.

"Con todo el respeto, Santo Padre", prologó Gagnon su informe, "no deshonraría al cardenal Giovanni Benelli mencionándolo delante del secretario Villot o del Secretario Casaroli, su sustituto".

"Comprensible", respondió el Papa, *"…C'est compréhensible",* repitió, e inmediatamente impidió que la tenue mueca de sus labios avanzara hasta convertirse en una sonrisa, *"…On dit que l'envie naît de la peur"* [Se dice que la envidia nace del miedo] dijo, refiriéndose sutilmente al antiguo resentimiento de Villot hacia Benelli.

"Santo Padre", Gagnon cambió su tono a uno más formal, "el día que me convocó y me pidió que aceptara este encargo, el entonces Secretario Adjunto de Estado Benelli también estaba presente. Esa reunión no fue sólo entre nosotros dos, Santo Padre, en realidad fue entre los tres". "Sí", recordó el Papa.

"No he vuelto a hablar con nuestro querido amigo, el cardenal Benelli, desde que me propuso a usted para esta misma misión. Hace varias semanas, le escribí para informarle que la investigación había concluido, y que esperaba entregar los resultados a Su Santidad.

"Le digo esto, Santísimo Padre, para asegurarle que la visitación fue minuciosa, que la confidencialidad tuvo la máxima prioridad y que hice todo lo posible por ser justo e imparcial de principio a fin.

"Aquí están los resultados", dijo, girando el volumen más grueso frente al Papa, "junto con la documentación de verificación y un resumen de toda la investigación", concluyó mientras giraba los dos expedientes más pequeños.

El Papa Pablo se puso las gafas de lectura. Abrió el volumen del resumen y escaneó la página que enumeraba su contenido.

"Hay muchos asuntos que deben ser tratados inmediatamente, Santo Padre. Todos ellos importantes; algunos que amenazan la vida misma

de la Iglesia".

"En su experta opinión, Excelencia, ¿cuáles son los más urgentes? ¿Cuál es *el* más urgente?", preguntó y miró por encima de sus gafas esperando la respuesta.

"Página cuatro del sumario", contestó de inmediato, "Cardenal Sebastiano Baggio..." pronunció el nombre claramente, pero en voz baja. Gagnon volvió a respirar profundamente y continuó: "…En 1972, el Secretario de Estado, el cardenal Jean Villot", Gagnon también pronunció este nombre en voz más baja esta vez, "*à lutter farouchement* [luchó con uñas y dientes] para que este hombre -uno de sus más cercanos amigos y aliados políticos- fuera nombrado Prefecto de la Sagrada Congregación para los Obispos. ¡Santo Padre!", exclamó el arzobispo canadiense y, mirando al pontífice directamente a los ojos, sin pronunciar una sola palabra, gritó inaudiblemente el retórico: ¿¡En qué estaba pensando por el amor de Dios!?

De inmediato, el arzobispo supo que ese audaz desliz era un error, pero hoy -después de tres largos años conteniendo su cólera por el desastroso estado de la Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica- Édouard Gagnon daría a conocer exactamente lo que su investigación revelaba y lo carcomía como un cáncer.

"Un masón", continuó Gagnon, "¡un masón nombrando a cada nuevo obispo del mundo! Y a cada nuevo *arzobispo*, le da una sede metropolitana, ¡y a muchos de ellos les garantiza un sombrero de cardenal y un voto en la próxima elección papal! Su Santidad me perdonará por decir esto, pero un masón está orquestando el próximo cónclave. A todos los efectos, el Cardenal Baggio está nombrando a su sucesor. Y, a juzgar por la larga entrevista que acaba de conceder a *Le Monde",* el arzobispo se detuvo un momento para mostrar al Papa la página correcta del informe resumido, "... ¡Su Eminencia, este mismo cardenal, es él mismo, su candidato favorito para Papa!"

El pontífice se sentó erguido en su silla blanca de medio trono. Por mucho que deseara resentirse de lo que decía el canadiense, no podía escapar de la verdad del asunto y en su rostro se notaba que estaba consciente de ello.

"Poco antes de morir", continuó Gagnon, "el cardenal Staffa pidió hablar conmigo. Me dijo que, en 1972, y de nuevo en 1975, en su calidad de Prefecto del Tribunal Supremo de la Signatura Apostólica, él y el Cardenal Oddi vinieron a hablar con Su Santidad sobre este mismo hombre y sobre el Arzobispo Annibale Bugnini. Le proporcionaron la evidencia para verificar estas gravísimas acusaciones. Incluyo copias de las mismas en mi informe. Ellos indicaron que ambos hombres eran y, presumo, siguen siendo, masones con poderosas conexiones masónicas -y que muchas de esas conexiones, Santo Padre, conducen directamente al Instituto para las

Obras de Religión [el Banco del Vaticano]."

"Eso es cierto", admitió el Papa, "los cardenales Staffa y Oddi acudieron a nosotros con las acusaciones, acusaciones que entregamos al arzobispo Benelli para que las investigara".

"Y, ¿puedo preguntar qué encontró la investigación del arzobispo Benelli?" preguntó Gagnon, que ya había sido informado de toda la historia por el propio Giovanni Benelli, hace tres años.

"Benelli llegó a la conclusión de que los informes relativos al arzobispo Bugnini estaban bien fundados... En base a lo cual decidimos enviar a Su Excelencia a Irán como nuestro nuncio. Esa fue la sugerencia de nuestro secretario, y estuvimos de acuerdo con ella. Ese asunto ha sido tratado. No vemos la necesidad de retomarlo".

Édouard Gagnon se quitó las gafas y las colocó sobre el escritorio. Con la mano izquierda se cubrió los ojos para ocultar la creciente frustración que mostraba su rostro. Se puso el pulgar y el dedo anular en las sienes y presionó con fuerza sobre ellas dos veces.

"El arzobispo Bugnini, sí. Pero las acusaciones hechas contra Su Eminencia, el cardenal Baggio, no", dijo el Papa.

"¿No es así?" preguntó Gagnon. Se volvió a poner las gafas y se enderezó: "De nuevo, Santo Padre, con el debido respeto; ¿está diciendo Su Santidad que las acusaciones contra el cardenal Baggio se demostraron falsas, o que no eran *lo suficientemente* ciertas*?* Estoy confundido".

"En el momento en que se nos informó, El Secretario de Estado Villot nos aseguró que las acusaciones contra el cardenal Baggio no tenían fundamento y que las pruebas presentadas eran insuficientes", respondió el Papa. "Poco después, hablamos personalmente con el cardenal Baggio. Recordamos vivamente que negó las acusaciones de forma enfática y *muy* ruidosa", recordó el Papa de forma clara y sencilla, "*muy* ruidosa", repitió, "calumnias", las llamó... La cosa se puso aún más fea... Su Eminencia pidió la destitución del arzobispo Benelli... La *exigió*. Por supuesto, nunca consideraríamos tal cosa. ¿Dónde estaríamos sin Giovanni Benelli?", preguntó. De nuevo, se quitó las gafas.

"En efecto, Santo Padre; ¿dónde estaríamos?"

El Papa no dijo nada y Gagnon respetó su silencio permaneciendo igual de callado. Entonces, ocurrió algo muy extraño. Muy lentamente, el papa Pablo puso ambas manos sobre los dos tomos más pequeños que Gagnon había colocado ante él y los hizo girar. Cuando ambos estaban de cara a Gagnon, el Papa puso uno encima del otro, y luego levantó ambos y los puso sobre el informe mayor. Luego empujó el conjunto de documentos hacia el Visitador Apostólico sentado.

"¿Santo Padre?", pidió el visitador, desconcertado, una explicación.

El Papa Pablo, sin embargo, permaneció en completo silencio.

Apartó la mirada de los libros y volvió a suspirar. En su pálido rostro apareció una leve expresión de alegría, probablemente, supuso Gagnon, causada por el brillante rayo de sol que se abría paso entre las nubes y entraba por las altas ventanas de la biblioteca. Bañaba la oscura sala con una luz agradable.

Gagnon se quedó absolutamente quieto. Había tanto silencio que, por primera vez, oyó el reloj del escritorio marcar los segundos. El viejo Papa estaba pensando y Gagnon no quiso interrumpirlo.

Cuando pasó medio minuto largo, el pontífice se enderezó de nuevo y cogió el vaso de agua, bebió, y aclaró su garganta como preparándose para hacer un anuncio.

"Querido hermano", comenzó, sus ojos tristes y cansados se centraron en Édouard Gagnon directamente, "...Tienes ante ti a un anciano cansado... que se encuentra en el umbral de la muerte y se prepara, en estos días, para encontrarse con su Creador... y responder por sus muchos pecados y faltas...".

Los ojos del arzobispo Gagnon se abrieron de par en par. ¿Se le iba a pedir que escuchara la confesión del Papa? Esto no estaba en el guión. ¿A dónde iba a llegar con esto?

El pontífice apartó los ojos del visitante y comenzó a mirar hacia arriba, no hacia el techo decorado, sino de alguna manera por encima y más allá de él. Parecía medio perdido, medio bendecido.

"¿Santo Padre?" Gagnon le llamó.

El Papa miró de nuevo a su Visitador Apostólico. Puso las manos sobre los tres volúmenes de documentos y los acercó aún más a su autor, "le rogamos que guarde todo esto, su invaluable investigación; manténgalo bajo su custodia. Manténgalo sano y salvo. No lo deje aquí con nosotros... *No* lo deje aquí", repitió, "cuando dejemos de ser la gran carga en la que nos hemos convertido para este sagrado oficio, tendrá a bien llevar todo este asunto a nuestro sucesor más joven y más fuerte..."

"Pero, Su Santidad", exclamó Gagnon, sin poder creer lo que escuchaba, "¡¿Qué está diciendo?! Estos asuntos de los que estamos hablando", dijo y golpeó tres veces los tres tomos con los nudillos, "¡y cientos de otros no pueden esperar un día más!" Exasperado, continuó: "¡Un masón nombra a nuestros obispos! ¡El Banco del Vaticano está al borde del colapso! ¡El rector de la Universidad Lateranense lava millones a través de ella cada año! Y así sucesivamente. Su propio Secretario de Estado, Santo Padre, ¡es su mayor adversario!".

Gagnon dejó de hablar el tiempo suficiente para controlar su ira por estos y un mundo pútrido de otros males que su investigación había descubierto.

El Papa no dijo nada.

“Santo Padre, por favor, dígame que no está hablando en serio”, recomenzó Gagnon, “¡Todo esto no puede ser simplemente ignorado -y dejado para que alguien más se ocupe de ello- alguien, en algún lugar, en algún futuro lejano!”

“El futuro próximo, no el remoto”, corrigió el cansado anciano, “estamos en el umbral de este mundo y del siguiente. No se le hará esperar mucho, Excelencia”, declaró esta última parte de su afirmación con el brío de un profeta del Antiguo Testamento. Gagnon vio que no pronunciaba estas palabras a la ligera, ni parecían pesarle.

“Le pedimos que guarde esta valiosa información en un lugar seguro y para usted mismo... Le encargamos que explique todo lo que tiene ahí, todo lo que ha intentado explicarnos esta mañana -a nuestro sucesor”.

Édouard Gagnon no podía creer lo que escuchaba. ¿Era esto una pesadilla? ¿Un sueño extraño y horrible del que no podía despertar? Él mismo había pedido que no hubiera testigos en este encuentro y ahora, de repente, sintió el impulso de ir tras Villot y Casaroli y arrastrarlos para que le dijeran ¡si esto era real o no!

El campanario de San Pedro sonó dos veces sus campanas para marcar las diez y media. No, no estaba soñando. Sí, esto era de verdad. Y sí, la audiencia estaba a punto de terminar. Pero antes, aunque la cabeza le daba vueltas, Édouard Gagnon tuvo suficiente ingenio para hacer una última petición: “Si lo que dice Su Santidad es *realmente* lo que quiere que se haga”, comenzó sobriamente, *“ainsi soit-il”* [que así sea]. Sin embargo...”

Gagnon notó que el Papa se esforzaba por apartar su silla. Como lo más probable es que estuviera a punto de intentar levantarse y ponerse de pie por sí mismo, Gagnon se levantó de inmediato y fue a ayudarle. Lentamente, el anciano se levantó, y con una expresión de dolor en su pálido rostro, se puso de pie, pero agachado, con el arzobispo Gagnon a su lado, por si acaso.

Ojo a ojo con el pontífice, Gagnon leyó entre las líneas y los surcos del rostro del anciano: vulnerabilidad, fatiga, dolor, incertidumbre, debilidad.

“Santo Padre”, dijo Gagnon a bocajarro, “quiero pedirle un favor muy especial”.

“Pregunte”.

“Deme permiso para compartir el contenido de la visitación con nuestro amigo y confidente mutuo de mayor confianza: con el cardenal Giovanni Benelli. ¿Me lo concede?”

Inmediatamente, el pontífice sonrió.

“De buena gana, querido hermano, de buena gana. Tiene mi permiso para compartir estos asuntos con Giovanni... Es muy posible que te ahorres tiempo y esfuerzo”, añadió.

"¿Santo Padre?", se confundió el canadiense.

Una sonrisa maliciosa comenzó a formarse en sus labios, "explicar los resultados de su visitación al cardenal de Florencia hoy podría significar no tener que explicarlos de nuevo a nuestro sucesor", sonrió más ampliamente... "Sí, Excelencia, Giovanni Benelli tiene nuestra completa confianza. Con toda seguridad, tiene nuestro permiso. Hable con él".

"¿Y su bendición, Santísimo Padre?" suplicó Gagnon y, arrodillado, recibió la bendición. Con una mano en el escritorio para ayudarse a levantarse, se puso de pie y vio que el Papa bendecía también los tres volúmenes.

"Édouard Gagnon", el pontífice pronunció su nombre y miró directamente a los fuertes ojos del hombre.

"¿Santo Padre?"

"Por todos sus trabajos, por todo lo que le hemos hecho pasar, y todo lo que ha soportado, Nuestro Señor y Salvador y su Santísima Madre se lo agradecen; la Iglesia universal se lo agradece; y desde el fondo de su corazón, Pedro [el propio Papa] se lo agradece... *Éduardo Gagnon, venerabile fratello nostro: Arrivederci in Paradiso...".*

El arzobispo Édouard Gagnon recogió su material.

*"...Adieu, Très Saint Père",* respondió a la última despedida del Papa, y luego se dio la vuelta y abandonó su presencia y el Palacio Apostólico.

Eran casi las once menos cuarto cuando el estridente silbido de un guardia suizo me hizo saber que el arzobispo Édouard Gagnon estaba en la plataforma del ascensor del patio de San Dámaso.

Sabiendo que había ido a su reunión con material de tres años y sólo dos horas para presentarlo todo, cuando se presentó ahora, con una hora y quince minutos de sobra, me di cuenta de que algo había ido muy mal.

Tiré el libro que había estado leyendo en el asiento trasero, arranqué el coche y me acerqué a los cuatro escalones de mármol del patio, exactamente donde había dejado al arzobispo hacía menos de una hora.

Incluso desde una distancia de diez metros pude ver la mirada seria de mi amigo en su rostro habitualmente alegre. Es más, su bolsa de libros parecía tan llena y pesada al salir de la entrevista con el Papa como al entrar en ella.

Corrí a abrir la puerta del pasajero.

*"¿Todo bien?"* le pregunté mientras se acercaba.

"He tenido mejores mañanas, y mejores resultados", respondió secamente en español y nada más.

El comportamiento del arzobispo era extraño: no estaba exactamente enfadado, pero era evidente que estaba profundamente perturbado.

El silencio, como se dice, fue ensordecedor, y lo respeté durante tres minutos completos -el tiempo que tardé en despejar las puertas del Santo Oficio y entrar en el flujo del tráfico romano.

"¿Quiere silencio durante todo el camino a casa?" pregunté, para incitarle a hablar.

"Perdóneme, Don Carlo, pero me ha dado un dolor de cabeza... justo al entrar en el ascensor", dijo con los ojos cerrados.

"¿Debo parar en una farmacia?"

"No", respondió, "cuanto antes lleguemos a casa, mejor".

Aunque me moría por preguntar: "¿Pudo hablar con el Papa sobre Mario Marini?". No lo hice. Lo creí mucho mejor. Nunca había visto a este hombre bueno y siempre positivo en tal estado.

Esa noche, los tres, el arzobispo Gagnon, don Mario Marini y yo, nos reunimos en la habitación de Gagnon. Nuestro anfitrión tenía mucho mejor aspecto que el que tenía durante el viaje a casa desde el Vaticano. Enseguida entendí por qué. Hacía unas dos horas, el arzobispo Gagnon había hablado por teléfono con la única persona en la tierra que podía tranquilizar su mente que daba vueltas: El cardenal Giovanni Benelli. Habían acordado reunirse en persona, el viernes por la tarde, en algún lugar no revelado de las afueras de Roma -supongo que en *el Lago di* Bracciano. Sin embargo, Gagnon no dijo dónde, ni me pidió que lo llevara, ni me ofrecí a hacerlo. La reunión sería completamente privada.

Para tranquilizar a Mario Marini -aunque la noticia no era el informe positivo que se esperaba- Gagnon le dijo inmediatamente que no había tenido la oportunidad de hablar con el Papa sobre su despido de la Secretaría de Estado por parte de Jean Villot.

"Tendrá que creerme", se lamentó Gagnon, "no era ni el momento ni el lugar. De todos modos, ya se verá", le aseguró a Mario, "eso se lo prometo. Paciencia", le dijo, "tiene que aprender lo que yo estoy teniendo que reaprender:" dijo, "paciencia y tolerancia".

Gagnon dio un preámbulo de lo que iba a contarnos a Mario y a mí sobre su audiencia con el Papa Pablo.

"Aunque no estoy ahora -ni lo estaré nunca- en libertad de hablar de los detalles de la propia investigación", se giró entonces y me miró directamente a los ojos: "ni nadie que haya colaborado en alguna parte de la investigación es libre de divulgar cosas que haya visto u oído". Una vez dicho esto, continuó: "*Puedo* hablarles a los dos de la audiencia de esta mañana".

El arzobispo Gagnon relató todo lo que pudo sobre la audiencia, empezando por su "reverencialmente educado" recordatorio al Sumo Pontífice de que la audiencia de hoy -como la primera, hace tres años, cuando el Papa y el entonces Secretario Benelli le pidieron que dirigiera la Visitación Apostólica a la Curia Romana- debía ser

privada. Era para el Papa y sólo para él. A continuación, describió la "invitación" del Papa al cardenal Villot y al arzobispo Casaroli para que abandonaran el estudio.

Cuando el arzobispo terminó de dar su reporte sobre la reunión que terminó abruptamente, Mario Marini hizo algunas preguntas más sobre lo que inmediatamente llamó "la expulsión de los diplomáticos sinverguënzas".

A mí, en cambio, me intrigaron mucho las instrucciones post-mortem del pontífice. "¡¿Así que se supone que debes esperar hasta que muera?! ¿Y luego ir a explicarle todo al nuevo Papa?" pregunté incrédulo. Y, sin mirar antes de saltar, añadí: "¿Y qué se supone que debe hacer si usted se muere antes?"

Muchas de las cosas que digo son intencionadamente absurdas, y a menudo pillaban a Gagnon por sorpresa. Se reía cuando se sorprendía, y me encantaba su risa; era inocente y lo hacía con verdadero regocijo.

Mario Marini comenzó a reprenderme por mi audaz falta de tacto, cuando Édouard Gagnon comenzó a reírse: "¡Lo primero que pensé, exactamente!"

Entonces pregunté seriamente: "¿Está enfermo el Papa? ¿Es algo grave?"

"¡Está sano como un caballo!" comentó Mario.

"¿Qué edad tiene?" Pregunté.

"Ochenta", respondió Gagnon.

"Sí", dijo Mario, "pero los ochenta de hoy no son los ochenta de ayer. Con los cuidados que recibe, papá Montini podría vivir hasta los cien años". Y entonces Mario, un poco inseguro de sí mismo, le preguntó a Gagnon: "¿Cómo le pareció a usted?".

"¿No está cerca de la muerte? ¿Verdad?" Pregunté.

"Es complejo, nuestro Santo Padre, el Papa", respondió Gagnon después de pensarlo un poco. "Es un hombre, creo, al que le encantaría tener feliz a todos en el mundo -y mantener felices a todos en el mundo-, pero ha aprendido lo imposible que es eso. Todo lo que puedo decir es que nunca he sabido que dijera otra cosa que no fuera la verdad, sin importar las consecuencias", reflexionó, sin hacer referencia explícita a la *Humanae Vitae,* la enormemente controversial encíclica del Papa sobre la vida humana de1968.

"Entonces, ¿le cree cuando dice que no le queda mucho en este mundo?" interrumpí.

"Eso es lo que me dijo el buen hombre, y se lo transmito por si sirve de algo", sonrió. "De nuevo, digo: Nunca he sabido que no diga la verdad".

Los tres hablamos durante más de una hora antes de retirarnos. Mario Marini seguía frustrado por el hecho de que Gagnon no hubiera

encontrado una oportunidad para hablar de su situación con el pontífice. En cuanto a Gagnon, le hizo bien haber hablado con Benelli, y con Mario y conmigo. Realmente habíamos formado una sociedad de amigos, una sociedad sacerdotal de amigos, y estábamos demostrando ser muy buenos para la moral de los demás.

Ese viernes por la noche, el arzobispo Édouard Gagnon y el cardenal Giovanni Benelli se reunieron para tener un debate en profundidad "extremadamente tranquilo" (por no decir "clandestino") en el *Chalet* del *Lago di Bracciano*. El arzobispo Gagnon salió de nuestra vigilada residencia con una bolsa de libros llena y pesada y, a diferencia de su frustrante visita al Papa, regresó esa misma noche con la misma bolsa de libros, ahora vacía y mucho más ligera.

A la mañana siguiente, el sábado, después de que Gagnon, Marini y yo concelebráramos la misa en la capilla de la casa, nos tomamos el *café* y *los cornetti* afuera, en el rincón más alejado del patio, para poder hablar sin posibilidad de ser escuchados, y como precaución adicional, conversamos en español.

Esta vez Gagnon llegó con buenas noticias, en particular, buenas noticias para Mario Marini.

"Benelli está al tanto de las cosas", dijo Gagnon dando un buen trago a su *café-latte*, "...está siguiendo su caso de cerca y le está ayudando de formas que desconoce".

"Por ejemplo," Mario empujó el sobre.

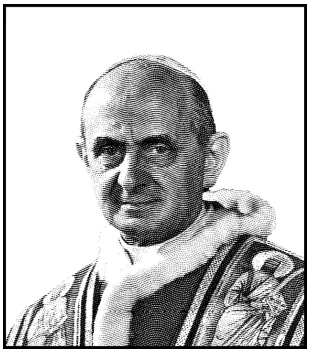
"Por ejemplo: un testigo en su defensa salió de la Secretaría, un subordinado de Villot que permanecerá sin nombre. Este buen hombre está dispuesto a testificar que Villot esperó, a propósito, a que Benelli saliera del Vaticano para despedirle; que Villot quería hacer imposible que fuera rescatado por Benelli y, por supuesto, a través de Benelli, por el Papa. El 'misterioso monseñor' escuchó esto del propio Villot y lo jura. Su declaración jurada debería estar en manos de su abogado, Giuseppe Lobina, a mediados de la próxima semana. El cardenal Benelli insiste en que mantenga la calma y la paciencia; todo en su caso está procediendo como debería y como debe. Como todo en la vida: es cuestión de tiempo.

"Gio-van-ni Ben-el-li: ¡Ese sería un papa!", dijo Mario Marini.

"¿Podría pasar eso realmente?" Me pregunté en voz alta.

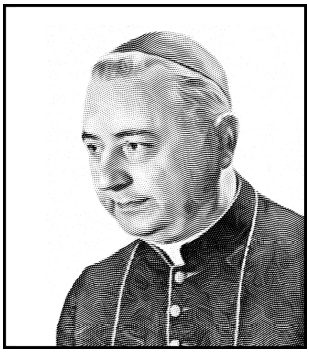
"Creo que la autoprofecía de Su Santidad se cumplirá más pronto que tarde", dijo sombríamente el arzobispo Édouard Gagnon, "... y en cuanto a las elecciones papales", espantó una abeja de su *cornetto*, "... en estos asuntos, todo es posible".

"Más pronto que tarde..." Me repetí a mí mismo.



*Giovanni Battista Montini, Papa Pablo VI*

*Madonna con El Niño, de Antoniazzo Romano*



*El Arzobispo Annibale Bugnini*

*El Cortile de San Damaso*

# LA PROFECÍA DEL PAPA SE CUMPLE

6 de agosto de 1978

No cometa el error de llamar pueblo a Tepatitlán. Es una *ciudad* situada a una hora al oeste de Guadalajara. Es más, Tepatitlán es la capital de una región orgullosamente conocida como *Los Altos* de Jalisco. Si alguna vez busca el corazón de México, allí lo encontrará latiendo fuerte y noblemente. Así me pareció a mí cuando lo visité por primera vez en 1978. Ese verano, mi arzobispo, Francisco Javier Nuño y Guerrero, me llamó a México para los meses de julio y agosto. Creyó que me beneficiaría mucho conocer el pueblo y la diócesis para la que me había ordenado. En aquel momento, no me gustó la decisión de mi arzobispo, sobre todo porque había aceptado "donarme" al servicio de la Santa Sede, lo que significaba que no viviría ni trabajaría en México. En retrospectiva, fue una de las mejores cosas que me han sucedido, y habría sido absurdo que el buen arzobispo hubiera actuado de otra manera.

En las primeras horas de la noche del 6 de agosto, fiesta de la Transfiguración, la querida hermana Petra llamó por teléfono desde la casa de retiros en la que me alojaba a la cercana parroquia *de la Sagrada Familia,* en la que ayudaba. Inmediatamente, y con un tono de voz muy triste, me preguntó si me había enterado de la noticia.

"... ¡Oh, *Padre Carlos*! El Santo Padre ha muerto, *Padre*", anunció con esa voz suave, triste y sombría que suele reservarse para la pérdida de familiares.

Como todo el mundo, yo sabía que el Papa había estado mal de salud últimamente, sin embargo, la noticia de su muerte me tomó por sorpresa, y mi garganta pareció cerrarse por un momento de pánico. Pero había más.

"Y, *Padre*; un Monseñor acaba de llamar por teléfono. Desde Italia".

"¿Desde Roma?" pregunté, con la esperanza de reducir el número de posibilidades.

"No, *Padre*; dijo que llamaba desde... *¿Ruanda?"* pronunció la hermana con inseguridad.

"*¿Ravenna*?" Supuse.

"Sí", respondió ella, "Eso es lo que dijo: *¡Ravenna!* Quiere que le devuelva la llamada -dijo- de inmediato, *Padre"*, dijo y procedió a leerme el número de teléfono que le dio el "ruandés", "... Dijo que llamara *de inmediato* porque ya es tarde en la noche allá".

Durante dos días seguidos intenté contactarme con Mario en Rávena. Pero en el centro de México el *"tiempo de lluvias"* aún no había terminado, y Tepatitlán y sus alrededores acababan de sufrir una

tormenta torrencial de truenos y relámpagos que no se olvidaría pronto, y tras la cual grandes sectores de Los Altos se habían quedado sin electricidad y sin servicio telefónico.

Volví a intentar llamarle por teléfono, tres días después de que me hubiera llamado. Según mis cálculos, eran las ocho o las nueve de la noche donde se encontraba. En un despacho trasero de la *Sagrada Familia,* me senté en la tambaleante silla metálica del tambaleante escritorio metálico. El incesante zumbido de las luces fluorescentes del techo llenaba los largos periodos de silencio mientras esperaba y esperaba. Por fin, tras cinco decenas del rosario, me puse en contacto con una operadora internacional que, tras otros quince minutos -los Misterios Dolorosos, esta vez- consiguió una línea internacional.

Por razones obvias, me vino a la mente el apodo de mi papá para *Teléfonos de México* y, mientras escuchaba atentamente el esperado timbre, lo repetí en voz baja: "*Taco Bell*".

Aunque sólo habían pasado dos meses desde que Marini, Gagnon y yo estábamos juntos, parecía que había pasado más de año. No sólo los eché de menos a ellos dos, sino a nosotros tres. Me perdí los desayunos después de misa con el arzobispo Capucci. Me perdí las clases en la Gregoriana y las discusiones de filosofía con los profesores Navone y Becker. Eché de menos los paseos en coche *por la Via Trionfale* y las visitas a la Madre Pascalina. Eché de menos las bromas con Naldo y Silvio entre el trabajo en la Oficina de Información. Estar atrapado en medio de México -y en un momento como éste- me hizo sentir nostalgia de Roma y me dejó frustrado.

Incluso ahora, días después de saber que el Papa Pablo había muerto, me apetecía hacer algo que no había hecho en años: buscar una habitación en la que pudiera encerrarme a solas, sentarme en un rincón y llorar. Por supuesto, no haría tal cosa. Una lágrima derramada ahora sería una lágrima derramada por autocompasión, y no hay nada más poco masculino que un hombre completamente absorbido por sí mismo.

"¿Charlie?" Mario contestó al segundo timbre.

Fue tan bueno escuchar su voz retumbante de nuevo. ¡Tan bueno!

Mario me hizo un rápido resumen de su situación.

Como hace todo el que puede, en agosto escapó del brutal calor de Roma y se retiró apresuradamente a casa, a la agradablemente fresca Rávena y al espectacular Adriático. Había sido su primer verano sin vacaciones desde que era un niño en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Todos los veranos, durante dos semanas, él y su amigo de toda la vida, el padre Andrés Baeza, se reunían en Texas, Arizona o Colorado y exploraban alguna parte diferente del suroeste americano. Este verano, sin embargo, Benelli le animó a quedarse cerca de Roma, y lo que Benelli dijo, Marini hizo. Con la muerte del

Papa, parecía, una vez más, que Benelli sabía de lo que hablaba.

"Me voy mañana a Roma -si puedes creerlo". informó Mario y suspiró.

"¿Por qué?" Pregunté.

"Te has enterado de que ha muerto el Papa, ¿no?", preguntó con agudo sarcasmo.

"¿El Papa ha muerto? ¡Dios mío, Mario! ¿Cuándo?" exclamé aún más sarcásticamente.

"Hummm", gruñó, "¡El funeral es el sábado, y luego comienzan los preparativos para el cónclave! ¿Por qué vuelvo a Roma?" resopló de nuevo ante la banalidad de mi pregunta, "Porque *'El Mariscal'* me quiere allí, por eso".

Cuando no le quedaba otra opción de comunicación que el teléfono -un instrumento en el que nunca confió del todo-, Mario hablaba -o intentaba hablar- en clave. De vez en cuando se le escapaba, pero la idea era la discreción. Por ejemplo: el Papa solía ser *El Patrón;* Giovanni Benelli era siempre *El Mariscal*; Édouard Gagnon era *El Colombiano;* Monseñor Guglielmo Zannoni era *Il Polento [un poco lento];* su abogado, Monseñor Giuseppe Lobina era *"El Lobo",* y cuando no era sólo "Charlie", yo era *El Gringo* o *Gringuito.* No es de extrañar que bautizara a su némesis, el francés Cardenal Villot, como *"René-Rana"* [*la Rana René]*.

Cualquier nueva personalidad que entrara en la conversación era rebautizada por Mario en el acto. A menudo me tocaba averiguar la identidad de este o aquel, únicamente en función del contexto, a veces desafiante, normalmente divertido y siempre interesante.

"¿No sabe que no asistes a actos estatales?" Jugué un poco con él.

"Tampoco asistiré a ésta", respondió bruscamente, "he rezado mis oraciones por el descanso del alma del buen hombre, y seguiré diciendo misas por él. Le debo más de lo que podría devolverle... Me pagó el seminario cuando mis propios padres me rechazaron; se ocupó de mis estudios de doctorado en la Universidad Gregoriana y de mi residencia en el *Colegio Lombardo*; me confió un codiciado puesto y me dio un despacho frente al suyo... Pero, por mucho que le deba, no voy a ir cerca de ese lugar [el Vaticano] hasta que se resuelva mi caso".

"Lo comprendo", respondí con sinceridad, "pero *'El Mariscal'* te quiere en Roma, ¿ahora? ¿Por qué?"

"¡No seas ingenuo! ¿De qué crees que quiere hablar, de jardinería? ¡¿Carreras de caballos?! ¡Quiere hablar conmigo *y con 'El Colombiano',* sobre los próximos eventos, ¡por supuesto! Me costó un día y medio de llamadas telefónicas localizar a *'El Colombiano'. Está* en casa, en Montreal, ¡visitando a su familia!", dijo, como si hubiera algo malo en ello.

"¿Quieres decir, como tú ahora mismo?" No pude dejar de

intervenir.

"No estoy en la otra punta del mundo; ¡no necesito días para reorganizar mis planes de viaje y mis reservas de avión! Me subo a un tren y en cinco o seis horas estoy de vuelta en Roma".

Mario estaba muy preocupado por la próxima elección papal, lo que explicaba su brusquedad cada vez que se abordaba el tema. Me había fijado cómo su aprensión aumentaba este año pasado, incluso antes de su despido.

El "próximo cónclave" evocaba en él un temor similar al del cardenal Dino Staffa. Mario y Staffa eran amigos íntimos desde hacía años. El año pasado, poco antes de su muerte, Staffa habló largo y tendido con Mario Marini. Luego habló con Édouard Gagnon, en su puesto de Visitante Apostólico de la Curia, para compartir su grave inquietud. "Mi pesadilla recurrente", dijo a ambos, en ocasiones separadas, "es tener que prometer obediencia al nuevo pontífice, ¡y tener que besar el Anillo del Pescador en la mano del primer Papa masón!"

Mario me describió a Staffa como si literalmente temblara al pronunciar esas palabras. Y el cardenal Dino Staffa no era ningún blando.

"Reza", casi gritó Mario, "como nunca has rezado antes; reza para que *'El Mariscal'* alcance el número necesario". Con el típico estilo de Marini, añadió: "Y sé específico cuando te dirijas al cielo. Siempre te he enseñado la importancia de ser conciso y específico en la oración", afirmó y, al seguir hablando, me privó de la posibilidad de decir que era la primera vez que le oía hacer semejante afirmación. "¡Setenta y cinco! ¡Ese es el número exacto que necesita Benelli!", dijo, habiendo roto su propia regla de no mencionar el nombre de '*El Mariscal*' en público o por teléfono. "¡Setenta y cinco!", repitió.

"Pero su edad, Mario", interpolé, "es terriblemente joven", saqué a relucir tontamente los escasos cincuenta y siete años de Benelli en el planeta tierra, "y '*El Colombiano'* dice que *'El Mariscal'* es demasiado realista para no saberlo".

"Eres realmente un derrotista, ¿lo sabías? ¡*'Joven'* es exactamente lo que necesitamos!", gritó y moví el auricular a una distancia más segura de mi oído, "¡Católico, joven, un par de pelotas adecuadas y sustanciales", enunció cada palabra con claridad "y lo suficientemente santo como para detener a 'Lucifer-encarnado' en su camino!"

En realidad, no mencionó a 'Sebastiano Baggio'. No tuvo que hacerlo; la referencia satánica fue suficiente.

"Y, para tu información, *Gringuito*, *Mastai-Ferretti* sólo tenía cincuenta y cuatro años". afirmó Mario, superando mi carta de 'Benelli es terriblemente joven' con un truco propio de *'Pio Nono'* [el Papa Pío IX] era incluso tres años más joven".

"Pero, ¿y si...?" Empecé a preguntar, pero enseguida me arrepentí no

sólo por lo que la pérdida de Benelli significaría para la Iglesia, sino por lo que significaría para Mario Marini, cuyo caso en curso contra '*René*' lo mantenía suspendido en un limbo virtual.

Para mi sorpresa, Marini respondió fríamente a mi pregunta inacabada: "Ningún general de guerra que se precie de serlo va a la batalla sin un plan de ataque alternativo". Se rió en voz baja: "Nuestro General [Benelli] tiene *dos*".

"¿Dos? ¡¿Quién?!" Pregunté emocionado -como si Mario Marini ¡pronunciaría sus nombres en una llamada telefónica! Y, además, por cable internacional.

"¿Recuerdas a San Malaquías?" preguntó.

Se refería al santo irlandés del siglo XI que escribió una descripción apócrifa de todos los papas, desde su época hasta el último día.

"Pensaba que no creías en esas cosas", le reproché.

"¡Cuentos de viejas!", afirmó burlonamente lo que yo pensaba, "Pero ese no es el punto. Has hecho una pregunta; te daré una respuesta".

"De acuerdo".

"Encuentra el título que tu santo irlandés le da al próximo Papa, entonces *'corta la luna por la mitad'*".

"¿Qué? ¿De qué demonios estás hablando?"

Se rió y continuó la burla: "Escucha: corta 'luna' por la mitad"; lo dijo esta vez sin el artículo definido, "y tendrás una pista fácil sobre la identidad del hombre. Eres inteligente -se burló-, una vez me dijiste que serías un buen detective. Bueno, te acabo de dar la pista clave, "¡Columbo!"

Se burló de mí con (de todas las personas) ¡Peter Falk! ("Columbo" era el único programa de televisión de la RAI que Mario veía -y sólo en contadas ocasiones). "La alternativa a eso es un extranjero. No es probable", descartó por considerarlo demasiado absurdo. "No, si no es él mismo, será su amigo, el medialuna".

*"Si* '*El Mariscal*' *gana*, sería el fin de su caso contra '*René*'".

"¡Ja!", gruñó una risa grave, "¡Quieres decir que sería el fin de '*René*' por completo! Mandaría a empacar sus cosas a ese arrogante francés antes de que la fumata blanca despejara el cielo".

"De un modo u otro, ganará", dije para animar a mi amigo, ligeramente ansioso, "¡roguemos para que se haga la voluntad de Dios!".

"¡Y que la voluntad de Dios sea nuestra voluntad!" La voz grave de Marini hizo resonar el ambiguo final teológico a través de los cables trasatlánticos.

Entonces se oyó el muy familiar chasquido que indicaba que la conversación había terminado. A Mario Marini nunca le gustaban las despedidas largas; de hecho, no tenía tiempo para "despedidas" de ninguna duración.

"¡Duerme bien, *mi querido capitán!"* Le di las buenas noches.

A la mañana siguiente, después de la misa temprana, caminé hacia el centro, hacia los *portales,* y me detuve en *La Farmacia Relámpago.* El farmacéutico me vio comprando un ejemplar de *El Excelsior.* Se presentó, Alfonso Martín del Campo, y me invitó a su oficina trasera donde podría tener "un lugar serio para leer y una taza seria de café para ayudar a digerir las noticias". Acepté de buen grado y él me llevó a su escritorio.

Ahí estaba, en la página tres; una lista completa de los cardenales electores elegibles. Y allí estaba él: **BENELLI, Giovanni; Edad 57; Arzobispo de Florencia.**

Pero, sólo cuando lo vi impreso, la "pista clave" burlona de Mario hizo clic: **LUCIANI, Albino; Edad 66; Patriarca de Venecia.** Lo dije en voz alta: "Lu-ciani; *mezza luna [media luna]: ¡(Lu-na)!* Sonreí más ampliamente cuando supe que Luciani, antiguo Presidente de la Conferencia Episcopal Italiana, había nacido en Bel***lu***no. Eso lo confirmó.

Salí de la farmacia decidido a dedicar todo mi tiempo extra desde ese momento hasta que escuchara *"¡Habemus Papam!"* asaltando el cielo con mi oración.

Al menos esa *era* mi intención, hasta que esa misma tarde -irónicamente, durante la oración y la meditación- recibí otra importante llamada telefónica. Ésta era de mi arzobispo, don Francisco Javier Nuño y Guererro, ordenándome que me presentara, lo antes posible, en la catedral de la cercana San Juan de los Lagos, donde más de un millón de peregrinos, procedentes de lugares tan lejanos como la ciudad de México, estaban a punto de bajar a presentar sus respetos filiales a la Virgen de San Juan en su fiesta, el 15 de agosto, solemnidad de la Asunción. "Y", el arzobispo de voz suave declaró: "salvo un puñado de maravillosas excepciones, todo un millón de ellos tiene una grave necesidad de confesarse".

Durante siete días de calor agobiante, del 9 al 15 de agosto de 1978, el mío fue el asiento central de madera de un viejo y desgastado confesionario durante doce o dieciséis horas al día, mientras el desfile de la humanidad desaliñada, que en su mayoría llevaba semanas caminando, entraba en los confines de la catedral; cientos de miles de personas empeñadas en ver de cerca a la diminuta Virgen María.

Cuando esa semana física, emocional y espiritualmente agotadora llegó a su bendito final, regresé a Tepatitlán, me dirigí inmediatamente a mi habitación en la casa de retiros, me desplomé en mi cama y permanecí allí durante catorce horas ininterrumpidas antes de reanudar el trabajo en la Parroquia de *la Sagrada Familia*.

Me desperté a la mañana siguiente sabiendo que la cuenta atrás había comenzado y que pronto Gagnon, Marini y Zannoni se

reunirían. Sin duda, seguirían de cerca todo lo relacionado con el Vaticano, especialmente mi amigo Mario Marini. ¿Me preguntaba si Benelli ya había hablado con Gagnon? ¿Había hablado con Mario? Si "la voluntad de Dios" no era la nuestra, ¿qué clase de hombre era "Media Luna" Albino Luciani? Ese nombre... Tenía una especie de sonido mafioso. Me sonreí imaginando que el cardenal patriarca de Venecia estaba emparentado con ¡Lucky Luciano!

En el calendario de pared de la *Farmacia Relámpago* que tenía pegado con tachuelas junto a la librera vacía de mi pequeño despacho, empecé a marcar con una "X" los días; diez más hasta que empezara la votación en la Capilla Sixtina, bajo la mirada terrible, penetrante y omnisciente del *Cristo del Juicio Final* de Miguel Ángel.

# EL PAPA SONRIENTE

26 de agosto de 1978

Por mucho que quisiera estar en la Plaza de San Pedro para la coronación del nuevo Papa el 3 de septiembre, cambiar mi vuelo de *Pan Am* resultó imposible. Corrección: probablemente como una señal de lo que vendría, el nuevo pontífice había cambiado el nombre de "coronación" a la de "inauguración", mucho menos monárquica y mucho más democrática. En cualquier caso, me lo perdí.

Asimismo, el nuevo pontífice se dio a conocer combinando los nombres de sus dos predecesores inmediatos, Juan XXIII y Pablo VI. Poco después de su histórica elección en la Capilla Sixtina, desde la Logia de las Bendiciones, el cardenal Pericles Felici lo presentó al mundo (y el mundo a él) como *"Ioannes Paulus"*.

Después de mi "verano mexicano", y antes de volver a Roma, fui a casa a visitar a la familia y a los amigos durante una semana. Así que, en lugar de estar en la Plaza de San Pedro y ser testigo de la "inauguración" papal en persona, estaba sentado en nuestra sala en Saint Paul, Minnesota, viendo el evento vía satélite -que, gracias al aire acondicionado central, a todas las "comodidades del hogar" y al milagro de la televisión y de las cámaras con lentes de enfoque cercano, me permitió una visión espectacular de todo y me salvó de un asado de dos horas bajo el rostizante sol romano.

Y, sí, no hace falta decir que el nuevo Papa fue el mismísimo que Mario Marini (¡asistido invaluablemente por San Malaquías!) me informó crípticamente que sería, durante nuestra conversación trasatlántica.

No solía tomar un taxi para llegar a Roma, pero después de un retraso de tres horas en el aeropuerto JFK, un vuelo horrible y hora y media de *"spaghetti rigamarole"* [espagueti al desorden] para tramitar el pasaporte y la aduana en el aeropuerto Leonardo Da Vinci, estaba demasiado agotado para ocuparme del equipaje y de un viaje en autobús en el que sólo había sitio para ir de pie, hacia la *Stazione Termini*.

El taxi se detuvo ante la puerta principal de la Residencia Libanesa. Pagué al taxista y me dirigí al maletero por mi equipaje, desde donde vi, aparcado justo frente a la calle, el Mercedes marrón de la Embajada de Siria. Hice un saludo informal al hombre conocido que estaba al volante. Su joven "copiloto", evidentemente un aprendiz de espía, me miró con frialdad, pero Mohammed sonrió y me dio un pulgar hacia arriba, sin necesidad de registrarme, para darme la bienvenida a casa. Era la primera vez desde la llegada del arzobispo

Hilarion Capucci que no veía la camioneta de los israelitas. Sin embargo, el moderno edificio de ladrillos estaba en una sola pieza, en pie, lo que significaba que Capucci estaba en casa, sano y salvo.

Era poco antes del mediodía cuando abrí la puerta principal del *Fratelli Bandiera* número 19. Inmediatamente me encontré con los sensacionales aromas de demasiado ajo, demasiada cebolla, menta y cordero asado, todo ello sin el más mínimo indicio de salsa de tomate hirviendo a fuego lento que podría engañar fácilmente al hambriento viajero haciéndole creer que le esperaba algo italiano. Pero, ¡no! Sor Olga sabía que yo llegaba hoy y había preparado mis favoritos del Medio Oriente: *laham mishwe* con *toum* fresco triturado y *tabbouleh* picado. ¡Dios la ame!

Dejando mi maleta más grande en la portería, prácticamente corrí hacia la escalera y subí los peldaños de mármol de dos en dos. Era sábado y sabía que Mario estaría en casa. Entre el segundo y el tercer piso llamé en Romanesco: *"¡A Do' Mar-i-eu!"* [¡Oye, Don Mario!]

La antepenútima puerta desde el fondo del pasillo se abrió de golpe:

"¡Charlie, Charlie Murr!", se oyó la bienvenida con una voz profunda. Mientras nos dábamos un largo y duro *abrazo* mexicano, se abrió la puerta contigua a la de Mario: "*¡Bienvenido, Don Carlo!"* El arzobispo Édouard Gagnon exclamó con una amplia y cálida sonrisa: "¡Esta casa ha estado demasiado tranquila sin usted!", bromeó, "le echamos de menos", dijo."

Apenas Gagnon y yo nos abrazamos cuando la última puerta del tercer piso se abrió, la del final del pasillo, y el arzobispo Hilarion Capucci se unió a la improvisada ceremonia de bienvenida: *"¡Père Charlot!"*[2] exclamó y me dio tres besos en la mejilla, luego se volvió para reconocer a Gagnon y a Marini con una sonrisa y una inclinación de cabeza, *"Bienvenue",* me dio la bienvenida, *"Et ton voyage, s'est bien passé?"* [Y tu viaje, ¿ha ido bien?].

*"Ça s'est très bien passé, Excellence"* [Ha ido muy bien, Excelencia].

"Qué bueno tenerte de nuevo con nosotros", continuó, "un asunto tan mundano, el desayuno, desde que te fuiste", sonrió, sacudió la cabeza y puso los ojos en blanco, "hablaremos más tarde", dijo, se excusó y se despidió para entrar en el ascensor.

Los tres, Gagnon, Marini y yo, decidimos que 1) necesitaba comer algo y -ya que les dije que no había dormido en 30 horas- 2) echarme una buena siesta, y 3) quedar de juntarnos en la habitación de Gagnon para tomar un *aguardiente* antes de 4) salir a las 7:30 para comer *mandorle* y pizza en *la Birreria Marconi*.

"Llamaré a '*Er Dottore*'", dijo Mario, refiriéndose al camarero más veterano de *Marconi's* por su apodo romano, "*er dottore"* [el médico, o "Doc"] "y haré que reserve la mesa de la esquina trasera para nosotros, para que podamos hablar". Luego le preguntó al arzobispo

Gagnon: "¿Le viene bien a las 7:30, *monseñor*?".

"Eso estaría bien", respondió el canadiense. "Han pasado muchas cosas aquí en tu ausencia", me dijo Mario a mí.

Las cejas de Édouard Gagnon se elevaron al menos tres centímetros más que la montura de sus gafas cuando, asintiendo con la cabeza, dijo sin decirlo que, efectivamente, *mucho* había sucedido en mi ausencia.

Tardé un momento en recordar dónde estaba, pero cuando lo hice, me senté y abordé con franqueza la situación del despertador. Eran las 5:30, lo que significaba que tenía el tiempo justo para deshacer las maletas, ducharme y rezar las vísperas antes de reunirme con mis dos compañeros mayores a las 6:30.

El arzobispo hizo los honores y entregó a Mario y a cada uno una pequeña taza de terracota, un poco más grande que un *"shot"*de vidrio.

"Eduardo y Eulalia Martínez -una maravillosa pareja colombiana de Medellín, una familia preciosa, me envía una botella de *aguardiente* todos los años en Navidad", dijo y luego levantó su copa y ofreció respetuosamente: "A Su Santidad, el Papa; *Vivat in aeternum* [larga vida]*"*.

Mario y yo levantamos ligeramente nuestras copas y respondimos de la misma manera: *"In aeternum vivat",* y luego dimos un cauteloso sorbo a la fuerte poción. Gagnon ofrecía esta agua de fuego colombiana sólo en ocasiones especiales. Me mordí la lengua para no soltar lo que siempre pensaba cuando bebía este regalo: "Nunca he probado el removedor de pintura, pero me imagino que sabe algo así".

"¿Y el cardenal Benelli?" le pregunté para poner en marcha el asunto.

"Bien", dijo Gagnon, "va muy bien. Nos reunimos y hablamos antes del cónclave, y una vez después", añadió con recato.

"El hacedor de reyes", intervino Mario con orgullo.

"Sin duda", coincidí.

"Entró en el cónclave diferenciando a sus amigos de sus enemigos", continuó Mario, "y sabía exactamente cuántos tenía de ambos y quiénes eran". Sonrió: "No hay mayor realista en la tierra que el Secretario. Sabía que no tenía los votos, no los setenta y cinco necesarios. Pero también sabía que tenía más que cualquier otro candidato. Sabía que tenía el control. Como dice Monseñor Gagnon, lo sabía mucho antes de que entonaran el *Veni, Creator Spiritus*.

Édouard Gagnon se rió y asintió: "Realista, autocontrolado, pragmático. El hombre más trabajador que conozco".

"Todo un cumplido viniendo de usted, Excelencia, ya que usted es el hombre más trabajador *que* conozco", dije con sinceridad, y, haciendo una inclinación juguetona a Mario, añadí, "A excepción de la

compañía presente".

"Hummm", minimizó el pretendido desprecio, "Benelli habría sido perfecto, pero, Albino Luciani, el propio candidato de Benelli, estará bien con Benelli a su lado".

"¿Cómo es eso?" Pregunté.

"Nuestro nuevo pontífice ha pedido al cardenal de Florencia ser su nuevo Secretario de Estado", anunció Mario con orgullo, "¿no es así, *Monseñor*?"

"Lo ha hecho", confirmó Gagnon.

"¡Vaya!" exclamé. "Pensé -digo, leí en alguna parte que el Papa confirmó a todos en la Curia; que iban a permanecer justo donde estaban; no se haría ningún cambio".

"Verá, *Padre Carlos",* explicó Gagnon con paternal gentileza, "cuando un nuevo Papa toma posesión de su cargo, los prefectos del pontificado anterior presentan su renuncia por escrito. Así es como se hace. En todas partes. De hecho, con cada administración saliente y entrante. Y con razón", dijo, acentuando el sentido obvio de la práctica con un ligero encogimiento de hombros.

"Pero estás diciendo que el Papa Juan Pablo *no* hizo eso".

"No es el fin del mundo", declaró Marini, "El error de un *novillero* [aprendiz de matador]*, eso* es todo. Él no debería haber dado instrucciones a esos sinverguënzas para que no dimitieran, pero lo hizo. Entonces...", sonrió, "están en su lugar *pro tempore*... hasta nuevo aviso", dijo con más énfasis. "Sólo demuestra lo poco preparado que estaba Luciani. Ni siquiera había contemplado la posibilidad de dejar el cónclave como Papa. ¡Porque, él mismo votó por Benelli!"

"¿Cómo puedes saber eso?" pregunté, consciente del solemne juramento de silencio que cada cardenal hizo respecto al proceso de elección.

"Albino Luciani puede ser tímido, pero una cosa que no pudo ocultar fue su apoyo a Benelli. Antes de entrar en la Capilla Sixtina, dijo a bastantes personas que el mejor Papa para nuestros tiempos es el cardenal Benelli... Es de dominio público".

"Son amigos íntimos desde hace años", coincidió Gagnon, "Benelli le ayudó mucho durante su mandato como Presidente de la Conferencia Episcopal Italiana".

"Aún así", Mario seguía rumiando el tema de la confirmación, "no era prudente reconfirmar a todos los jefes de departamento curiales. Imagina lo contentos que deben estar Villot y Baggio".

"¿Cuándo se lo pidió?" le pregunté al arzobispo.

"¿Perdón? ¿Cuándo le pidió qué a quién?"

"El Santo Padre", aclaré, "¿cuándo pidió al cardenal Benelli que fuera su Secretario de Estado?"

Édouard Gagnon volvió a quedarse pensativo y en silencio.

De repente me di cuenta de hasta qué punto Mario había llegado a ver todo lo que era mejor para toda la Iglesia católica a través del lente del drama de su despido de la Secretaría de Estado y de su actual lucha por la reincorporación.
"El jueves pasado", dijo Gagnon, "el Santo Padre tuvo una larga audiencia privada con el cardenal Benelli. Benelli me llamó inmediatamente después y pidió verme. Era urgente, dijo. Me reuní con él y me lo dijo directamente, sin rodeos". Luego, mirando a Mario, "ya sabe cómo es cuando se trata de asuntos importantes".
"Hummm", resopló Marini, "ciertamente lo sé".
"Bien", continuó, "Su Santidad está pidiendo los resultados de la Visitación Apostólica. Quiere que se los presente y que le explique algunos puntos de interés. Naturalmente, ¡acepté! Es lo que había intentado presentar al Papa Pablo, que en paz descanse".
*"Ma, questo é stupendo!"* Mario exclamó en italiano - luego, casi inmediatamente, se mostró algo molesto. ¿Su enfado se debía a que Giovanni Benelli no había pensado en compartir con él esta estupenda noticia? En cualquier caso, con Villot fuera y Benelli en su lugar, la reincorporación de Marini era un hecho.
"¿Puedo contar con usted para que me lleve?" me preguntó directamente el arzobispo Gagnon.
"¿A su audiencia con el Papa? ¡Sabe que puede contar conmigo!" Respondí con entusiasmo: "Avíseme con un poco de antelación y tendré el coche tan pulido y brillante que los guardias de San Dámaso tendrán que apartar la vista cuando nos acerquemos".
"¿Dijo Benelli, cuándo sería su reunión?" Preguntó Mario.
"'Pronto', es lo que me dijo", respondió Gagnon, "Eso es todo lo que sé por el momento".
El canadiense, de carácter fuerte, trató de ocultar su gran satisfacción por estas novedades, pero simplemente no pudo.
"¿No deberíamos llegar a *Marconi's* antes de que *'er dottore'* dé nuestra mesa a clientes más meritorios?"
"¡Vamos!" dijimos Mario y yo al mismo tiempo.
"De acuerdo. No hay discusión", anunció Édouard Gagnon mientras se levantaba de su silla, "cuando la factura llegue, es mía. Esta noche, caballeros, la cena corre de mi cuenta", dijo, y concluyó con una carcajada autocrítica: "¡Qué fácil es hacerse el millonario espléndido cuando se trata de seis cervezas y tres pizzas! Sólo le agradezco, don Mario, que no haya reservado en *Charlie's"*.
Este amistoso porrazo no se refería a mí, sino a "*Charly's Sauciere"*, un pequeño y gran changarro de restaurante cerca del *Colosseum*, administrado por Charly, un excéntrico suizo, amigo nuestro -pero con un menú de altos precios.
El lunes 18 de septiembre, me inscribí en la Gregoriana en cuatro

cursos de posgrado en filosofía antropológica y un interesante seminario semanal sobre Miguel de Unamuno. Desde allí atravesé la ciudad y llegué a mi trabajo en la Oficina de Información del Vaticano con quince minutos de retraso. Como hacía meses que no veía a mis compañeros de trabajo, pasamos un rato saludándonos de beso, abrazándonos, bromeando, riendo y poniéndonos al día. Incluso cuando nos pusimos a trabajar, continuamos charlando y escuchandonos alegremente. Naturalmente, se habló mucho de la muerte de Pablo VI, y más del nuevo hombre, este "papa sonriente", Juan Pablo.

Al igual que otros millones de personas, me moría de ganas de ver al hombre en persona, para tener una idea real de él. En un mundo que parecía haber perdido el rumbo, muchos de nosotros mirábamos a este hombre en particular, al Sucesor de San Pedro y Vicario de Jesucristo en la Tierra, en busca de guía y esperanza.

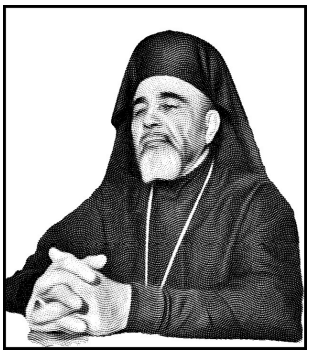
El miércoles siguiente, a las once menos diez de la mañana, pedí permiso a nuestro director, el general Santicchioli, para ausentarme de la oficina durante quince minutos, tiempo suficiente para caminar hasta el *Aula Nervi* y poder darle una mirada al nuevo Papa en su audiencia general. Concedido el permiso, tomé el atajo por las puertas traseras de la Oficina de Información y me situé cerca de los guardias suizos en el vestíbulo de Nervi. Los silbatos de la policía sonaron mientras los gendarmes dirigían el Mercedes negro a la vuelta de la esquina de la capilla del Colegio Teutónico.

Apenas se detuvo el coche, aparecieron como de la nada dos hombres de traje negro que abrieron las puertas traseras del vehículo. Salió el Papa. Por un momento, nuestras miradas se cruzaron y él sonrió y saludó al pasar. Sí, como decía la gente, había algo extraordinariamente genuino en esa tímida sonrisa. Notable. Sin embargo, qué extraño era ver a otro hombre ocupando el lugar del único hombre al que había visto ser Papa: Pablo VI. Hasta entonces, sólo había oído la palabra "contrasensacional" en ciertos cursos de filosofía. Esta era la primera vez que la experimentaba.

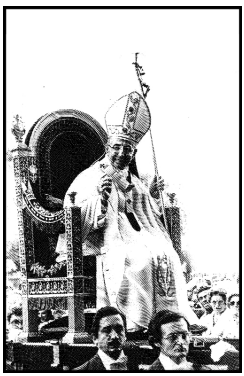
Observé atentamente cómo Albino Luciani tomó un paso inseguro hacia la plataforma de la *sedia gestatoria* y se sentó. Se aferró a los dos brazos de la silla mientras, de forma reglamentada, doce *sediari pontifici* [portadores de sillas pontificias] vestidos de esmoquin, seis a un lado, seis al otro, tomaron los dos postes laterales y en un movimiento rápido y sincronizado levantaron al pontífice por encima de sus cabezas y apoyaron los postes sobre sus hombros. Las cortinas se abrieron, los miles que habían estado esperando, rompieron en una estruendosa ovación y aplauso, el séquito papal abandonó el vestíbulo y se dirigió a través de la sala hacia el escenario delantero.

Al darme la vuelta para regresar a la oficina, sentí una enorme

satisfacción. De alguna manera, sólo con verlo, con captar la mirada de sus ojos durante esa fracción de segundo, supe que Albino Luciani tenía las características de un Papa excepcional. Al saber por el arzobispo Gagnon que el nuevo Papa ya había pedido al cardenal Giovanni Benelli que fuera su mano derecha, su Secretario de Estado, tuve la certeza de que este nuevo pontificado tenía un gran comienzo. Juntos, estos dos hombres darían a la Iglesia el liderazgo y la dirección que tan desesperadamente necesitaba en ese momento. Luciani y Benelli podrían tener lo necesario para formar un equipo tan magnífico como el de San Pío X y su Secretario de Estado, el beato Rafael Merry del Val.
¡¿Qué iba a impedirlo?!



*El Arzobispo Hilarion Capucci*
*Papa Juan Pablo I*



# EL SEGUNDO INTENTO DE ENTREGA

25 de septiembre de 1978

"¿Está usted nervioso?" le pregunté a mi pasajero episcopal.

"'Ansioso' podría ser una palabra mejor", dijo Édouard Gagnon en voz baja. "He estado esperando este día desde aquel otro", se volvió y me miró a los ojos, "la última vez que me llevó a una audiencia papal". Sonrió, "todavía no he superado esa sorpresa. Que el Papa te diga que ya no está en condiciones de ocuparse de los resultados de tu investigación..."

"Su investigación, la investigación que él le encargó", intervine.

"La última vez que hablé con él... la última vez que le vi vivo...", se detuvo a mitad de la frase, "... Siempre hubo algo profético acerca del Papa Pablo", reflexionó, "un hombre profundamente espiritual, sin duda".

El tráfico se paralizó. En lugar de esperar a que las cosas se aclararan, le dije al arzobispo que no se preocupara, sino que se sujetara. Giré bruscamente a la izquierda, di un par de vueltas rápidas hacia el carril contrario (evitando cuidadosamente un precipicio) y salí en dirección contraria.

"Y nunca ha tenido un accidente en todos los años que lleva conduciendo aquí, ¿eh?", preguntó asombrado – no para hacerse el gracioso.

Para tranquilizar a mi amigo, seguí charlando, asegurándole que todo lo que iba a hablar con el Papa sería bien recibido. "Estoy seguro de que el cardenal Benelli ha hablado en profundidad con Su Santidad y le ha explicado con detalle que el resultado de su investigación sobre la Curia Romana ofrece un proyecto para purgar y reconstruir su gobierno central".

"Sí, el cardenal Benelli me aseguró lo mismo... Sin embargo, no aceptará el cargo de Secretario de Estado hasta que Baggio sea retirado de la Congregación para los Obispos".

Por supuesto, había muchas cosas que no entendía sobre el funcionamiento de la Iglesia, pero había muchas que entendía perfectamente.

"¿Y el cardenal Villot? ¿Quién le dice que es hora de irse?"

Édouard Gagnon se lo pensó un momento. Por lo que pude ver, no buscaba una respuesta a mi pregunta - sabía la respuesta-, sino que se preguntaba si debía hablar conmigo de esas cosas. En cualquier caso, finalmente me respondió: "Parece que el cardenal Villot ya se ha ocupado de ello. Presentó su dimisión al día siguiente de la elección. El Papa la aceptó, pero le pidió que permaneciera hasta que se

encontrara su sustituto. El cardenal sugirió al arzobispo Casaroli".

"¿Casaroli?" Me burlé, "Villot, Junior".

"El Papa ya se había decidido por el Cardenal Benelli".

"Entonces, ¿por qué el cardenal Benelli no se ocupa de Baggio al tomar las riendas? Como Secretario de Estado, tendría el poder de desterrar al masón a Cucamonga si quisiera hacerlo".

"No estoy seguro de dónde está Cucamonga, exactamente", dijo Gagnon (un colega fanático de W.C. Fields) con una sonrisa, "pero ¿qué hay de los 'cucamongueses'?", hizo una pausa dudando por un momento.

"En algún lugar de California", respondí. "Y creo que los habitantes prefieren 'cucamongoles' a 'cucamongueses'", sugerí con una inexpresiva cara de plato y conseguí que Gagnon se riera de nuevo.

"Bueno", volvió a reírse, "se llamen como se llamen, seguro que tienen estándares comunitarios. ¿Qué pecado podrían haber cometido para merecer como penitencia al Prefecto de la Sagrada Congregación para los Obispos?" hizo la pregunta retórica en broma, pero sacudió la cabeza con verdadero asombro por todo el escandaloso asunto de Baggio.

"Cierto", asentí, "pero el cardenal Benelli podría ocuparse él mismo de Baggio, ¿no? Por lo poco que he observado de nuestro nuevo pontífice, es inteligente y devoto, pero no da la impresión de ser muy fuerte. De voluntad fuerte", considero yo.

"Tal vez ese sea el punto", añadió Gagnon con conocimiento de causa, "tal vez el cardenal Benelli insista en hacer él mismo este primer gran cambio en su pontificado". Ya sabe", dijo, y luego pensó un momento para que le viniera a la mente la máxima americana, "coger el toro por los cuernos".

Entramos por las puertas de la Ciudad del Vaticano y rodeamos a toda velocidad la parte trasera de la Basílica de San Pedro. Reduje la velocidad considerablemente, hasta una velocidad digna, justo antes de entrar en el *Cortile San Damaso*, y conduje hasta llegar lo más cerca posible de las escaleras del ascensor.

El simulacro, hace cuatro meses, con Pablo VI, hizo que el ejercicio de hoy pareciera un juego de niños. Fue, en las memorables palabras atribuidas (como tantas) a Yogi Berra: "¡Es un *Déjà vu* de nuevo!".

Salí del Fiat, al igual que el arzobispo Édouard Gagnon. Se puso el *zucchetto* púrpura en la cabeza, se reajustó el fajín de la sotana y la cruz pectoral, y volvió a meter la mano en el coche para coger su bolsa de cuero negro que contenía la colección de documentos lo suficientemente poderosa como para hundir un acorazado. Entonces el arzobispo me sorprendió de nuevo pidiendo mi bendición. Humildemente, con vergüenza, un hombre pecador y sacerdote imperfecto impartió su bendición a un santo y erudito, un hombre

noble empeñado en reformar la Iglesia de Cristo en la tierra.

"Le irá bien, Excelencia", le dije, "¡le irá mejor de lo que jamás imaginó!"

El arzobispo Édouard Joseph Gagnon sonrió y, con firmeza en su alma, se puso en camino.

Cuando el arzobispo Édouard Gagnon salió del ascensor, se encontró con un cardenal Jean Villot muy apagado. Recorrieron el pasillo uno al lado del otro, pero, a diferencia de lo que ocurrió hace cuatro meses, la conversación de esta mañana fue mínima. Cuando llegaron al apartamento papal, los dos guardias suizos que se encontraban a ambos lados de las puertas se pusieron firmes y saludaron con un crujiente taconeo. Villot abrió y sostuvo la puerta para Gagnon y luego lo siguió ligeramente por detrás. "Arzobispo Gagnon", llamó el nuevo Papa desde el otro lado de la larga habitación, "buenos días, Su Excelencia", dijo y se puso de pie para saludar a su invitado.

La famosa sonrisa, ahora dirigida directa y únicamente a él, hizo que Gagnon fuera profundamente consciente de que estaba en presencia del Vicario de Cristo. Aunque en Édouard Joseph Gagnon no había falso orgullo por ningún lado, se sintió profundamente humilde por la sinceridad y la calidez del hombre dueño de esa sonrisa acogedora. Se acercó a él y besó el anillo del pescador, y el pescador le invitó a sentarse en la silla que tenía frente a él.

El cardenal Jean Villot preguntó al Papa si había algo más que pudiera necesitar. El Papa Juan Pablo respondió amablemente que no, y Jean Villot desapareció obedientemente.

Albino Luciani y Gagnon no se conocían muy bien, pero se habían encontrado varias veces. Su respeto mutuo se veía reforzado por la gran admiración que sentían por Giovanni Benelli, quien, como era de esperar, ya había hablado mucho y bien de cada uno de ellos al otro. De hecho, el Papa Luciani y Gagnon sentían que se conocían desde hacía años. Así son las primeras chispas de la amistad.

Antes de entrar en materia, el Papa Juan Pablo hizo saber al Arzobispo Gagnon que compartía plenamente las aprensiones de Pablo VI; que "el humo de Satanás" ciertamente había entrado en la Iglesia y ahora, en un grado muy real, la estaba asfixiando; que muchos de los jerarcas, sacerdotes y religiosos estaban pasando por una crisis de fe.

El Papa Juan Pablo expresó su profunda gratitud al Visitador Apostólico por los tres años de dedicación y laboriosidad que puso en la delicada investigación. "¿Es cierto lo que hemos oído?" preguntó el Papa Juan Pablo, "que los vándalos irrumpieron en sus habitaciones y oficinas ¿por esta investigación? ¿Que recibió amenazas de muerte?"

"Es cierto, Su Santidad".

"¿Por qué no solicitó alojamiento dentro de la Ciudad del Vaticano?"

"¿Santo Padre?" preguntó Gagnon para aclararse.

"Por seguridad. Para su protección personal".

Al entender la pregunta, Édouard Gagnon no pudo evitar reírse.

"¡Santo Padre!", se rió, *"Saltare dalla padella nella brace* (¡¿Salir de la sartén al fuego?!)", preguntó, "Con todo respeto, Santo Padre", Gagnon no pudo borrar del todo la sonrisa de su cara, "Esos sinvergüenzas -los que saquean habitaciones y amenazan vidas;" miró directamente al Papa, "¡¿dónde cree que viven?!".

El rostro inocente de Juan Pablo registró simultáneamente incredulidad y credulidad.

"¡Madonna Santa!", exclamó.

"No, no", Gagnon negó con la cabeza, "estoy bien donde estoy, Santo Padre. Vivo a dos puertas de un acusado de terrorismo palestino, y me siento mucho más seguro allí de lo que creo que Su Santidad se siente aquí."

Todo el comportamiento del pontífice cambió visiblemente. Apenas se detectaba un rastro de sonrisa y concentró más su atención en los comentarios y observaciones del Visitador Apostólico. Se desabrochó tres botones de la sotana y sacó del bolsillo del chaleco dos hojas de papel dobladas con notas escritas a mano. Luego acercó varias hojas en blanco y se aclaró la voz.

"Como Su Excelencia puede imaginar, hay una serie de temas sobre los que nos han aconsejado que le escuchemos a puerta cerrada", comenzó, obviamente siguiendo las instrucciones de Giovanni Benelli al pie de la letra, "tres de estos asuntos nos gustaría abordarlos de inmediato".

"Por supuesto, Santo Padre".

"En primer lugar, se han formulado acusaciones muy graves en contra de varios miembros de la Curia. Yo mismo -dijo, olvidando el plural majestuoso- he visto una lista de nombres y he escuchado estas acusaciones desde hace dos o tres años", dijo, "mis preguntas directas a usted son: ¿Hay algo de cierto en estas acusaciones? Si es así, ¿sabe quiénes son y cuántos son? Y, de nuevo, si es así, añadió el Papa con cautela, ¿puede justificar estas afirmaciones con pruebas verificables?", preguntó, y cogió lentamente uno de los dos bolígrafos que tenía a su disposición.

Gagnon levantó su bolsa de libros de cuero negro, la colocó sobre el escritorio, la abrió y sacó tres tomos. Explicó brevemente cada uno de ellos: el más grueso contenía una historia cronológica de su investigación, con resultados significativos obtenidos de cientos de entrevistas persona a persona, departamento por departamento. Un tomo más delgado contenía documentación pertinente. El tomo más delgado de todos contenía su conclusión y sugería las medidas que debían tomarse para remediar "los problemas más graves" que -como el propio Gagnon aclaró con precisión al nuevo Pontífice- *"avevo*

*scoperto o, con il permesso di Sua Santità, 'dissotterrato'"* [he descubierto o, con el permiso de Su Santidad, 'desenterrado'"].

El arzobispo abrió el volumen central por una de las varias pestañas que sobresalen y giró el tomo de cara al Papa.

Los ojos de Juan Pablo se movieron al escudriñar las dos páginas, por lo demás, permaneció inmóvil y en silencio. Gagnon se preguntaba: ¿Sabía que tenía la boca abierta?

"Documento cuarenta y uno:" El arzobispo Gagnon interrumpió la muda quietud del pontífice y colocó su dedo índice en la parte superior de la página, "Su Eminencia, el Cardenal Sebastiano Baggio; Documento cuarenta y dos: Su Excelencia, el obispo Annibale Bugnini".

Las tres páginas siguientes contenían testimonios de acompañamiento sobre la veracidad de los documentos.

Cuando el Papa Juan Pablo terminó de leer, miró a Gagnon con gran seriedad: "¿Cómo hemos llegado a estos documentos?" "Ambos fueron obtenidos a través de Sus Eminencias, los cardenales Dino Staffa y Silvio Oddi. El cardenal Staffa murió el año pasado. Pero en 1975, el entonces Secretario Benelli se puso en contacto conmigo y me pidió que me reuniera con Staffa en persona. Lo hice, por supuesto, y escuché todo lo que el buen hombre tenía que decir. Incluso antes de que el cardenal Staffa se pusiera en contacto con Benelli para hablar de este material, había pedido a los agentes especiales de la Interpol que investigaran estos documentos. Estos informaron que los documentos eran auténticos. El cardenal Staffa, junto con el cardenal Oddi, que había realizado su propia investigación, llevaron los documentos al Santo Padre. Ciertamente, el Cardenal Benelli puede darle un informe mucho más detallado de todo el asunto, si lo desea. Él, y no el cardenal Villot, estuvo presente en esa reunión con el Papa Pablo VI, Staffa y Oddi".

"¿Obispos masones?" Juan Pablo murmuró, "Usted es un abogado canónico...", miró a Gagnon, pero no terminó su pensamiento. No tuvo que hacerlo; el arzobispo lo hizo por él.

"Cualquier católico -laico o clérigo- que entre en la masonería, incurre en excomunión automática. Canon 2335", citó.

"Excomunión..." Juan Pablo murmuró la horrible palabra, "... para poner la salvación de sus almas en tal..."

"Por terrible que sea, Santo Padre", intervino el arzobispo Gagnon, "¡mucho peor es el daño que estos dos hombres han infligido a la Iglesia de Cristo!"

"El arzobispo Bugnini dirigió las reformas litúrgicas después del Concilio, yendo mucho más allá del mandato de los Padres Conciliares, creando de hecho nuevos ritos litúrgicos y sacramentales. Invitó a eruditos protestantes para que participaran en la "renovación"

de la liturgia romana, una renovación que parece más bien una reinvención. La "experimentación" litúrgica ha sido desenfrenada, haciendo un juego de los ritos más solemnes de la Iglesia. Y él presidió esta revolución".

"Somos conscientes", dijo el Papa en voz baja. "Pero el arzobispo Bugnini ha sido destituido", añadió con cierta debilidad.

Es cierto; ya se han hecho cargo del obispo Annibale Bugnini, ex secretario de la Sagrada Congregación para el Culto, y orgulloso arquitecto del *Novus Ordo Missae* [1969], la llamada "Nueva Misa", -técnicamente sí.

"En cuanto al cardenal Baggio, Su Santidad", Gagnon se adelantó, "aquí tiene a otro hombre muy peligroso que defiende los ideales masones. No, no, Santo Padre", Gagnon se detuvo bruscamente, "No es un 'hombre muy peligroso que defiende los ideales masones'... ¡No! Como demuestran las pruebas, un obispo que, por su asociación con la masonería, está excomulgado de facto... ¡y sigue vetando y nombrando a todos los obispos católicos del mundo!"

La gravedad de permitir que Sebastiano Baggio, cardenal y masón, continuara como Prefecto de la Sagrada Congregación para los Obispos era simple y completamente intolerable. Casi él solo, el "Hermano Sebastiano", como se le llamaba en la documentación, había elegido a los líderes católicos de todo el mundo desde 1973.

Finalmente, el Papa Juan Pablo rompió su largo y reflexivo silencio:

"Sabe, Excelencia, el Cardenal Benelli insiste en que me enfrente a Baggio. Dice que la única manera de librarse de un buitre es mostrarle una percha más alta".

"No sé si le sigo, Santo Padre".

"El Cardenal Benelli sugiere que nombre a Baggio para Venecia".

La sorpresa de Édouard Gagnon se manifestó: "¿Venecia? ¿Intentar llenar sus zapatos? ¿Dice que es una sugerencia del cardenal Benelli?"

"Dice que es la única manera de que el cardenal Baggio se vaya tranquilo. Teniendo en cuenta todos los años de comprobación de antecedentes, informes y archivos personales sobre sacerdotes y obispos que han llegado a manos del Prefecto con el fin de nombrar obispos, al cardenal Benelli le preocupa que su hermano cardenal esté en una posición única para chantajear a cualquier número de personas importantes y claves."

"¿Me está pidiendo mi opinión sobre esa sugerencia, Santo Padre?"

"Lo estoy haciendo. Sabe a qué nos enfrentamos. Conoce al hombre. Ya sabe lo delicado de la situación".

Después de un momento de reflexión, el arzobispo Édouard Gagnon habló con moderada reserva: "Si el cardenal Benelli dice: '¡Mándelo a Venecia!', entonces lo enviaría a Venecia. Además, si el cardenal Benelli me dijera que yo mismo me enfrente a él y le entregue sus

papeles de salida, entonces le diría a dónde ir, y el camino más rápido para llegar allí". En otras palabras, Santísimo Padre: Usted, Papa Juan Pablo, debe enfrentarse al mal en persona; Usted, Papa Juan Pablo, debe librar a Roma del mal".

"Eso, mi querido hermano, es exactamente lo que temíamos que dijeras", respondió, logrando reunir sólo una media sonrisa. "Que Dios se apiade", añadió en voz baja.

"¿Está preparado Su Santidad para un cambio de escenario?" Preguntó Gagnon: "El mundo de las finanzas del Vaticano espera. Debo advertirle, Santo Padre, que esto, como todo lo demás, también requiere su atención urgente... Debo advertir además que las finanzas del Vaticano, como casi todo lo que he encontrado en estos últimos años, no es ajeno a la masonería. De hecho, han tenido un gran control sobre la Iglesia".

"¿No es de extrañar, querido hermano, que nuestro predecesor de feliz memoria retrocediera al oír todo esto?"

"La verdad es, Santo Padre, que ha heredado una Iglesia en una confusión terrible. Aunque la situación es grave, puede y debe ser abordada ahora. Tengo toda la esperanza de que Su Santidad, con el Cardenal Benelli como Secretario de Estado para ayudarle, pueda ocuparse de esto. Todavía hay tiempo. Se puede hacer".

"Que Dios nos ayude", rezó el Papa.

"¿Continuamos, Su Santidad?"

Unos diez minutos después del Ángelus, escuché: *"¡Monsignore!"* y levanté la vista de mi libro para ver a un policía saludando en mi dirección. "Su Excelencia ha llegado". Era el arzobispo Édouard Gagnon que se dirigía hacia mí. Incluso desde la distancia vi la sonrisa en su rostro. Salté y corrí a abrirle la puerta. Le quité su bolsa de libros, mucho más delgada y ligera, esta vez sin una palabra de protesta por su parte.

Apenas había retomado mi lugar al volante cuando lo miré y le pregunté a bocajarro en español: "¡¿Y?!"

"¡Tenemos mucho que agradecer! El Todopoderoso nos ha hecho el bien de enviarnos al hombre adecuado para estos tiempos difíciles. Me pregunta ¿cómo ha ido, don Carlo? repitió y sonrió ampliamente mientras bajábamos alrededor de la basílica, "le diré: el Santo Padre en persona y la audiencia fueron más de lo que me había atrevido a esperar. Y, créame, en relación con todo este asunto y esta importantísima audiencia con el nuevo Papa, ¡me atreví a esperar mucho! La confianza mutua fue inmediata, casi palpable. Respondí a todas sus preguntas con la mayor claridad posible. Él escuchó con algo más que sus oídos, muchacho; escuchó con su corazón; escuchó con su alma católica"

"¡Wow!" exclamé, "¿Tan bien ha ido?"

"Créame; sí".

"¿Qué clase de hombre es él, el nuevo Papa?"

"Santo y sabio", contestó y asintiendo, estuvo de acuerdo consigo mismo, "No hay duda", continuó, "el Papa Juan Pablo y el Cardenal Giovanni Benelli son exactamente lo que la Iglesia militante ha estado esperando y rezando durante dos décadas. Están en condiciones de eclipsar a Sarto [el Santo Papa Pío X] y a Merry del Val [el talentoso y capaz Secretario de Estado de Pío X]".

Nunca había visto al arzobispo Édouard Joseph Gagnon tan exultante, tan absolutamente satisfecho con la vida. Casi irradiaba contentamiento.

"El dominio completo de la Congregación de Obispos está a punto de ser liberado". Luego se volvió y me miró. "Sabes, casi siento pena por Bugnini".

"¿Perdón? ¿Por Bugnini?" Respondí de forma precipitada, "¿Qué le haría sentir lástima por ese villano?"

"Qué tragedia para un hombre perder su alma; que tenga que pagar esa penalidad. ¿Y para qué? Nunca lo entenderé. Al menos, espero no poder hacerlo nunca". Miró por la ventanilla lateral y habló más suavemente, para sí mismo: "Y desde tan lejos, tener que ver cómo se desmorona y se desintegra aquello por lo que vendió su alma".

Me pareció claro que la distancia de la que hablaba era mucho, mucho mayor que la que hay entre Roma y Teherán.

Por supuesto, los logros del día requerían al menos una pequeña celebración, y más tarde esa noche, Gagnon, Marini y yo, nos dirigimos al Bar y Pizzería Doce Apóstoles, en la *Piazza dei Dodici Apostoli.*

Gagnon no entró en detalles sobre su audiencia especial con el Papa, aparte de declarar que fue "tremendamente éxitosa", a lo que también añadió, para cubrirse las espaldas: "Hasta ahora".

Tras el primer gran "saludo" a "Su Santidad, el Papa Juan Pablo", Mario Marini preguntó sin rodeos: "¿Mencionaste mi caso al Papa?"

Édouard Gagnon dejó su jarra de cristal, le miró y dijo: "Tenía que tomar una decisión esta mañana. O bien ayudaba a trazar el futuro de la Iglesia católica romana con el Vicario de Cristo en la tierra, de cuya preciosa, plena y concentrada atención disponía durante un periodo de tiempo muy limitado, o bien aprovechaba ese tiempo para explicar al Vicario de Cristo la injusta situación de monseñor Mario Marini.

"Elegí lo primero -por lo que, amigo mío, no me disculpo- sobre todo sabiendo, como tú, que tu caso se resolverá muy pronto, cuando el Papa nombre a su nuevo Secretario de Estado.

"Todos debemos aprender a ser pacientes, Mario", dijo y levantó su jarra. "El momento y el lugar y el hombre adecuado están a la vuelta de la esquina", dijo y añadió el segundo brindis de la noche: "¡Por Su

Eminencia, el cardenal Giovanni Benelli!”

“Y a la paciencia”, me atreví a añadir.

# “BUENAS NOCHES, SANTO PADRE”

28 de septiembre de 1978

Albino Luciani había sido siempre un hombre de oración. Mucho antes de su ordenación sacerdotal tenía la disciplina de comenzar cada día con el Oficio Divino y la meditación. Tras su ordenación en 1935, a ese “amanecer de oración” le seguía usualmente la misa.

Esa mañana, sentado ante el Sagrario en la silenciosa tranquilidad de su capilla privada, el Papa Juan Pablo no podía mantener su mente centrada ni sus pensamientos organizados. Una batalla interior con decenas de peleas recurrentes invadía cada una de sus piadosas intenciones.

La inestimable experiencia de Giovanni Benelli, sus sinceras charlas de motivación, sus claras indicaciones, junto con los detallados resultados de la investigación curial de Édouard Gagnon, sus observaciones personales y sus ánimos para seguir adelante, reforzaron sin duda la determinación del Papa. Sin embargo, cuanto más se acercaba el temido encuentro cara a cara con el cardenal Sebastiano Baggio, más aumentaba su malestar. Se trataba de la primera batalla definitiva de su pontificado, y tanto Benelli como Gagnon le habían asegurado que no podía evitarse ni posponerse. De vez en cuando apartaba los ojos del Sagrario y del Crucifijo para consultar su reloj. Todavía tenía que soportar doce horas y media de inquietante expectación.

A las diez de la mañana, el Papa cogió el teléfono en su estudio y llamó a la oficina de la Sagrada Congregación para los Obispos. Con cierta timidez, preguntó si el cardenal Sebastiano Baggio estaba libre para atender su llamada. Cuando le preguntaron quién llamaba, Juan Pablo respondió simplemente “*il Papa*”. El empleado, nervioso, irrumpió ante su superior y un grupo de obispos africanos para informarle de la llamada.

El Papa Juan Pablo expresó su deseo de reunirse con Baggio ese mismo día. Cuando el cardenal respondió que su agenda estaba especialmente cargada y preguntó si podían reunirse al día siguiente, el Santo Padre le propuso verle después del horario de oficina. “Esta tarde entonces, en mi estudio”.

“Como desee Su Santidad”, aceptó el Prefecto.

Unos minutos antes de las ocho de la noche, un fuerte golpe en las puertas de los apartamentos papales anunció la llegada del cardenal. Era una hora inusual para una reunión, y también era inusual que no hubiera nadie más presente. A los guardias suizos les dijeron que esperaran al cardenal. La puerta se abrió y el cardenal Baggio entró.

Los dos hombres, posiblemente las figuras más poderosas de la Iglesia Católica, se enfrentaron a través del escritorio. La tensión era palpable. La urgencia de la reunión, y el hecho de que el Papa no quisiera posponerla ni un solo día, hicieron pensar al cardenal Baggio que había llegado el momento de rendir cuentas. El arzobispo Gagnon y su bolsa de libros negros, repleta de documentación de sus tres años de intensa investigación, estaban muy presentes en la mente del cardenal. Había sido acusado de tener vínculos con la masonería durante el pontificado de Pablo VI, y había negado categóricamente y con vigor la acusación. Pero éste era un Papa diferente, no un hombre con el que había trabajado durante muchos años. El nuevo Papa, un extraño, estaba libre de las lealtades y celos que abundaban en los círculos curiales. Y había visto a Gagnon apenas unos días antes. ¿Cómo lo abordaría a él este nuevo ocupante de la Cátedra de Pedro?

El Santo Padre tenía sus propias razones para sentirse inquieto. De naturaleza conciliadora, se enfrentaba ahora -tan pronto en su pontificado- a una situación emocional y desconcertante. El hombre que tenía enfrente era uno de los miembros de más alto rango de la Curia Romana, un obispo que había prestado muchos años de servicio a la Santa Sede. La forma en que el Papa Luciani abordara las graves acusaciones que había escuchado sobre él, tendría repercusiones en toda la Curia. No importaba el camino que eligiera, su acción lo haría instantáneamente amigo o enemigo de muchos. Y, si había que creer al cardenal Benelli, el cardenal se resistiría a los esfuerzos por ser destituido y podría ser implacable defendiendo su posición. La gravedad de las pruebas hacía evidente que había que hacer algo importante ahora, inmediatamente. El escándalo ya se había cocinado a fuego lento durante demasiado tiempo. Durante todo el día, el Santo Padre había sentido la angustia de este encuentro en el fondo de su alma. Qué tentador habría sido posponerlo, aunque fuera un día, como había sugerido el Prefecto. Pero, una vez tomada su decisión, el Papa estaba decidido a actuar rápidamente, para que su valor no le abandonara.

La reunión duró unos cuarenta y cinco minutos. Nadie más estuvo presente, y los únicos testigos del asunto -los guardias suizos-, reportaron que se alzaron voces, lo que sugiere que fue muy conflictiva. Nadie, aparte del cardenal Baggio, supo lo que se dijo, ni qué pensamientos llenaron su mente al cerrar la puerta.

ø

Incluso con un ojo entreabierto, pude ver que era media noche. Me di la vuelta, con la intención de seguir durmiendo. Los golpes en mi puerta comenzaron de nuevo.

*"¿Chi è? ¿Cosa c'è?"* Pregunté.

Quien estaba al otro lado de mi puerta llamaba con tanta fuerza,

rapidez e incesantemente, que no podía oírme hablar y preguntar quién era y qué quería.

"¡Charlie! Soy yo: ¡Fernando! ¡Abre!"

Seriamente molesto -el extravagante alboroto debió despertar a toda la residencia- sin embargo, abrí y entró mi amigo y compañero de clase costarricense. De repente, estaba más confundido que irritado. Esto no tenía sentido. Luis Fernando Soto vivía al otro lado de la ciudad, del otro lado del Tiber, en San Anselmo, en la colina del Aventino. ¿Qué estaba haciendo aquí, y a esta hora? Estratégicamente hablando, ¿cómo había superado nuestras tres líneas de defensa: los sirios, los israelitas y, lo que es más grave, cuando se les provoca antes del desayuno, ¿las monjas libanesas?

En cualquier caso, allí estaba Luis Fernando, en estado de shock.

"¡Está bien! ¡Cálmate! ¿Qué es lo tan estremecedoramente importante? ¡¿Qué?! ¿Se ha muerto el Papa?" Lo pregunté sólo para ilustrar lo que quería decir con 'estremecedoramente'.

Observé cómo Luis Fernando se quedaba boquiabierto y sus ojos, antes sorprendidos, se abrían aún más.

"¿Quieres decir que ya lo sabías?", preguntó con asombro incrédulo. "¿Cómo?".

Ahora estaba completamente despierto y no encontraba las payasadas de Fernando en lo más mínimo divertidas. "¿Cómo que cómo? ¿Tardó esa noticia un mes en llegar al Aventino?".

"Charlie, acabo de llegar de la misa en San Pedro: el Papa, el nuevo Papa, el Papa Juan Pablo: ¡Ha muerto, Charlie! Pon la Radio Vaticana y escúchalo tú mismo".

Encendí el Grundig y sintonicé el canal hasta que oí claramente una voz masculina que confirmaba solemnemente la afirmación de Luis Fernando.

"Lo han matado", dijo el costarricense conmocionado, "Han asesinado al Papa".

Un rápido golpe en mi puerta abierta reveló a un infeliz y gruñón Mario Marini. "¡Haces tanto ruido aquí como para resucitar a los muertos! ¿Qué demonios está pasando aquí?"

"¡Basta! ¡Entra y escucha esto!" ordené y subí un poco el volumen de la radio. El locutor masculino repetía en italiano: "Después de un pontificado de treinta y cuatro días, el Santo Padre, el Papa Juan Pablo, ha muerto..." De fondo, la campana más profunda de la basílica tocaba lentamente los sesenta y seis años del pontífice en la tierra. Mario Marini se desplomó en mi silla de lectura. Se persignó y escuchó atentamente cada palabra del comentario de la radio.

Me apresuré a bajar descalzo el frío suelo de mármol para informar a nuestros otros dos residentes del tercer piso. Llamé primero a la puerta del arzobispo Gagnon e inmediatamente después a la del

arzobispo Capucci. Con un segundo de diferencia, ambas puertas se abrieron y dos miradas de asombro me observaron. Desde el pasillo, en francés, anuncié la alarmante noticia.

*"Mais, tu as fait un cauchemar, Père Charles!"* Capucci remarcó.

"Una pesadilla, sin duda, Excelencia; pero no sólo mía. El Santo Padre ha muerto. Ponga la Radio Vaticana".

Luego, aparte en español, le dije a Édouard Gagnon que Mario Marini y yo estábamos en mi habitación y que debía venir.

"Voy", respondió.

"Gagnon viene en camino", le dije a Marini en cuanto volví a entrar en mi habitación. Llamé a mi amigo costarricense y le pedí que fuera a la cafetería de la esquina por cuatro cafés con leche y *cornetti*.

Apenas se fue el seminarista, llegó el arzobispo. Le cedí a Édouard Gagnon la silla del escritorio y me senté en la esquina de la cama. Durante diez minutos, los tres escuchamos la radio con gran atención. Parecía surrealista: ¿realmente podíamos estar escuchando esto? Una cosa es segura: el vigor con el que el arzobispo Gagnon sacudía la cabeza dejaba claro que no se creía la simple explicación del "ataque al corazón". Cuando se informó que el pontífice había sido encontrado en una posición serena y dormido, sosteniendo un ejemplar de "La imitación de Cristo" en sus manos sin vida, resultó ser demasiado para mis dos invitados de la madrugada.

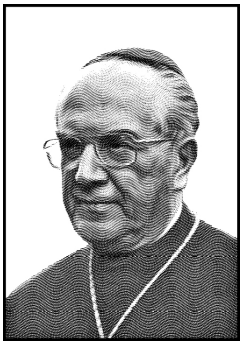
"Es como la mayoría de las cosas que tocan...", murmuró enfadado el arzobispo Gagnon. No terminó la frase. No era necesario. Era evidente que esta muerte le afectaba enormemente.

"¡Masones asquerosos!" Mario Marini escupió las palabras.

No estábamos en desacuerdo con él, Gagnon nos miró a ambos y sugirió, "ofrezcamos una oración por el descanso de su alma".

Nos pusimos de pie y con antiguas oraciones en latín imploramos la misericordia del cielo sobre el alma de nuestro difunto pontífice y también sobre la nuestra. Como siempre, el arzobispo Gagnon ofreció nuestras oraciones al Dios Trino, por intercesión de la Santísima Virgen. Justo antes de terminar, se detuvo y nos invitó a Mario y a mí a invocar con él una poderosa figura celestial. Intensamente, con los ojos fuertemente cerrados, comenzó: *"Sancte Michael Archangele...* [Arcángel San Miguel, defiéndenos en la batalla, sé nuestra defensa contra la maldad y las asechanzas del demonio. Que Dios lo reprenda, pedimos suplicantes, y tú, oh príncipe de la milicia celestial, con el poder de Dios, arroja al infierno a Satanás y a todos los espíritus malignos que vagan por el mundo buscando la ruina de las almas. Amén"].

*El Cardenal Sebastiano Baggio*



# UN PASEO POR EL JARDÍN

8 de octubre de 1978

La proximidad del cónclave estaba teniendo un efecto positivo en mi amigo Mario: sus quejas por su despido de la Secretaría de Estado, sus desplantes contra el cardenal Jean Villot por esa grave injusticia y sus lamentos por su traslado del *centro de las cosas* al colegio de los jesuitas en EUR habían disminuido considerablemente. La atención de mi mentor había vuelto al panorama general.

Marini estaba hablando con el arzobispo Gagnon: "Bien, monseñor, después de haber hecho un ensayo general extraordinario, los cardenales aún vivientes se reunirán de nuevo el día 14 catorce.".

"Sí, este sábado", observé, contento de añadir algo, aunque sea escaso, a la conversación de estos dos "por encima y más allá" caballeros expertos.

Como esa misma noche habíamos quedado con monseñor Zannoni para cenar, los tres decidimos renunciar al pranzo y aprovechar el fresco clima otoñal y la tranquilidad del mediodía de un domingo romano para dar un largo paseo por los jardines de *Villa Schiarra*.

Por supuesto, me maravillé de cómo estos dos hombres ya sabían -o parecían saber- o creían saber -la identidad del próximo Papa. Hablaban de un hombre del que nunca había oído hablar; ¡un cardenal de Polonia! Qué absurdo, pensé, un papa polaco.

Sin embargo, recordé claramente la llamada por teléfono de Rávena/México en la que Mario nombró a ese "próximo Papa", Albino Luciani, aunque en "código San Malaquías". En esa ocasión, también habló de una posibilidad no italiana. ¿Podría ser este hombre? Mis amigos predecían que en cuestión de días, ese candidato extranjero sería elegido. "De hecho", nos dijo Gagnon, "el cardenal Karol Wojtyla es el candidato de Benelli. Creo que sería un buen Papa".

"Con Benelli como secretario de Estado", saltó Marini, "¿cómo no va a ser un buen Papa?".

"¿Y Benelli?" Pregunté: "¿No podría ganar las elecciones él mismo?"

"Bueno..."

"Puedo decirle esto", respondió Édouard Gagnon, "el cardenal Benelli posee dos cualidades sobresalientes, dos que eclipsan sus muchas otras. Son la honestidad y el pragmatismo.

"Y determinación", no pudo resistirse Mario a añadir: "El hombre tiene una voluntad de acero".

"Gracias a ello", continuó Gagnon, "nada del cónclave de agosto pasó desapercibido para él. Nada". Frunció los labios e inclinó la cabeza en una especie de admiración maravillada por el hombre. "De

nuevo, porque es honesto, pragmático y decidido", asintió a Mario, "Benelli entró en el último cónclave sabiendo que no sería elegido. Entró con un objetivo principal en mente: evitar que el liderazgo de la Iglesia Católica fuera usurpado por un masón que, de ser elegido Papa, supervisaría la ruina de la Iglesia."

La declaración casi me hace caer.

Pasó un momento de silencio.

"Sabes, escuché una entrevista al cardenal Baggio en Radio Vaticana el día después de la muerte del Papa", dije. "Querían saber su reacción a la noticia. Su respuesta*: 'Che colpo'* [Qué golpe]. Cuando el mismo reportero entrevistó al arzobispo de Milán, el cardenal Colombo, éste respondió: Hablé con él hace sólo unos días y parecía maravilloso, con buena salud", o palabras por el estilo. Pero cuando le preguntaron a Baggio, la última persona que lo vio con vida, sólo pudo decir dos palabras: *["Che colpo"]*.

Mis dos acompañantes asintieron con la cabeza. Nos sentamos en un banco para observar los jardines.

Decidí agitar un poco las cosas, y así continué: "Sabes, Mario, el Vaticano acaba de publicar otra declaración, una 'aclaración', de que Papa Luciani murió de un ataque al corazón". Lo dije con evidente escepticismo.

Mi amigo mordió el anzuelo: "Villot y Casaroli han estado diciendo eso, o versiones de ello, desde el principio. Lo que cambia son los adornos en torno al infarto. No pueden mantener sus historias coherentes. Deberían sentarse y ponerse de acuerdo con una sola historia, y luego ceñirse al guión".

Y continuó: "Desde el principio, ¿no dije que era absurdo eso de que el Papa Luciani murió en la cama mientras leía 'La imitación de Cristo'? Lo dije: los envenenamientos o los infartos dejan el cuerpo de la víctima convulsionado -no durmiendo en paz, con las gafas de leer bien puestas y las dos manos sosteniendo un libro abierto..."

Observé la expresión de Édouard Gagnon. No estaba en desacuerdo con lo que estaba escuchando.

"Si estaba leyendo algo", continuó Marini, "¡era una lista de cambios urgentes que tenía que hacer en la Curia Romana! Podría haber sido la propia lista de *Monsignore*", dijo, reconociendo los esfuerzos de Édouard Gagnon en la causa urgente de la reforma de la Curia. Mi amigo se empezaba a enfurecer: "Y que en estos tiempos el francés [Villot] se negara a autorizar la autopsia del Vicario de Cristo -el líder espiritual de más de quinientos millones de católicos, un hombre que todo el mundo sospecha que fue asesinado por su propia guarida de víboras- ¡es una de las cosas más escandalosas y audaces que he oído en mi vida! Y, créanme," levantó su mano abierta como si hiciera un juramento: "Cuando se trata de cosas escandalosas y audaces, ¡he oído

suficiente como para tres vidas completas!”.

Esperé a que Mario Marini se calmara antes de preguntarle al arzobispo Gagnon: “Y usted, Excelencia, ¿cree que la muerte del Papa Luciani implicó un juego sucio?” Quería preguntar: “¿Cree que el Papa fue asesinado?” pero no me sentía cómodo siendo tan directo.

Tardó en responder. Pude ver la seriedad con la que consideró mi pregunta. Sabía que se la había formulado con toda sinceridad. ¿Me consideraba demasiado joven para soportar la verdad de la misma? ¿Buscaba la manera de responder honestamente sin escandalizarme?

Se levantó, se quitó el polvo del asiento de sus pantalones negros y reanudamos la marcha.

El crujido de la grava bajo los pies exageraba el crudo silencio.

“Hay un gran número de formas en que un hombre puede ser asesinado,” dijo finalmente “Hasta aquí estaría de acuerdo conmigo, ¿no?”

“Absolutamente”, concedí con entusiasmo.

“¿También está de acuerdo en que...?” se detuvo en medio de la frase, “permítame ser muy claro”, advirtió, “estamos hablando aquí teóricamente. ¿Se entiende eso?”

La leve sonrisa que tenía en la cara y la forma en que se alzaban sus cejas parecían decirme -y, según creía, también a Mario- que lo que iba a decir iba un poco más allá de lo teórico.

“Entendido”, afirmé.

“En primer lugar: todas esas habladurías callejeras -sacudió la cabeza-, los rumores de envenenamiento por té o de estrangulamiento por almohada... esas cosas están fuera de la cuestión. Pero podría haber muerto porque los que le rodeaban no le instaron a atender los asuntos relacionados con su salud. En tal caso, la muerte del Santo Padre podría ser el resultado de la incompetencia o la negligencia”. Y continuó: “Si, de hecho, hubo realmente ‘juego sucio’ en este caso, entonces no encuentro irrazonable considerar la posibilidad de que un hombre de sesenta y seis años sea inducido -empujado, si se quiere, más allá de sus límites físicos y emocionales- a un paro cardíaco”.

“Sobre todo cuando esa persona de sesenta y seis años tiene un corazón débil, un historial de problemas coronarios y está tomando medicamentos prescritos para el corazón”, añadió Mario.

“El punto que estoy tratando de hacer es éste”, continuó Gagnon, “Usted pregunta si sospecho de ‘juego sucio’ en la muerte del Papa Juan Pablo. Si lo que quiere decir es si creo que fue asesinado, la respuesta debe ser “no”. Creo que fue asesinado indirectamente -entonces, mi respuesta es, ‘sí’, creo que podría haber sido”.

Mario retomó la pregunta a partir de ahí: “El cardenal Villot afirma que fue la última persona que vio al Santo Padre con vida. El francés está encubriendo a su amigo. La verdadera ‘última persona’ que vio al

Santo Padre con vida fue nada menos que Sebastiano Baggio. Baggio, que discutió con el Papa tan acaloradamente que los guardias suizos ¡oyeron sus gritos en el pasillo exterior! Baggio, que, según he oído, le dijo al Papa en su cara que se negaba, rotundamente, a abandonar el Vaticano, ¡incluso después de que el Papa le ofreciera Venecia! Un trato así, ¿no asustaría a muerte a un hombre humilde y tímido con el peso del mundo sobre sus hombros?"

"Hmmm...", medité para mí, "... ¿asesinato en el grado treinta y tres?".

"¿Perdón?" preguntó Gagnon. "No importa".

Intenté no demostrarlo, pero las palabras de mis amigos me dejaron atónito. Una cosa era escuchar esas cosas en las esquinas de las calles romanas por parte de gente común y corriente con gusto por el chisme y el escándalo, y otra muy distinta era escucharlas de eclesiásticos de alto rango, y especialmente de estos dos, cuya visión y sabiduría yo tenía tan en alto.

Una serie de preguntas pasaron por mi mente. ¿Por qué el Santo Padre no llamó a los guardias para que escoltaran al gritón y nervioso cardenal fuera de su habitación? ¿Qué pruebas sobre el cardenal Baggio había presentado mi amigo al Papa, y qué efecto habría tenido en él la confirmación de acusaciones tan graves contra uno de los hombres más altamente situados en el Vaticano?

Mis pensamientos pasaron de Baggio al arzobispo Bugnini. Era sabido que su "promoción" a Irán por parte del Papa Pablo había significado de hecho la destitución y el exilio. Y, sin embargo, ¡fue el propio Papa Pablo quien trajo al experto en liturgia de vuelta del exilio! Annibale Bugnini había sido asesor durante el pontificado de Pío XII, pero el "buen Papa Juan" lo despidió. Papa Montini lo reincorporó. Y luego le permitió dirigir la aplicación de las reformas litúrgicas ordenadas por los Padres del Concilio, reformas que iban mucho más allá de lo que le habían pedido o imaginado. Recuerdo muy bien un intercambio muy inquietante que tuve con monseñor Marini. Le pregunté: "En otras palabras, ¿la nueva misa, el *Novus Ordo*, fue creada por un masón, un excomulgado que, si muere sin arrepentirse, se presentará ante Dios ya condenado al infierno?" Y él contestó secamente: "No, no 'en otras palabras' - ¡esas son las propias palabras!"

Las pruebas parecían concluyentes de que tanto el arzobispo Bugnini como el cardenal Baggio eran masones. De acuerdo con el derecho eclesiástico de la época, esto significaba que, de hecho, estaban automáticamente excomulgados. ¿Cómo se pudo permitir que este estado de cosas se mantuviera durante tanto tiempo... y en el caso del cardenal Baggio, esto seguía siendo así? ¿Prelados? Eran católicos excomulgados.

Mis pensamientos revoloteaban del pasado y el presente al futuro. Está claro que, ya sea el candidato polaco de Benelli o cualquier otro el elegido, había que lidiar con este lío de una vez por todas. No estaba solo en mis pensamientos silenciosos: El arzobispo Gagnon también estaba pensativo y callado, con el tipo de silencio que los dolientes muestran al lado de una tumba.

# DESDE UN PAÍS LEJANO

16 de octubre de 1978

Dos días antes del segundo cónclave de 1978, me dirigí al Vaticano después de mis clases matutinas en la Universidad Gregoriana. Justo antes de que la *Via della Conciliazione* llegue a la Plaza de San Pedro, hay una calle lateral corta y estrecha: *Via Padre Pancrazio Pfeiffer*. Llamada así en honor al sacerdote bávaro que salvó a cientos de judíos durante la ocupación alemana en 1943, este modesto callejón se pasa por alto con facilidad y, por esa razón, nunca dejaba de proporcionarme un estacionamiento secreto. La ventaja de hoy es que estaba justo al lado de mi librería favorita. Allí me encontré con un amigo sacerdote que trabajaba en la librería, una de mis personas predilectas en Roma.

Nacido en Bérgamo y siete años mayor que yo, Carlo Bertola era miembro de la comunidad religiosa responsable de esa tienda, y me había pedido ayuda para organizar la sección de libros en inglés. Carlo era una verdadera rareza humana: era naturalmente bueno, es decir, bueno por naturaleza. Era el tipo de hombre que -como decía mi bisabuela francesa-: *"Le bon Dieu n'en fait qu'un, chaque vengt-neuf février,* [El buen Dios sólo hace uno, y sólo cada año bisiesto]". Por eso, cuando mi hermano bergamasco me pedía un favor, yo siempre hacía lo posible por complacerle.

Nos arremangamos y empezamos a abordar el problema que teníamos enfrente. Como casi todos los tres mil libros en inglés estaban colocados en estanterías al azar, el primer paso fue sacarlos todos de las estanterías y colocarlos en el suelo, para ser clasificados y categorizados más tarde. Más joven y (presumiblemente) más ágil, fui elegido para subir la escalera y bajar cada uno de los polvorientos volúmenes a Nico, nuestro asistente 'acrofóbico'. Deslizando la escalera de la biblioteca hasta la quinta estantería, hice mi ascenso; desde esta percha, cuando me giré para entregar más libros a Nico, me pareció ver a alguien conocido.

"¡Oye!", llamé a Carlo Bertola en voz baja pero suficientemente alta.

Me miró desde la caja registradora cercana, donde estaba con un cliente, sonrió y dio un "¿Qué pasa?" con la cabeza.

"Identificación: once en punto".

Carlo se giró ligeramente hacia la izquierda, hacia la sección del Misal Latino y el Breviario, echó una mirada al hombre fornido con sotana, abrigo de doble botonadura y sombrero de saturno negro y redondo, y anunció: "Sì, *Signore*".

Me bajé rápidamente, me limpié las manos en una toalla y me

acerqué a presentar mis respetos al cardenal Pericles Felici, presidente de la Comisión Pontificia para la Revisión del Código de Derecho Canónico. Casualmente, éste fue el primer clérigo romano que conocí, a la salida de esta misma librería, cuando tenía diecisiete años.

*"Laudetur Jesus Christus",* le saludé.

*"Nunc et usque in aeternum",* respondió el cardenal, incluso antes de girarse para ver de quién se trataba. Pero, cuando se volvió y vio, la sonrisa fue inmediata, plena y real.

"¡Charlie!", exclamó, "Hace un momento", señaló hacia arriba y hacia la derecha, "¿eras tú el que estaba allá arriba?"

Me disculpé por mi aspecto. Estaba acostumbrado a verme con sotana, cuello romano almidonado y zapatos de cuero negro, pero para esta tarea de limpieza llevaba *jeans* y una sudadera. Lo entendió perfectamente (o así lo dijo) y se rió (o, al menos, se rió entre dientes).

"Todavía no he olvidado tu ordenación", declaró.

"Sí", asentí de buen grado, "hermosa, ¿no? Su Eminencia y el Arzobispo Gagnon ayudaron a hacerlo..."

"Hermosa, ciertamente", interrumpió, "pero yo estaba refiriéndome a la pesadilla física de llegar a la iglesia". Recordó, sacudió la cabeza, miró hacia el cielo y suspiró: "... *¡Madonna Santa!* ¡Qué día, ese! Alborotadores estudiantiles... *¡Delinquenti! ¡Teppisti!* [¡Criminales! ¡Matones!] Protestaban por la muerte de un estudiante romano, 'Valter' o algo así. ¡La muchedumbre engulló nuestro coche! Lo sacudían y gritaban. Si no hubiera sido por la rapidez de pensamiento y la valentía de Monseñor Marini, no sé cómo habría terminado. Esto nos hizo llegar cinco minutos tarde. Todos esperándonos, ... ¡Yo, el único italiano que conozco que llega diez minutos antes para todo! Gagnon habría tenido que proceder sin nosotros. Todavía no sé cómo pude terminar la misa y la ordenación".

"Sabes", añadió pensativo, "aprendí algo ese día. Cuando ves y oyes a los matones comunistas conglomerarse y gritar a pleno pulmón: '¡VALTER VIVE! ¡¡VALTER VIVE!! ¡VIVA VALTER!' imitó discretamente los gritos de los manifestantes, "se puede deducir una cosa, y sólo una cosa".

"¿Y eso es?" Mordí el anzuelo.

"¡Que quienquiera que fuera Valter, ahora Valter estaba muerto!"

Por supuesto, con la muerte del Papa Juan Pablo en de todo el mundo, hablamos de su breve pontificado.

"Hablando de brevedad, Eminencia" continué, "al día siguiente de la muerte del Santo Padre, Radio Vaticana transmitió la entrevista más breve que jamás haya escuchado. Hasta entonces, consideraba que el *"nessun commento"* [sin comentarios] era el más breve desplante que se podía hacer a un periodista molesto. ¡Pero *'Che colpo!'* [¡Qué

golpe!] supera eso por...", me detuve e hice una rápida cuenta con el dedo, "... por seis letras". Ese comentario 'breve' tuvo que haber batido un récord"

"¿Una figura importante? ¿Y eso es todo lo que tenía que decir?" Felici se preguntó.

"Sí", continué, "y como fue la última persona en ver y hablar con el Santo Padre, se podría pensar que tendría más de dos míseras palabras para compartir con un mundo en shock".

La sonrisa en el rostro habitualmente amable de Felici se evaporó. Con una fuerza discreta pero definitiva me tomó del brazo y me guió hasta el rincón más alejado de la librería.

"¿Cómo lo sabes?", preguntó.

"Yo mismo lo escuché. Esas dos palabras exactas fueron la totalidad de la entrevista de Su Eminencia, el cardenal Baggio, en Radio Vaticana", respondí.

"No, no, eso no", dijo despectivamente, "que la persona entrevistada..."

"Cardenal Baggio", afirmé.

"Sí, él. Que fue el último en ver y hablar con el Santo Padre. ¿Cómo lo sabes?"

Me excusé, me dirigí a la caja registradora de Carlo y cogí una revista del estante inferior. Volví, con la revista en la mano, hacia el cardenal que me esperaba, abrí TIME en la página sesenta y ocho y señalé el segundo párrafo de la segunda columna.

El cardenal Felici lo leyó sin comentar nada.

*"¡Ma!",* refunfuñó finalmente, "¿Qué importancia podemos dar a la prensa, hoy?", y pareció desestimar la afirmación de TIME de que "en esa noche, [es decir, la última del Papa en la tierra] el cardenal Sebastiano Baggio, Prefecto de la Sagrada Congregación para los Obispos, fue convocado por el Papa para discutir negocios urgentes". (Ninguna otra publicación recoge este detalle).

Al terminar nuestra conversación, se me ocurrió que el cardenal Felici era el hombre que iba a anunciar el nombre del nuevo Papa, después del cónclave. Recordando al candidato papal en el que Giovanni Benelli había puesto sus esperanzas, y que el cardenal Felici había pronunciado el nombre como "Valter", estuve tentado de decir: "Recuerda ahora: la 'W' en polaco se pronuncia igual que la 'V' en latín; 'V', como en 'WALTER'".

Pero no lo hice.

ø

*"¡Il fumo bianco! ¡Fumo bi-an-co!* [¡Humo blanco!]" me gritó Monseñor Marini al oído. Era la tarde del 16 de octubre, el segundo día del cónclave.

Cogí mis binoculares, me subí al coche, bajé a toda velocidad por el *Gianicolo* y me dirigí a la Plaza de San Pedro. Como uno más en esta multitud de unos doscientos mil habitantes de todas las partes del mundo, me sentí como cada uno de ellos: orgullosamente católico y absolutamente en casa en este mar de gente que no se conocía, pero que se sentía más como una familia que como unos extraños. Me quedé cerca de la colosal estatua de San Pedro agarrando sus llaves, esperando ansiosamente conocer la identidad de su último sucesor.

Esa misma mañana, mientras Gagnon, Marini y yo nos vestíamos para la misa, el arzobispo nos había invitado a poner en nuestras intenciones el éxito del cónclave.

"Rezo por las elecciones todos los días", le dije con sinceridad, "para que se haga la voluntad de Dios". "La voluntad de Dios. Por supuesto...", respondió Gagnon con el tono de un padre comprensivo, "... la voluntad de Dios. Pero, dadas las circunstancias, ¿podría ser un poco más específico? Todo el mundo quiere que se haga la voluntad de Dios. ¿No deberíamos rezar, entonces, por nuestro amigo, un hombre con la inteligencia y el coraje necesarios para que se cumpla?"

"¿Cardenal Benelli?" Pregunté sin necesidad.

"Sí", me respondió Gagnon, "que su candidato esté en completa conformidad con la santa voluntad de Dios", dijo Gagnon y se bendijo.

"Y que nuestra voluntad sea la de Dios", me susurró Marini y concluyó con un sólido "Amén".

Mientras celebrábamos el santo sacrificio de la misa, cada uno ofreció silenciosamente las más queridas intenciones de su corazón. Estoy seguro de que Édouard Gagnon rezó para que llegara el día en que pudiera sentarse con el nuevo Papa y presentar su informe final de investigación. Y, como era un hombre específico en sus súplicas, probablemente rezó para que la reforma del Vaticano se hiciera correctamente, bajo la supervisión directa de su nuevo Secretario de Estado, el cardenal Giovanni Benelli.

No cabe duda de que la oración privada de Mario Marini era para su rápida reincorporación a la Secretaría del Vaticano. Tenía motivos para esperar que esto ocurriera si Giovanni Benelli sustituía a Jean Villot.

Mi oración era insignificante comparada con las de mis superiores: Rezaba para terminar mi doctorado con éxito. También consideraba que mi oración era mucho más fácil de concederse que la de ellos: ¡la mía no requería la intervención del cardenal Giovanni Benelli!

Mis pensamientos volvieron al momento presente mientras esperaba con la multitud. La tarde dio paso a la noche y los potentes focos dirigidos al balcón dieron un fuerte aire de dramatismo a lo que se estaba desarrollando. Cuando se descorrieron las cortinas de la logia, levanté mis binoculares para observar magnificado cada movimiento

de este momento que era más grande que la vida misma.

Las enormes puertas de cristal del balcón central de la basílica se abrieron por completo para revelar una reluciente cruz procesional que emergía, sostenida en alto por un joven acólito nervioso. Detrás de la cruz, un trío de acólitos apareció alrededor del cardenal Pericles Felici. Antes de pronunciar las palabras de la fórmula que todos esperaban escuchar ansiosamente, miró a la inmensa multitud, evidentemente conmovido por el espectáculo, y parecía estar estudiándolo.

Leyó en el gran *Caeremoniale* de tapa roja:

*"Annuntio vobis gaudium magnum..",* declaró, e inmediatamente la multitud estalló en aplausos salvajes y gritos de "¡Viva el Papa!"

Una vez más, el fornido cardenal estudió el mar de humanidad que tenía ante sí, como si intentara grabar este magnífico momento en su memoria y mantenerlo vivo para siempre. Lo vi en su expresión y lo oí en su voz. Parecía muy consciente del honor tan singular que se le concedía en este momento de la historia.

*"... ¡Habemus Papam!"* retomó donde lo había dejado.

El público se volvió aún más salvaje, con vítores más fuertes, ¡y más aplausos atronadores! Felici continuó: *"... Eminentissimum ac reverendissimum Dominum... Carolum...*

"'V' de 'Walter', Eminencia", me dije sonriendo.

"¿Quién ha dicho?", preguntó en voz alta una mujer por si alguien podría saberlo.

*"...Sanctae Romanae Ecclesiae, Cardinalem Wojtyla".*

"¡¿Wojtyla?!" era el nombre en los labios de doscientas mil personas a mi alrededor, y sólo Dios sabía cuántos cientos de millones más en todo el mundo.

Hubo una confusión general sobre quién podría ser este nuevo pontífice.

"¿Africano? *¡Un pape africain!",* exclamó una pareja francesa justo detrás de mí.

Me giré y le ofrecí una corrección amistosa*: "Pas africain",* dije, *"Polonais. De Cracovie. De Pologne",* repetí, pero aparentemente los dejé a ambos sin convencer.

La gente seguía entrando en la plaza, y la multitud superaba ya los doscientos mil espectadores. Muchos se abrazaban, algunos -quizás polacos o de países del Este- lloraban, otros agitaban pañuelos blancos, algunos niños y adolescentes saltaron de alegría, una pareja se besó.

"Bendito sea Dios", me dije, casi en oración, como suspirando de alivio.

Aunque mis amigos me habían dicho repetidamente que elcandidato del cardenal Benelli, *Karol Józef Wojtyla*, sería elegido, hasta ese

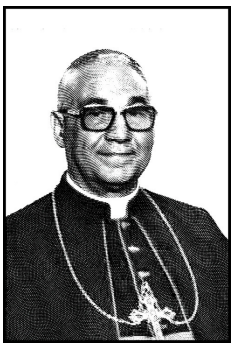
momento, cuando oí al cardenal Felici anunciar el nombre del cardenal polaco desde el balcón de la basílica de San Pedro, no estaba convencido al cien por cien.

En pocos minutos, *Karol Wojtyla,* que había tomado el nombre de su predecesor, Juan Pablo, apareció por primera vez como Papa. Los vítores y aplausos crecieron y crecieron. Sin duda, el breve discurso introductorio del Papa Juan Pablo II desde el balcón le hizo ganarse el cariño de innumerables millones de personas.

Era el momento de volver a casa a toda prisa y brindar por el nuevo pontífice con un trago de aguardiente colombiano del arzobispo Gagnon.

Conduje tan rápido como pude, todo el camino anticipando las sonrisas, los abrazos de felicitación, y tal vez incluso una o dos lágrimas, de mis amigos y hermanos, Édouard Gagnon y Mario Marini. ¿Podía el arzobispo Gagnon esperar una llamada telefónica esa misma noche?

*Pericle Cardinal Felici*



# EL ARZOBISPO ACTÚA

15 de enero de 1979

La Navidad había llegado y se había ido. De hecho, ya habían pasado dos semanas del nuevo año, 1979; tres meses, hasta el día de hoy, del pontificado de Wojtyla, y todavía el arzobispo Gagnon no había sido llamado para presentar los resultados de su investigación en la Curia Romana. Esto, a pesar de los diversos intentos del cardenal Giovanni Benelli por conseguir una reunión entre el Papa y el arzobispo.

Cuando el Papa Juan Pablo II reconfirmó al arzobispo Édouard Gagnon como presidente del Comité Pontificio para la Familia, le comunicó que esperaba un encuentro privado con él "para hablar de importantes asuntos de Estado". El encuentro, sin embargo, tendría que esperar hasta su regreso de México, después del primero de febrero.

Consideré que era una buena noticia, pero nadie más, incluido el arzobispo Édouard Gagnon, compartía mi optimismo. Y aunque la confirmación por parte del Santo Padre de Gagnon como Presidente del Comité Pontificio para la Familia era una muy buena noticia, la muy mala era que el nuevo Papa había reconfirmado a todos los demás en la Curia Romana en el mismo puesto que tenía bajo el Papa Pablo VI. En otras palabras, el cardenal Sebastiano Baggio seguía a cargo de los obispos del mundo, y su amigo, el cardenal Jean Villot, seguía siendo Secretario de Estado del Vaticano.

Por aquel entonces, decidí organizar una cena en honor del Arzobispo Gagnon en su sexagésimo primer cumpleaños. Elegí un lugar para elevar el ánimo, al menos durante unas horas:

*Fantasie di Trastevere.* Monseñor Marini se mostró reticente: "En primer lugar, aunque Gagnon esté de acuerdo, ¡no me vas a arrastrar a un cabaret de Trastevere para pasar la noche!". Hice una mueca agria: "¿Qué 'cabaret'? El *Fantasie* es un antiguo teatro del siglo XIX, reconvertido en restaurante con una comida estupenda y una 'revista musical'. Y la música y el canto son extraordinarios".

"Y las mujeres semidesnudas", objetó.

Tardé un minuto antes de dejar de reírme.

"Escucha, una vez fui allí con unos amigos americanos. La mujer más joven que recuerdo en el escenario era una soprano de unos cuarenta años. Creo que eres lo suficientemente hombre como para soportar la tentación", dije y empecé a reírme de nuevo. "Es sobre todo música italiana de los años 30 y 40 -con un tenor que canta una pieza de la *belle époque"*. De repente, Marini pensó que *Fantasie* era una gran idea.

Cuando llegamos el domingo 14 de enero de 1979 por la noche, el

propietario nos acompañó a un balcón aislado, a la izquierda del escenario. Allí pudimos hablar libremente. Era obvio que a mis dos amigos les había gustado mucho el lugar.

"Invité a Zannoni y a Lobina", dije en cuanto estaban sentados.

"Déjame adivinar", Mario apoyó ambos codos en la mesa y fingió reflexionar un momento. "Lobina dijo: 'Tengo demasiado trabajo en el caso legal de Mario'", dijo mi amigo en un italiano con acento sardo, "además, tengo que dar una conferencia por la mañana temprano en el Laterano, y debo estar brillante; ¡mis estudiantes me lo exigen!" Gagnon y yo nos reímos de como imitó al abogado. "Zannoni, en cambio, te ha dicho que es demasiado tarde para él, que se retira temprano, aunque la verdad es que nunca va a ningún sitio donde pueda sentirse incómodo con sotana y alzacuellos".

Por supuesto, Mario tenía toda la razón en ambos casos, y todos soltamos una buena carcajada. "En cualquier caso", dije, "ambos le envían saludos de cumpleaños y oraciones,

*Monseigneur"*. "Buenos hombres, los dos", dijo Gagnon con la satisfacción de sentirse bendecido con esas amistades. "Zannoni es el mero auténtico, un verdadero santo. Que Dios lo bendiga".

"Así que eso nos deja a nosotros", dijo Mario mientras llenaba nuestras copas con el rojo de Montepulciano. "Por usted, monseñor", comenzó Mario el brindis y levantamos nuestras copas, "por todo lo que ha dado a la Iglesia, y por todo lo que ha hecho por ella a lo largo de su vida. Que Dios le recompense cien veces en esta vida y le dé el cielo para siempre. Y por nuestra amistad -añadió y nos hizo un gesto de reconocimiento a cada uno de nosotros-, ¡el mayor regalo de Dios para nosotros, simples mortales! ¡Feliz cumpleaños!"

Tras varios minutos de charla, tomé un sorbo de vino, me aclaré la voz y solté: "Hablando del cardenal Benelli, ¿alguien ha tenido noticias del buen hombre últimamente?"

Mario Marini soltó su bajo "gna, gna, gna", "sabe, *Monsignore"*, miró a Gagnon directamente a los ojos, *"Questi Americani*", sonrió, "es lo que siempre he admirado de ellos; no se detienen en la ceremonia. No, *¡signore!* Van al grano".

"Bueno, sí", dijo Édouard Gagnon, "hablé con él justo el jueves pasado. Está tratando de agendar la audiencia con el Papa, para que yo pueda entregar y explicar el informe de la visitación".

"¡Es una gran noticia!" exclamé.

"Habría sido una gran noticia", matizó el arzobispo, "si se hubiera producido antes de que el Santo Padre dijera a todos que se quedaran donde estaban -en su mismo despacho, con su mismo trabajo. Y esa reunión podría haberse llevado a cabo antes, si el Santo Padre no hubiera reconfirmado a Villot como su Secretario de Estado".

"¿Quién puede entender ese movimiento?" pregunté.

"Yo lo puedo entender", dijo Gagnon, "no estoy de acuerdo, pero lo entiendo".

"¿Qué quieres decir con que lo entiendes?" pregunté. Cada vez que se mencionaba a Jean Villot, Marini se ponía nervioso, pero ahora estaba tranquilo. "El Santo Padre se enteró de lo que el propio Villot se enteró hace sólo unas semanas. Villot tiene un cáncer de pulmón inoperable… Los médicos le dan menos de seis meses. Casaroli quiere tomar el relevo. Me llamó por teléfono el jueves para decirme que la audiencia tendrá que esperar… hasta que el Papa regrese de México." "¿Y eso será?" Pregunté.

"El primero de febrero", respondió Mario de inmediato.

"El primero de febrero", repitió Édouard Gagnon sin alegría. "Tengo miedo de lo que Villot y Casaroli estén planeando…"

"Quiere decir tramando", corrigió Mario.

"Tengo miedo de lo que tienen pensado hacer, y muy pronto; una cosa que tendría consecuencias de largo alcance".

"¿Y eso sería?" Pregunté.

"Convencer a nuestro nuevo Papa para que haga una transición suave del Secretario de Estado Villot al Secretario de Estado Casaroli– excluyendo a Benelli."

"Dios no permita que ocurra tal calamidad", se estremeció Marini al pensar en ello. "En primer lugar ya es bastante malo que el Papa mantuviera al 'Hermano Jean y al Hermano Sebastiano'", declaró, refiriéndose a sus supuestas asociaciones masónicas, "pero que el Papa deje que ese hombre nombre a su propio sucesor es, bueno…" Conociendo a Mario, me di cuenta de que no estaba buscando la palabra adecuada, sino eliminando varias palabras fácilmente a su disposición por respeto al Santo Padre. "Bueno, … sería una enorme imprudencia".

"¿Imprudente?" repetí y, sin pensarlo otra vez con "más prudencia", solté lo que sin duda Mario había eliminado en su gimnasia mental: "¡Pendejada imperdonable!"

"Disculpe, Monseñor", intervino Mario, "estoy de acuerdo con lo que Charlie intenta decir. Usted sabe más que nadie que a Villot se le deberían de haber agradecido los años que sirvió a Montini, haberle dado una palmadita en la cabeza y enviarlo a Lyons. Benelli debería haber tomado las riendas inmediatamente -el primer día del pontificado del Papa Wojtyla. No sólo el Papa reconfirmó a todos los miembros del corrupto gobierno del Vaticano en su lugar, sino que ¡¿ahora esto?!… Que se haya considerado siquiera es increíble… Hay que conseguir esa audiencia con el Papa antes de que sea demasiado tarde para hacer algo; antes de que todo esté perdido".

Un silencio incómodo se apoderó de la mesa del primer balcón, a la izquierda del escenario. Visiblemente molesto, irritado, el arzobispo

Édouard Gagnon frunció los labios con fuerza y no dijo nada. No estaba seguro si era por mi comentario irrespetuoso o porque le impedían ver al Papa y presentarle el informe de la investigación en su totalidad. Ya había visto a mi amigo canadiense así una vez. Era como ver un volcán activo que por algún milagro de la naturaleza no hacía erupción.

Entonces, un verdadero regalo de Dios rompió la tensión. Todo el conjunto de cantantes se puso en el centro del escenario: soprano y tenor y ocho hombres y mujeres y, comenzaron una interpretación a todo pulmón de La Romanina, y luego de *Quanto Sei Bella Roma,* dos de las canciones folklóricas favoritas de Gagnon. Una hermosa mujer joven que bajaba desde lo alto, sentada en un columpio, y vestida con un sombrero y un vestido de principios de siglo fue lo que terminó de quebrar la tensión, mientras La Romanina daba paso a *La Spagnola*. El canto era la única y encantadora debilidad de Gagnon. Tanto él como yo nos sabíamos la letra de la vieja canción napolitana, y Marini sabía que no debía destruir el momento intentando unirse a ella.

Mientras Édouard Joseph Gagnon volvía a ser el mismo de siempre -al menos no tan perturbado como veinte minutos antes- para poder sacar sus pensamientos de donde los habíamos metido, Mario dio un breve informe sobre su propia situación y luego comenzó a hablar de una vía muy interesante que podría estar abierta para que su caso fuera escuchado en algún momento de este siglo.

"Una misteriosa mujer de mediana edad se presentó el viernes pasado en la Congregación para el Clero y pidió hablar con monseñor Guglielmo Zannoni -comenzó Marini. Parece que ella -bueno, en realidad no ella misma, sino una amiga muy cercana- se había carteado con Zannoni hace muchos años por un asunto de gran importancia personal para la mujer."

"¿Y?" Le animé a que continuara.

"Hace años, a su amiga, una doctora polaca, casada y con cuatro hijos, le habían diagnosticado un cáncer y le daban muy poco tiempo de vida. Tenía un amigo muy cercano, un joven sacerdote que acababa de ser nombrado obispo auxiliar de Cracovia. A través de un sacerdote estudiante en Roma en ese momento, Mons. Wojtyla descubrió que Zannoni era amigo del Padre Pío de Pietrelcina".

"¿Nuestro Monseñor Zannoni? ¿Conocía al padre Pío?"

"Eran buenos amigos", dijo Gagnon.

"El obispo Wojtyla escribió una carta al Padre Pío pidiendo un milagro para esta mujer con un marido y cuatro hijos pequeños a su cargo. Ella era una de sus amigas más queridas y cercanas en el mundo y le pidió al Padre Pío que asaltara el cielo por este favor en particular. Wojtyla envió la carta a monseñor Zannoni y le pidió que se la hiciera llegar al Padre Pío lo antes posible y que se asegurara de

que la leyera. Zannoni, a su vez, entregó la carta a un amigo suyo, el arzobispo Battisti, que estaba a cargo del hospital del Padre Pío, e hizo exactamente lo que el joven obispo le pidió. Fielmente".

"¡Vaya!" Exclamé, auténticamente impresionado, "¿Y se curó del cáncer?"

"Zannoni me dice que el suyo es uno de los casos que se están examinando para la causa de canonización del Padre Pío. Estaba literalmente en la mesa de operaciones; los médicos esperaban extirpar parte del tumor que obstruía sus órganos internos. Como digo, momentos antes de que la abrieran, los mismos médicos que habían encontrado los tumores ya no pudieron encontrar ningún rastro de ellos. Ni un bendito rastro".

"Su nombre", sonrió Gagnon, "doctora Poltawska; doctora Wanda Poltawska".

"¿La conoces?" preguntó Marini con sorpresa.

"Sé de ella, por Zannoni, por supuesto. Me ha dicho que está en Roma. Zannoni me llamó y me preguntó si quería hablar con la doctora Poltawska; que tal vez hablaría con el Papa para verme más pronto que tarde. Le agradecí su oferta de ayuda. Pero he decidido abordarlo por mi cuenta". Entonces Gagnon me preguntó: "¿Está usted libre mañana por la mañana?"

"Me liberaré", respondí.

"Bien. Si pudiera llevarme al Vaticano, por favor, sobre las diez. No tengo cita, pero nunca he necesitado una para realizar una obra de misericordia corporal".

"¿Excelencia?" Le pregunté a qué se refería.

"Creo que le haré una visita al Cardenal Villot, en persona. Entraré en su despacho sin avisar y exigiré una audiencia oficial y privada con el Papa. Al mismo tiempo, visitaré a los enfermos".

"Esperemos que no lo deje más enfermo de lo que lo encuentre", dijo Marini.

La mañana siguiente, lunes 15 de enero de 1979 era la tercera vez en ocho meses que conducía al Arzobispo Édouard Joseph Gagnon al *Cortile San Damaso*, y las tres veces por el mismo motivo: para que el Visitador Apostólico de la Curia Romana, encargado por Pablo VI de realizar la investigación más completa sobre las oficinas centrales de la Iglesia Católica desde su creación en 1588, pudiera presentar los resultados de su estudio de tres años al Papa.

El arzobispo Édouard Gagnon tenía una mirada muy grave mientras le conducía a su "no cita" con el moribundo Secretario de Estado. Le señalé, "cuando Villot levante la vista y lo vea de pie, en la puerta de su despacho, la conmoción podría matar al pobre hombre allí mismo".

"Subestima usted a nuestro cardenal francés, mi buen Don Carlo", sonrió Gagnon, "un arzobispo canadiense en su puerta podría llamar

su atención brevemente -y ese arzobispo tendrá que hablar rápido si quiere que su breve mensaje sea entregado en su totalidad. Lo principal que quiero hacer esta mañana es registrar una queja formal contra la Secretaría de Estado. Acusaré que el informe entregado al Papa Juan Pablo I no ha sido visto por el Papa Juan Pablo II; que la Secretaría se lo ha ocultado al nuevo Papa intencionadamente, para evitar que vea por sí mismo, de primera mano, el espantoso estado de la Curia Romana en la actualidad."

"¿Puedo hacer una pregunta?"

"Ciertamente".

"¿Dónde está el cardenal Benelli en todo esto? ¿Por qué no está sacudiendo algunas jaulas? Wojtyla era su hombre. Es más, ¡Wojtyla incluso ha declarado que él mismo votó siempre por Benelli! Entonces, ¿dónde está Benelli? ¿Por qué no ha dado un paso al frente y le ha ayudado? ¿Ha vuelto a Roma desde las elecciones?"

"Una vez, que yo sepa", respondió Gagnon de forma lúgubre. "Nos vimos. Hablamos. Estuvimos de acuerdo: este Papa ha empezado muy mal", afirmó y sacudió la cabeza. "Volver a nombrar a todos los jefes de departamento de la Curia en su mismo puesto -un gran error. Me dijo que llamara por teléfono al cardenal Villot y que insistiera en una audiencia con el Santo Padre. 'A solas' me advirtió. "He llamado a su oficina varias veces. He dejado mensajes. Nada".

"No, no, no", dijo, sacudiendo la cabeza. "Es una regla milenaria y férrea: Nuevo Papa, nueva Curia; nuevo pontificado, nueva administración. Como Presidente del Comité para la Familia, escribí mi renuncia y la envié al Papa al día siguiente de su elección. Debería haberme sustituido por alguien de su agrado, alguien que conociera personalmente y plenamente. O, si realmente me quería, debería haberme reconfirmado –pero a mí, como individuo, no una confirmación general de 'todos quédense donde están'. No sólo es absurdo y no se hace, es peligroso. Y en los casos de Villot y Baggio, es extremadamente perjudicial mantenerlos justo donde estaban… un terrible paso en falso… grave error. Es como si considerara que el gobierno central de la Iglesia es de importancia terciaria".

"Entonces, ¿cuáles considera usted que son sus preocupaciones primaria y secundaria?"

Édouard Gagnon permaneció un rato en silencio. "La liberación de Polonia del Comunismo es su principal preocupación… una causa noble, sin duda, pero no la razón por la que fue elegido Pastor de la Iglesia universal", frunció el ceño.

"¿Y en segundo lugar?"

"Viajar", respondió rotundamente. "Se va a México, a República Dominicana y a las Bahamas dentro de dos semanas. Y he oído que Villot y Casaroli ya están haciendo los preparativos para un viaje a

Polonia. De nuevo, causas muy nobles -llevar al Señor y su Evangelio a los pobres, pero…"

"¿Pero?"

*"Ou chat na rat regne",* respondió en francés.

"Sí", acepté, "pero mientras el gato no está, las ratas tienen a sus superiores para dar cuentas, *n'est pas?"*

"Su francés es bueno", asintió y sonrió. "¿Y su latín, Don Carlo?"

"Adelante", me reí, "¡Deme con todo lo que tenga!"

*"Quis custodiet ipsos custodes?"* el antiguo profesor de latin planteó la pregunta de Juvenal.

"¿Quién vigila…" Empecé bastante bien, pensé, "ellos mismos… ¡se guardan!" Respondí y pregunté al mismo tiempo. Sabía que había metido la pata.

"Ha propuesto que las ratas obedezcan a sus superiores".

"¿Sí?"

"Y yo le pregunto: *'Quis custodiet ipsos custodes?'*- 'Quién custodiará'- tiempo futuro, me corrigió, ¿'a los propios guardias'? ¿Dejaría que los guardias, Villot, Casaroli y Baggio, se custodiaran a sí mismos? ¡Por Dios, hombre! Puedo pasar por alto el latín oxidado, pero, Don Carlino, ¿qué pasó con su razonamiento?"

Me reí y miré para ver a mi amigo canadiense luchando contra la tentación de sonreír.

Llegamos al Vaticano y, cuando llegamos al *Cortile San Damaso*, dejé al arzobispo Gagnon y le vi caminar hacia el ascensor de la Secretaría. Esperé lo que pensé sería un rápido regreso.

Y tenía razón. En menos de veinte minutos estaba de vuelta en el carro.

"¿Se sorprendió de verlo a usted?" Le pregunté.

"Le di mi nombre al portero -por supuesto, me recordaba de mi entrevista con él durante la investigación- y luego pasé por delante de él y bajé directamente al despacho de Villot. Estaba decidido a no darle la oportunidad de decirle al portero que no estaba allí, o que estaba ocupado. … No me complace decirlo, pero cuando me vio de pie en su puerta -creo que estaba inhalando en ese momento- el pobre hombre tuvo un ataque de tos que le llevó un minuto entero controlar.

"El Santo Padre me verá en cuanto regrese de México", añadió, muy satisfecho con la jornada, por cierto.

"Es una noticia sensacional. ¡Sensacional!"

Por un momento ninguno de los dos habló.

"Usted fuma, ¿no?"

"Sobre todo cuando escribo, pero, sí, lo hago", respondí.

"¿Qué marca?"

*"Parliaments",* respondí.

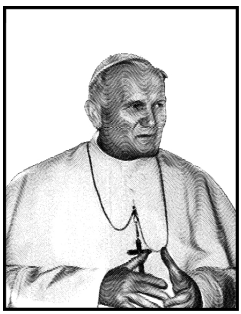
“Prométame una cosa, Don Carlo”, dijo casi suplicante.

“Usted sabe, Excelencia, que, si puedo, lo haré”.

“No se preocupe”, puso los ojos en blanco, “no le pediré que lo deje. Pero prométame esto: ¡nunca fume *Gauloise!”*

“¡Tiene mi palabra!” Prometí, y sonreí.

*Papa San Juan Pablo II*



# EL TERCER INTENTO DE ENTREGA

6 de febrero de 1979[1]

"Su Fiat quizá requiera legal y técnicamente un conductor, Excelencia", dije mientras giraba la llave para encenderlo, "pero apuesto a que, si se lo pide amablemente, puede encontrar su propio camino desde aquí hasta las puertas del Santo Oficio, alrededor de la basílica y hasta el rellano del ascensor en el *Cortile San Damaso"*.

"No es un día para arriesgarse", bromeó. "Aún así, prefiero que conduzcas", dijo con una sonrisa, "es un poco más seguro y si alguien puede recuperar el tiempo perdido, es Don Carlo". Era la tercera vez que el arzobispo Édouard Joseph Gagnon se reunía con un Papa para presentar y discutir los resultados de su investigación sobre la Curia Romana. Siempre teníamos suficiente tiempo para llegar, pero una llamada telefónica nos retrasó. La hermana *Jean de la Croix* nos detuvo cuando salíamos de casa para decirle al arzobispo Gagnon que el arzobispo de Florencia, el cardenal Benelli, estaba al teléfono y pedía hablar con él. Naturalmente, Gagnon atendió, pero resultó ser una llamada de diez minutos.

"Lo llevaré a tiempo", le dije, "pero por favor, no se queje de los atajos".

"Tuve que atender su llamada. Era muy importante".

"Sin duda, lo fue, Excelencia", respondí, "sólo que no quiero que llegue tarde a una audiencia papal privada que lleva esperando ¡desde el 16 de octubre de 1978!"

"Casi cuatro meses", suspiró, "cuatro meses para los canallas ocupados y desesperados por cubrir sus huellas. Parece que nuestro nuncio en Irán tiene una necesidad urgente de 'explicarse' ante el nuevo pontífice; no puede esperar hasta que el protocolo diplomático le llame a Roma. Tiene que ser ahora".

"¿Bugnini?"

"El mismo. Y el mismo abogando por él".

"El cardenal Villot", afirmé en lugar de preguntar.

"Los cardenales Villot y Baggio", corrigió, "ellos lo quieren de vuelta en Roma, ¿te lo puedes imaginar? Quieren que el Papa le reciba y le diga: 'Todo está perdonado; hemos matado el ternero cebado; vuelve a casa, querido hijo'".

"Pero es un masón", protesté enérgicamente, "por qué lo enviaron a Irán en lugar de directamente al infierno no tiene sentido para mí. Nunca lo ha tenido, y nunca lo tendrá".

"Ya le expliqué todo eso", dijo el arzobispo, "se hizo para evitar más escándalos. Esa, al menos, fue la respuesta que recibí cuando hice la

misma pregunta que usted acaba de hacer -la misma pregunta que hizo el cardenal Staffa... y el cardenal Oddi... y Benelli".

Al llegar, la rutina fue la misma. Los guardias suizos nos saludaron al entrar en el patio de San Dámaso, a través de los estrechos arcos. Abrí la puerta del pasajero y ayudé a Gagnon a salir. Era febrero y había un viento frío en el aire. Sobre sus hombros, por encima de su sotana con ribetes púrpura, faja y *zucchetto*, le puse su abrigo de lana negra. No le entregué su bolsa de libros de cuero negro, sino que la llevé por él mientras le acompañaba al ascensor. A diferencia de mis anteriores intentos de ayudarle con esos pesados y explosivos documentos, esta vez aceptó el favor sin protestar.

Con sotana y alzacuellos, y conociendo mi camino perfectamente, con el permiso del guardia dejé el coche estacionado a un lado del patio y me dirigí al *Instituto per le Opere di Religione*, también conocido como el Banco del Vaticano, para retirar algunos fondos necesarios de mi cuenta.

Puede que el mundo católico haya cambiado de Papa tres veces desde la última vez que vi al Presidente del Banco, el Arzobispo Paul Marcinkus, pero ciertamente no lo sabrías por su aspecto y el de quienes le rodeaban. Pasé por delante de la puerta abierta de su despacho y le vi, sentado detrás de su escritorio, en medio de una conversación telefónica. Nada había realmente cambiado. Nada, al parecer, lo haría o podría hacerlo. Todo seguía como todo era siempre. Era como siempre decía Mario Marini: "Los Papas van y vienen; la Curia Romana permanece".

¿Cambiaría algo lo que el arzobispo Gagnon estaba presentando en este momento al nuevo Papa? Yo esperaba que sí. Realmente lo esperaba. Cuando terminé mis asuntos en el banco, sin saber cuánto tiempo estaría el arzobispo Gagnon con el Santo Padre, volví al coche para estar preparado y esperándole en el momento en que apareciera.

Después de terminar las laudes y la *lectio* divina, casi había terminado un tercer rosario cuando el sonido estridente del silbato metálico del guardia llamó mi atención. Salí del coche y me apresuré a ir hacia Gagnon para coger su bolsa, mucho más ligera.

No dijo nada hasta que estuvimos en el coche, raro para su carácter.

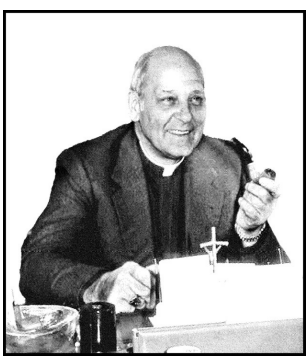
"Por favor, Don Carlo, sería tan amable de llevarme a casa - cuanto antes lleguemos, mejor".

Y luego hubo un silencio total, un silencio que respeté y guardé casi como un deber sagrado. ¿Lo había entendido? Interpreté claramente su tono, su expresión y su silencio como síntoma de una migraña. Deduje que la audiencia entre el Visitante Apostólico y el nuevo Papa no había salido como él esperaba. Sin mover la cabeza, vislumbré la expresión de dolor de mi amigo y pude comprobar que la audiencia había ido muy mal - no, la audiencia había sido un desastre.

El arzobispo rompió su silencio cuando nos acercamos a la residencia.
“¿Podría molestarlo una última vez, Don Carlo?”
“No existe tal cosa cuando se trata de ayudarle, Excelencia. Dígame”.
“Quiero que me lleve al aeropuerto mañana”.
“¿Se va de viaje?”
“Me voy de Roma, -me voy del Vaticano. Que se revuelquen en su corrupción si es su voluntad. En cuanto a mí, no seré parte de ello ni un día más”.
“Pero, Excelencia”, comencé.
“Ahórreselo, Don Carlo. Ya me he decidido. ¿Está libre mañana?”
“Puede contar conmigo”, dije mientras una tristeza empezó a invadirme.
Llegamos a casa. Gagnon fue directamente a su habitación, sin comer, para acostarse.
Yo seguí su ejemplo.

---

1 Nota del autor: En una entrevista concedida a *Inside the Vatican* en noviembre de 2020, dije erróneamente que el encuentro entre el Papa San Juan Pablo II y el Arzobispo Gagnon tuvo lugar en octubre de 1978.



*El Arzobispo Paul Marcinkus*

# UNA SELVA MÁS CIVILZADA

8 de febrero de 1979

Eran sólo las nueve y media de la mañana de aquel jueves, y aunque el vuelo del arzobispo Gagnon a Nueva York no estaba previsto hasta la una y media de la tarde, estaba ansioso por ponerse en marcha. Creí entenderlo: el buen hombre había tomado una decisión, y ahora lo único que quería era la mayor distancia posible entre él y cualquier cosa que recordara mínimamente al Vaticano y su Curia Romana. Haber estado forzado estos últimos años, a estar tan cerca de las vísceras podridas de la bestia, y todo en vano, era demasiado incluso para que el hombre de fe más fuerte lo pudiera soportar. Este tipo de demonio -como le gustaba decir a sus amigos colombianos- no tenía madre.

"De acuerdo, entonces", dijo mientras daba el último vistazo a su habitación, "eso, como se dice, ¡es todo!". Con un movimiento de cabeza rápido y satisfecho, se inclinó para recoger su única maleta, pero yo luché con él por ella y gané.

"Tiene todos sus documentos de viaje y billetes en su maletín, ¿verdad?" pregunté.

"Todos presentes y contados, señor", dijo en su mejor acento americano.

"Sabe, Excelencia, es demasiado pronto para ir al aeropuerto ahora mismo. No quiero que esté sentado solo durante tres horas. ¿Por qué no vamos al café de la esquina a tomar uno y a charlar?"

Apretó los labios, como hacía siempre que iba a proponer algo.

"Tengo otro favor que pedirle, Don Carlo. Imagínese: cuando me deje en el aeropuerto, se librará por fin de este viejo fastidioso".

"No diga eso, Excelencia, ni siquiera en broma. Además, ¿desde cuándo a los sesenta y un años un hombre es 'viejo'? ¿Qué es lo que necesita hacer?"

"Muy bien, entonces. Permítame aprovechar al máximo su noble generosidad", dijo y volvió a fruncir los labios, "...quería salir un poco antes hoy porque tengo que hacer una última visita -una *visita finale*- a la Secretaría del Vaticano".

"Parece que fue ayer", bromeé.

"No", sonrió, "fue el doble de tiempo; fue anteayer", rió, "tenemos tiempo para eso, ¿no?"

"Tenemos tiempo para eso, sí", confirmé.

"Hay otro pequeño mandado que me gustaría que hiciera por mí,

pero puedo explicarlo en el coche, de camino a Villot".

"¿Va a ver al Cardenal Villot?"

"Bueno, sí, más o menos", dijo y miró por última vez la habitación. "Muchas buenas conversaciones entre estas cuatro paredes, ¿no?"

"Sin duda", acepté.

"Le dejé lo que queda del *aguardiente.* Debería haber suficiente para dos tragos por mi viaje seguro de regreso a Colombia. ¿Tal vez Usted y Mario podrían brindar por eso antes de retirarse esta noche?"

"Le vamos a echar mucho de menos, Excelencia", dije y sentí un nudo en la garganta que no me permitió decir ni una palabra más.

Al llamar a la puerta que estaba abierta, se encontró con un pequeño comité de despedida encabezado por nuestro arzobispo Hilarion Capucci, completamente ataviado desde los pies hasta el mango del bastón de bronce. Detrás de él estaban la superiora de la casa, *Soeur Jean de la Croix,* la mejor cocinera de todo Oriente Próximo, Soeur Olga, y la amable monja que atendía las habitaciones de los sacerdotes, Soeur Marina. El arzobispo Capucci pronunció un breve discurso en francés y las hermanas, una por una, se despidieron con lágrimas de uno de los clérigos más santos, amables, alegres y menos exigentes que habían conocido.

Mientras caminábamos por el pasillo hacia el ascensor, fingí no darme cuenta de las lágrimas en los ojos del arzobispo Gagnon.

Y así comenzamos nuestro último viaje hacia el *Cortile San Damaso.*

Cuando pasamos por delante de la Guardia Suiza en las puertas del Santo Oficio de la Ciudad del Vaticano y nos dirigimos a la última subida alrededor de la basílica, Édouard Joseph Gagnon sacó del bolsillo de su abrigo negro un sobre sellado y lo apretó en sus manos.

En cuanto llegué a los escalones del rellano del ascensor, cuando me disponía a salir y abrirle la puerta al arzobispo, Gagnon me cogió el antebrazo derecho con la mano izquierda para detenerme y con la derecha me entregó el misterioso sobre blanco.

"Sabía que había algo que se me había olvidado pedirle", dijo con una sonrisa traviesa, "¿Sería tan amable de llevar esto a la Secretaría? Dígale al portero del mostrador que el arzobispo Gagnon pide que se entregue inmediatamente a Su Eminencia, el cardenal Villot, y sólo a Su Eminencia".

"Pero Excelencia", empecé a protestar, "¡Míreme!", dije, "¡en caquis y sudadera! No puedo entrar así la Secretaría. ¿Por qué no me dijo antes mientras estábamos en casa? Podría haber..."

"Porque se habría puesto una sotana y un cuello recién almidonado. No", dijo con énfasis, "le pido que entregue esto, así como está. Nada especial. Es Jean Villot quien podría verlo; no el rey de Dinamarca, Charlie", me indicó y, una de las pocas veces que desde que me ordenó, me llamó por mi nombre de pila; mi apodo.

"¿Pero qué se supone que debo decir? ¿Y si Villot *está* allí y me pregunta algo? ¿Y si me pregunta dónde está usted?"

Dígale, *por favor* -añadió cortésmente y con una ligera inclinación de cabeza-, que estoy en mi coche en el *Cortile San Damaso,* y que me dirijo al aeropuerto Leonardo Da Vinci".

"Pero..."

"No quiero tener nada más que ver con la Secretaría de Estado ni con su Prefecto. No quiero subir allí, ni quiero que nadie de arriba se rebaje viniendo a mí. Y punto. ¿Puede hacer esto por mí, Charlie? ¿Cree que puede manejarlo?"

"¿Está seguro de que esto es lo que quiere?"

"Bien seguro, gracias".

Sacudí la cabeza y tuve que respirar profundamente. Luego empecé a retroceder para estacionar el coche donde siempre lo hacía, junto a la pared lateral del patio.

"No hace falta", dijo Gagnon con un gesto despectivo de la mano, "lo esperaré aquí mismo. No debería tardar más de cinco minutos. Por favor, haga que Villot reciba mi carta de dimisión y salgamos de aquí".

Antes de darme cuenta, estaba dentro del ascensor con paneles de madera, de pie entre dos *monseñores* bien vestidos; con la cabeza agachada, esperando que nadie de la Oficina de Información ni ningún otro conocido me viera. Me sentí como en un sueño que solía tener de vez en cuando, en el que llegaba a la escuela sólo para darme cuenta, ante Dios y el mundo, de que ¡había olvidado ponerme los pantalones esa mañana!

Recorrí la larga logia con paso acelerado y mirada baja, como si fuera un obrero examinando los suelos de mármol en busca de grietas. Cuando llegué a la zona de recepción, me paré ante el portero de mediana edad que estaba sentado, el mismo hombre en el que Mario Marini nunca confiaba. Era fácil ver por qué. Su *"antipatico"* era evidente. Lo recordaba bastante bien y, en este momento incómodo, esperaba que no se acordara de mí.

*"Buongiorno, Signore",* comencé.

"Y a usted, señor", respondió.

"Tengo una carta de Su Excelencia, el Arzobispo Édouard Gagnon, para el Secretario de Estado, Su Eminencia, el Cardenal Jean Villot. El arzobispo me encarga que se la entregue a Su Eminencia y le pide que la abra y la lea inmediatamente". Luego repetí con mayor *gravitas*: "El contenido está destinado sólo a los ojos de Su Eminencia".

El portero tomó el sobre.

"Espere aquí", dijo, "tome asiento", dijo y señaló varias sillas alineadas contra la pared en la sala menos espaciosa.

"Prefiero estar de pie, gracias".

Era la primera vez en casi un año que volvía a la Secretaría. Era una sensación extraña e insegura estar allí ahora. Benelli ya no era el poderoso "encargado del mundo" -y, por lo que el nuevo pontífice hizo creer a Gagnon, no volvería de nuevo, ni siquiera tras la inminente desaparición de Villot. Zannoni ya no estaba aquí, pues Villot lo había trasladado a la Congregación para el Clero. Por supuesto, desde que Villot había despedido al "espía Benelli", Mario Marini también estaba ausente.

Me sentía incómodo por estar allí mal vestido; es más, me sentía muy incómodo por estar allí. Decidí que había completado lo que me habían mandado hacer y que había esperado lo suficiente.

Me di la vuelta y salí por la antigua puerta a la amplia logia cuya alta y sólida pared de ventanas bañaba todo el Palacio Apostólico con una brillante luz solar. En mi camino por el pasillo, miré el techo del Renacimiento y recordé con cariño a Mario Marini, hace años, explicando cada panel del camino a la salvación, por un lado, y el camino a la perdición, por el otro.

"¿Dónde está?" Oí una voz fuerte y amargada.

"Estaba aquí hace un momento, Su Eminencia", contestó el portero poco amistoso.

"¡Tú ahí!", la voz del portero sonó con más claridad.

Como yo era la única persona en la logia en ese momento, me detuve, me giré y vi al portero de pie a tres metros de distancia; junto a él, con aspecto demacrado y el ceño fruncido, estaba Su Eminencia, el cardenal Jean Villot.

"¿Se refiere a mí, *Signore?"* Pregunté con la voz más mansa que pude proferir.

"Su Eminencia quiere hablar con usted".

Volví a caminar hacia donde él estaba mientras el portero se deslizaba hacia atrás a su puesto.

"¿Dónde está?", espetó Villot.

"¿Arzobispo Gagnon?" Pregunté como un ingenuo perdido.

"Por supuesto, Gagnon. ¿Dónde está?", preguntó.

"En su coche. En el *Cortile*".

"Dile que venga a mi oficina de inmediato".

El tono y la actitud del hombre me parecieron ofensivos, y sentí que se me subía mi propia temperatura. Me esforcé por mantener la calma porque quería representar al arzobispo Édouard Gagnon de la manera como él se lo merecía. "Con el debido respeto, Su Eminencia, Su Excelencia rehusa su invitación".

"¿Rehusa mi invitación? No he hecho ninguna invitación", espetó, ¡"Dígale que se presente en mi despacho de inmediato! ¡Ahora!" exigió e inmediatamente entró en un ataque de tos profunda –a tal punto que el portero volvió con un vaso de agua y un pañuelo. No estaba

actuando; se trataba de un hombre muy enfermo.

Cuando recuperó el control de sí mismo, le aseguré que el arzobispo no subiría; que se negaba a hablar con él o con cualquier otra persona de su departamento.

"¿Y quién eres tú?", preguntó y tosió varias veces más. "Yo, yo te conozco. ¿De dónde te conozco?", preguntó y se llevó el pañuelo a la boca.

"No me lo imagino, Eminencia", respondí tan amablemente como pude, "no recuerdo haberle conocido nunca".

"¿A dónde va?" Villot logró preguntar.

"No estoy seguro", me encogí de hombros. "Mencionó algo de volver a Colombia, a las 'selvas mucho más civilizadas' de Colombia, las llamó. Y ya sabe, por supuesto, lo devoto que es del Sagrado Corazón de Jesús. Quizá esos datos reduzcan sus esfuerzos de búsqueda".

Los ojos del cardenal Villot se abrieron de par en par y de nuevo comenzó a toser, con mucha más violencia que antes. "¿Puedo ofrecerle algo, Eminencia?" pregunté obligadamente. "¿Llamo a un sacerdote?" Me refería a uno de las docenas de clérigos que trabajaban en su Secretaría, pero su expresión sugería que me refería a un sacerdote que le diera la extremaunción. El portero regresó y lo tomó del brazo, pero Villot lo ahuyentó mientras seguía tosiendo en el paño blanco que le cubría la nariz y la boca.

Tomando este momento como el más oportuno para irme, me incliné y le dije: "*Addio e buona continuazione [Adiós y que todo le vaya bien]",* me di la vuelta y me dirigí al ascensor.

Naturalmente, en cuanto volví a ponerme al volante del Fiat *Mirafiori* de Gagnon y salí del *Cortile San Damaso*, comencé un informe detallado de mi aventura en el piso de arriba y de la reacción del cardenal Jean Villot a la carta del arzobispo. Hice un relato animado, con la esperanza de levantarle el ánimo; y, por mucho que intentara no sonreír, más de una vez fracasó. Tampoco pudo contener una risita por mi sugerencia de llamar a un sacerdote para el cardenal. Sin embargo, por mucho que ambos tuviéramos razones para no gustar del francés -Gagnon mucho más que yo, ni él ni yo nos alegramos lo más mínimo de su empeoramiento de salud. De hecho, cuando el arzobispo Gagnon dijo muy seriamente que ofrecería su próxima misa por el bienestar espiritual y físico del cardenal, yo acordé hacer lo mismo.

Desde la *Via Aurelia* nos metimos en la autopista y estábamos a menos de veinte minutos de nuestro destino.

"¿Puedo hacerle una pregunta?" cuestioné a mi pasajero.

"Por supuesto", respondió, "¿Qué es?"

"Anoche, en la *trattoria*, dijo que había algo más que le dijo al Santo Padre en su audiencia con él. No sobre el banco. No sobre Baggio.

Hubo un tercer tema importante que habló con él".

"Qué atento está usted a los detalles, don Carlo", sonrió e hizo una pausa antes de seguir hablando: "Sí. Era algo que no formaba parte de mi investigación... De hecho, sólo me informaron de ello la noche anterior a mi audiencia con el Santo Padre".

Aunque no lo dijo, supuse que se trataba de algo importante que le habían comunicado en una de las varias llamadas de última hora al cardenal Giovanni Benelli.

"Informé a Su Santidad de un complot frustrado para asesinarle", dijo con toda naturalidad, "y de que su vida corría un peligro constante por parte de los enemigos de detrás del telón de acero".

"¡Santa Madre!" Exclamé.

"Dudó de la veracidad de la afirmación. Me preguntó, con toda seriedad: '¿Quién en el mundo querría matar al Papa de Roma?' Lo descartó por completo. ¿Se imagina?" Gagnon seguía atónito ante la ingenuidad de aquel hombre, "sin pensar demasiado en el asunto, se me ocurrió una lista considerable de candidatos, ¡muchos dentro del propio Vaticano, que quisieran verlo eliminado ya! Dios salve a la Iglesia..."

Una curiosa melancolía invadió nuestros últimos momentos juntos. Apenas hablamos hasta que llegamos a la terminal principal del aeropuerto.

"... ¿Y el coche, Excelencia?" Pregunté.

"¡Oh, sí, el coche!", exclamó, "Pierpaolo de la oficina se pondrá en contacto contigo. Vendrá a buscarlo y lo llevará al garaje del Vaticano en la *Via dei Corridori*. No en Trastevere, sino en *Via dei Corridori*. Podrías recordárselo. ¡Me alegro de que hayas pensado en ello! Que Dios me ayude, me estoy volviendo tan olvidadizo".

"¡Sólo porque tiene una tonelada y media de cosas horribles que tuvo que asimilar -todas ellas clamando por ser olvidadas y nunca más recordadas!" Dije gravemente.

Salí del coche, abrí el baúl y saqué su única maleta pesada. Llamé a un maletero con un carrito de equipaje vacío y le pagué para que acompañara al arzobispo hasta el mostrador de la aerolínea.

"Hay mucha gente buena aquí que le echará muchísimo de menos. Yo le echaré de menos especialmente, Excelencia. Admiro su fe... su valor... su honestidad y su convicción...

"¿Le volveré a ver?" pregunté, casi conmovido hasta las lágrimas ante la idea de perder a este gran hombre de Dios, a este maravilloso defensor de la fe.

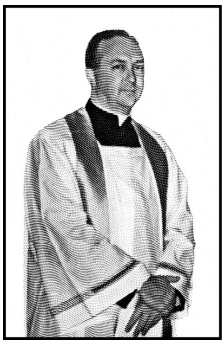
"Si Dios quiere, Charlie; si Dios quiere".

"Su bendición, por favor", le pedí, y me arrodillé para recibirla. Mientras lo veía partir, antes de que se perdiera para siempre de mi vista, desde algún lugar justo debajo de mi corazón vino el impulso de

gritar: *"¡Et voilà, Monseigneur...!"*

El hombre del sombrero negro y la gabardina se detuvo y se volvió. Se quitó el sombrero y, agitándolo, sonrió y me gritó "... *¡pourquoi votre fille est muette!"*

*Padre Charles Theodore Murr*



# EPÍLOGO

Al concluir mi crónica, me gustaría informar al lector brevemente de la historia posterior de cada uno de los personajes.

**El cardenal Jean-Marie VILLOT,** secretario de Estado del Vaticano, amigo de Sebastiano Baggio, enemigo de Giovanni Benelli, murió (bronconeumonía; cáncer de pulmón) el 9 de marzo de 1979, un mes después de recibir la carta de dimisión de Édouard Gagnon.

**Monseñor Mario MARINI** fue declarado inocente de los cargos que en 1978 le imputó el entonces Secretario de Estado, el cardenal Jean Villot. El Papa Juan Pablo II destinó a Marini a la Congregación para el Clero, donde trabajó con su amigo y Secretario de dicha Congregación, Monseñor Guglielmo Zannoni. El Papa Benedicto XVI lo nombró Secretario de la Sagrada Congregación para el Culto Divino (irónicamente, el cargo que en su día ocupó Annibale Bugnini). El Papa Benedicto también lo nombró Secretario de la Comisión *Ecclesia Dei,* que se creó para ayudar a los afiliados al arzobispo Marcel Lefevre a separarse de la influencia de la Sociedad de San Pío X para ser reconocidos oficialmente por la Santa Sede. Esto posiblemente tenía como objetivo debilitar la posición de la SSPX, pero, paradójicamente, al permitir que el patrimonio sagrado de la liturgia preconciliar fuera más accesible a los fieles, tanto la SSPX como los nuevos grupos de fieles tradicionales florecieron. En un esfuerzo por desplazarlo de Roma, el cardenal Baggio le ofreció en dos ocasiones prestigiosas diócesis del norte de Italia. Monseñor Marini lo rechazó. Murió de cáncer de hígado, el 24 de mayo de 2009.

**El arzobispo Édouard Joseph GAGNON** renunció como presidente de la Comisión Pontificia para la Familia y dejó el Vaticano para trabajar entre los pobres de Colombia, ofreciendo la misa, administrando los sacramentos y dirigiendo retiros espirituales.

A principios de 1981, la policía secreta italiana informó al Papa Juan Pablo II que, en una redada en la Gran Logia Masónica [*Propaganda Due* (P2)], habían descubierto un complot masónico para llevar al Vaticano a la bancarrota. En mayo de ese mismo año, las balas de un posible asesino dejaron al pontífice luchando por su vida en el Hospital Gemelli. Cuando Juan Pablo II recuperó el conocimiento y la capacidad de hablar, se dijo que las dos primeras palabras que salieron de su boca fueron: "E-N-C-U-E-N-T-R-E-N-A G-A-G-N-O-N…."

Tras una exhaustiva búsqueda, el secretario de Estado Agostino Casaroli localizó al prelado canadiense exactamente donde siempre dijo que estaría, pero en el último lugar en el que la burocracia vaticana pensó en buscarlo: con los pobres, en lo más profundo del interior de Colombia.

El arzobispo voló de vuelta a Roma y se reunió en privado con el

Papa. Como me dijo muchas veces: “Su Santidad parecía mucho más interesado en los resultados de mi investigación que la última vez que hablamos de los mismos asuntos” [es decir, en 1979, dos años antes del intento de asesinato y el colapso bancario].

El Papa Juan Pablo II quería que el arzobispo Gagnon regresara a Roma, pero (dado todo lo que había llegado a saber por su investigación), el franco-canadiense presentó dos condiciones para su regreso: la destitución del cardenal Baggio de la Congregación para los Obispos y del obispo Paul Marcinkus del Banco Vaticano. Tuve el privilegio de estar sentado en la Plaza de San Pedro, justo detrás de “mi padre canadiense”, cuando, en el consistorio de 1985, el Papa Juan Pablo II colocó un sombrero rojo de cardenal sobre la cabeza de Édouard Joseph Gagnon. Hablamos por última vez el 22 de agosto de 2007. Asistí a su Réquiem en Notre Dame y a su entierro en *Le Grand Seminaire de Montreal*.

**El cardenal Giovanni BENELLI** fue solicitado por el Papa Juan Pablo II para desempeñar el cargo de Secretario de Estado del Vaticano en 1982. El cardenal Benelli accedió de buen grado a la petición del pontífice y regresó a Florencia para preparar su salida de la arquidiócesis y su regreso a la Secretaría del Vaticano. Diez días después de su audiencia privada con el Santo Padre -me dijo el propio Gagnon- Giovanni Benelli sufrió un infarto masivo. Murió en su residencia a los sesenta y un años de edad.

**El cardenal Sebastiano BAGGIO** fue relevado prematuramente de su cargo de Prefecto de la Sagrada Congregación para los Obispos en 1984, y fue sustituido por el cardenal africano Bernard Gantin, amigo y protegido del cardenal Giovanni Benelli. Baggio fue nombrado Presidente de la Comisión Pontificia para el Estado de la Ciudad del Vaticano, un nombramiento que la prensa calificó de clara degradación. Murió en 1993.

**El arzobispo Annibale BUGNINI** permaneció exiliado en Irán durante el resto de su vida. Regresó a Roma por razones médicas y murió allí el 3 de julio de 1982.

**El arzobispo Hilarion CAPUCCI** y yo nos reunimos para desayunar cada vez que yo regresaba a Roma. La última vez que lo vi fue en 2016. Mi visita más memorable fue en abril de 1980. Me pidió en el desayuno que rezara por una intención muy especial. Esa noche, en las noticias, apareció un corto en el que se le veía bendiciendo los féretros envueltos en banderas de los ocho *marines* muertos en un intento fallido de rescatar a 53 rehenes en Teherán. Más tarde explicó que el presidente Carter, en un esfuerzo desesperado por comunicarse con el Ayatolá Jomeini, había telefoneado al papa Juan Pablo. El Santo Padre pidió al arzobispo Capucci que actuara.

Con su bendición y la aprobación del embajador sirio ante las Naciones Unidas, se me permitió escribir un libro (*The Syrian*) sobre unos días muy intensos en 1983, cuando él y yo unimos fuerzas para rescatar a una víctima de secuestro en Beirut. El arzobispo Hilarion Capucci murió en su casa en EUR; tenía 94 años.

**El padre Charles Theodore MURR** es el último hombre de pie de los personajes de este libro. Echa de menos a cada una de esas personas especialmente notables y a esos tiempos extraordinarios. Con gran cariño recuerda "los años romanos", y con singular afecto y añoranza, "el Año de los Tres Papas".